
RIVALES
bajo la piel
MARTA FLORES

Rivales bajo la piel

MARTA FLORES

Primera edición.
Rivales bajo la piel
©Marta Flores
©abril, 2026
©Imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Capítulo 1



Elena

El silencio en la sala era el mismo de siempre.

Denso, incómodo, teatral.

Todos estaban ya esperando, todos en sus puestos, menos yo. Entré midiendo los pasos, pisando fuerte, haciendo retumbar mis tacones, segura y con la cabeza alta, como siempre.

Llegué hasta mi sitio, donde ya estaba mi cliente esperándome, no porque hubiera ido solo, no, sino porque pasó antes que yo, ya que me había quedado afuera atendiendo una llamada.

Hice un visual de toda la sala, aunque no me hacía falta mirar donde estaba la parte contraria, para saber que él ya estaba allí.

Nicolás Valcárcel, alias el «Príncipe».

Su presencia tenía ese efecto irritante de ocupar espacio incluso cuando no hablaba. Ese mote no se lo había puesto yo, pero he de admitir que me encantaba usarlo, para darle un poco de caña.

Dejé mi portafolios encima de la mesa y, con toda la parsimonia del mundo, me quité la chaqueta del traje que llevaba puesta, me subí un poco las mangas de la camisa y me senté.

Ya estaba lista para que empezara el combate.

Porque con él, o contra él, siempre lo era.

El juez entró en la sala y dio los buenos días; ya era un viejo conocido, después de los años que llevaba pisando esos juzgados, rara era la persona que no conocía.

Nos miró, primero a uno y luego al otro.

Nicolás no hizo ni un gesto, en su línea, vamos, era como un robot. Yo sonreí y me levanté de mi sitio, caminé dos pasos y miré directamente al juez.

—La defensa está lista, señoría —dije con calma.

Porque en un juicio la calma era una forma elegante de guerra, sobre todo si el enemigo a batir era él.

Hablé unos minutos, siempre de manera precisa, siempre metódica, implacable y seria.

Allí en los juzgados era «Loba», como todos me llamaban.

Sí, yo también tenía un mote, no sabía quién me lo había puesto, pero estaba por apostar que había sido él.

¿Me molestaba?
Ni lo más mínimo.

Por la sencilla razón de que no podría estar más acertado, era una loba; al menos allí, fuera de los juzgados, ya era otro cantar. Pero esa otra parte de mí, pocos la conocían.

El juez dio paso a la acusación.

Todas las miradas se centraron en él; era difícil no hacerlo.

Nicolás se levantó con esa precisión casi enfermiza que tenía para todo. Ni un gesto de más ni uno de menos.

Perfecto.

Siempre perfecto.

Era agotador verlo y un poco admirable, aunque jamás lo admitiría en voz alta, pues si llegaba a sus oídos y se le subía más el ego, podría explotar de llevar tanto dentro.

—La acusación mantiene su postura, señoría —dijo, sin mirarme.

O eso quiso hacer creer a todos, pero a mí no me engañaba; siempre me miraba, me estudiaba y, seguramente, me admiraba igual que yo a él, pero ni bajo tortura lo admitiría.

Los testigos fueron pasando por la sala; no eran muchos y nada importantes.

Los dos nos turnamos para preguntar, cada uno en su línea.

Totalmente diferentes, así éramos en todo. No podría haber dos personas más opuestas en el mundo que Nicolás y yo.

El testigo clave entró en la sala con la seguridad de alguien que no sabía lo que le esperaba. Y le esperaba una buena porque la «Loba» se lo iba a merendar.

Me levanté despacio, lo miré, bajé la mirada hacia los papeles que tenía en la mesa, volví a mirarlo, me quedé pensando, di dos pasos al frente, volví atrás, cogí otra vez un papel y pasé la vista por las letras sin ni siquiera mirarlas.

No era duda por mi parte, era estrategia.

Hacerlo esperar, que se pusiera nervioso.

La paciencia era lo mío, no la de los demás, y los que venían a declarar, de esa traían poca. Todos querían hacerlo rápido y salir corriendo de allí.

Cogí aire, puse mi cara más inocente y finalmente me acerqué al testigo, todo bajo la mirada penetrante de Nicolás.

Sabía de sobra lo que estaba haciendo; me conocía tan bien dentro de esas salas como yo a él. Conocíamos nuestros gestos, nuestra manera de proceder; incluso me arriesgaría a decir que conocíamos cuando el otro sabía que ese día tenía el juicio perdido.

No eran pocas las veces que nos habíamos enfrentado en los últimos cinco años; unas veces ganaba él, otras yo.

Y eso le jodía.

Porque hasta que yo pisé los juzgados, él era el imbatible, el que nunca había perdido un juicio, pero la suerte se le terminó cuando la «menda» entró a formar parte de su reino.

Él era el «Príncipe» imbatido y yo, la plebeya que lo derrotó en el primer juicio que nos enfrentamos.

Desde ese día me la tenía jurada, porque aquello fue comentado en los pasillos de los juzgados y en todos los bufetes de nuestra ciudad; bueno, rectifico, aún se seguía comentando, como toda una proeza.

Ese día al «Príncipe» se le tambaleó su corona y, al salir de los juzgados, salí bautizada como la «Loba», por los mordiscos que le metí, dejando a toda la sala con la boca abierta.

—Señor Garrido —empecé diciendo con calma—, vamos a hacerlo fácil, intente no sufrir demasiado.

Oí los murmullos que recorrían la sala a mis espaldas, que no podían importarme menos. Sabía de sobra que algunos abogados no soportaban mi manera de hablar.

Otros disfrutaban en secreto, eso también lo sabía por las sonrisas contenidas que me dedicaban.

Y allí había algunos, que no estaban ejerciendo en esos momentos, solo estaban allí para aprender, cotillear o, simplemente, disfrutar de un enfrentamiento más entre Nicolás y yo.

Los dos sabíamos que, entre el gremio, cuando se sabía que nos íbamos a enfrentar, hacían apuestas para ver quién sería el vencedor ese día.

—Yo ya declaré todo.

—Y lo hizo con una seguridad admirable, aunque no estoy segura de que la claridad fuera parte del paquete.

A mi espalda, risas contenidas.

Di un paso más y me apoyé en la barandilla, muy cerca del testigo. Podía oler su miedo y su desconcierto desde allí y eso me hizo sonreír.

Perfecto, te tengo donde quería, pensé.

—Usted afirmó que vio claramente al acusado aquella noche.

—Sí.

—Interesante… ¿A qué distancia?

—Unos veinte metros.

El testigo no dudó, no pensó, contestó con rapidez, signo de que traía la respuesta preparada; Nicolás lo había preparado bien, pero eso habría servido para cualquier otro abogado, no para mí.

El problema es que no supo que yo era la abogada de la parte contraria hasta esta misma mañana. Era cliente de uno de mis compañeros; este había caído enfermo y yo accedí a sustituirlo cuando mi jefe me llamó a las cinco de la mañana para pedírmelo.

Si hubiese sabido que la que estaría allí ese día era yo, habría preparado al testigo de otra manera.

—Veinte metros —repetí despacio—. ¿Y llevaba gafas?

Dudó.

Yo sonreí para mis adentros porque ya sabía la respuesta.

—Sí… —susurró.

—Pero no las llevaba puestas, ¿cierto?

Los murmullos apenas perceptibles que había antes cesaron de golpe, se impuso el silencio; sin girarme, sabía de sobra cómo estaban todos los que tenía detrás.

Conteniendo el aire, expectantes.

Miré de reojo a Nicolás; no se movió, ni pestañeó siquiera, pero apretó los puños apenas un segundo; ya sabía lo que vendría a continuación al igual que yo.

Me giré mirando al público y al juez al mismo tiempo.

—Entonces tenemos un testigo sin gafas, a veinte metros, de noche, una en la que llovía haciendo más difícil la visibilidad y en una situación de estrés, y que aun así, asegura haber identificado sin ninguna duda al acusado.

Dejé unos segundos que la información calara en ellos, que la procesaran antes de volver a acercarme al testigo para inclinarme ligeramente hacia él.

—¿No le parece una habilidad admirable? Ojalá todos tuviéramos ese don, que usted tiene.

Negué con la cabeza y di dos pasos atrás.

Miré directamente al juez y dije mis últimas palabras, que serían mi alegato final, porque ni eso necesitaba hacer.

—Señoría, no hay más preguntas, creo que con lo que hemos visto aquí, ni la habilidad del testigo de visión prodigiosa necesitamos, para ver la verdad.

El juez sonrió por mis palabras mientras tomaba nota; el testigo tragó saliva y supe que ya estaba hecho.

No necesitaba girarme para saber lo que estaba pasando detrás de mí; lo sabía de sobra.

Nicolás me estaba mirando, sin esconderlo, sin disimulo y apretando los dientes con la fuerza de un titán, sabiendo que ese día las apuestas las ganarían los que hubieran apostado a mi favor.

Al juez no le hizo falta ni retirarse a pensar; un par de minutos después de mis últimas palabras dictó sentencia.

No culpable.

La sala estalló en murmullos, mi cliente soltó el aire que estaba conteniendo y yo cerré los ojos un momento, no para sentir la emoción de haberle ganado una vez más, que también, sino la satisfacción de haberlo hecho bien.

Porque, pese a todo, eso era lo que más me importaba.

Nuestra guerra particular era divertida, emocionante incluso, pero para mí, hacer bien mi trabajo y ser respetada entre mis iguales, era lo más importante. Había luchado mucho para llegar hasta allí, muy pocos sabían cuánto, y ganar un juicio, siempre era para mí una gran recompensa a todo ese esfuerzo.

Al abrirlos, lo vi acercarse.

Nicolás Varcárcel.

Siempre tan impecable que daba rabia, siempre tan perfecto que no parecía humano.

—Buen trabajo —dijo al pasar junto a mí.

Sin emoción, sin cambiar su gesto, sin mirarme, como si sus palabras las hubiera ensayado. Y es que en realidad así era, porque siempre que yo ganaba me decía lo mismo.

Yo tampoco lo miré, ni me moví un milímetro.

Un gilipollas de la categoría que era él, siempre imponiendo su arrogancia, siempre mirando a los demás como si no fuéramos dignos de respirar el mismo aire que él, no se merecía ni un buen gesto ni una sonrisa por mi parte, aunque me hubiese dicho eso, porque no lo decía por cumplir.

Lo decía porque era su manera de quedar por encima.

—Hasta la próxima, «Príncipe» —dije, recalcando bien la última palabra, sabiendo que le jodería porque odiaba su apodo.

Capítulo 2



Nicolás

Perder para mí no era una opción.

Nunca lo había sido.

Y, sin embargo, ahí estaba. Otra derrota, otra contra la misma persona, contra ella.

Elena Cruz, la «Loba».

Apodo que ella no sabía que había salido de mis labios el primer día que nos enfrentamos, el día que me jodió mi imbatibilidad, el día en que el «Príncipe», como me llamaban en los juzgados, perdió su primer juicio contra la niña tímida que entró en la sala mirando todo con curiosidad.

¿Tímida?

Los cojones, tímida.

Esa fue la sensación que nos dio a todos hasta que abrió la boca, de ahí el apodo que le puse porque era una loba con piel de cordero.

Ese día, hacía ya cinco años, nada más verla, sonreí para mis adentros y lo primero que pensé fue: *Guapa, ni cinco minutos me vas a durar. Te voy a merendar sin darte tiempo ni a respirar.*

Pero fue ella la que en menos de media hora me merendó a mí, ni los huesos para chupar dejó.

Todos en la sala, incluido yo, nos quedamos con la boca abierta cuando le tocó el turno de hablar y preguntar a los testigos. No dudó, no consultó ni una sola vez sus notas, no se dejó intimidar, simplemente hizo su trabajo con una precisión y una profesionalidad como pocas veces había visto.

Fue concienzuda, metódica, sarcástica en algunos momentos, irónica en otros, desmontó mi defensa sin despeinarse y a mí me derrotó y no solo eso, me hizo quedar como un gilipollas.

Por eso le hice la cruz aquel día, porque lo que vino después cuando llegué al bufete, todavía me revuelve las entrañas.

La mirada de decepción de mi padre, las duras palabras que me dijo; no fue una bronca, fue peor, fue mirarme como si hubiera fallado y, para él, fallar no era una opción. Me había moldeado desde mi nacimiento para aplastar al adversario, no para dejarme pisotear.

Y no fue por perder un juicio; eso todos sabíamos que antes o después llegaría, fue por la manera en la que pasó.

Perdí al lado de una mujer que era la primera vez que pisaba esos juzgados, mi reino, una mujer que no tenía prestigio, que nadie la conocía, que no jugaba en mi liga.

Esa fue mi condena, caer así.

En el siguiente juicio en el que nos enfrentamos, fui yo el que gané, aunque no sin esfuerzo; eso lo tengo que reconocer.

Ese día salí de los juzgados, complacido, sonriendo para mis adentros, diciéndome a mí mismo que las cosas habían vuelto a su lugar, que el anterior juicio me había pillado en un mal día y con la guardia baja.

Pensando que a partir de ese día la «Loba» no volvería a brillar ni a estar en boca de nadie por haberme ganado. Ese día salí de allí convencido, de que su momento de gloria quedaría como una anécdota olvidable, ya que nunca más me ganaría.

Una mierda muy grande para mí.

No solo me ganó el siguiente en que nos enfrentamos, sino que en los cinco años que nos conocíamos, me había ganado muchos más, igual que yo a ella.

No llevaba la cuenta; bueno, sí que la llevaba, pero eso no lo diría jamás en voz alta o alguien podría pensar que estaba obsesionado con ella, y nada más lejos de la realidad.

Lo que me pasaba con ella era otra cosa.

Me irritaba como nadie que yo conociera y no solo porque fuera la única que lograba una y otra vez ganarme, ya que ningún otro compañero del gremio lo había conseguido.

No, por lo que me irritaba era por su forma de ser, por su forma de hablar, por su manera de moverse, por la seguridad que siempre tenía y por cómo me miraba.

Eso era lo peor, su mirada.

En ella no había miedo, ni duda, ni inseguridad como en la del resto de abogados a los que me enfrentaba; en la de ella solo había dos cosas: respeto y desafío.

El respeto me desarmaba, no porque yo no se lo tuviera, sino porque, ese respeto escondía algo detrás, algo como… «Hagas lo que hagas, conmigo, no puedes».

Y el desafío, ese que me lanzaba con su mirada y que siempre iba acompañado con una sonrisa ladeada que ella pensaba que yo no veía. Ese desafío que me decía: «Venga, Nicolás, aquí estoy, vamos, chato, te estoy esperando para el siguiente golpe».

Salí de los juzgados en silencio, caminando con paso rápido y con la sensación incómoda de que, otra vez, algo se me había escapado de entre los dedos.

No era el caso, eso era lo de menos.

Era el control, ese que ella me hacía perder una y otra vez.

—Bueno… no ha sido tu mejor día —dijo Álvaro, sacándome de mis pensamientos.

Mi mejor amigo, mi mano derecha, la persona que mejor me conocía y que era un hermano para mí, caminaba a mi lado, conteniéndose para no reírse.

Cabrón.

—Tu capacidad de análisis es asombrosa.

—Lo sé, pero oye, si te sirve de consuelo, has perdido contra ella. Eso siempre duele más o menos. No lo tengo claro.

No le contesté, no iba a darle esa satisfacción. El muy capullo no se había perdido un solo juicio entre Elena y yo.

Estaba conmigo en el primero y salió tan fascinado, y si sabía que me iba a enfrentar a ella en el estrado, lo dejaba todo para venir; solo le faltaba sentarse en los bancos con un paquete de palomitas para disfrutar del espectáculo al completo.

Seguimos caminando unos segundos en silencio.

O, al menos, en el tipo de silencio que Álvaro era capaz de mantener, que venía siendo, entre diez segundos y un minuto, todo lo más.

Nos montamos en mi coche, que era en el que habíamos venido. El juzgado estaba a solo diez minutos del bufete, pero había que aparentar —palabras de mi padre—, no pensamientos míos.

Y llegar al juzgado andando o en otro medio de transporte, en metro, por ejemplo, o autobús, como lo hacía Elena, era impensable para nosotros.

No, eso no iba con nuestro nivel, eso era para otro tipo de personas.

—Tengo que admitirlo, la «Loba» ha estado bien.

Y ahí estaba. Si no hablaba, reventaba.

—Ha tenido suerte.

Apreté los dientes sabiendo que estaba mintiendo, pero jamás reconocería que ella no solo tenía suerte, sino que algunas veces era mejor que yo. Álvaro me miró con la ceja alzada y se echó a reír.

—Suerte, claro, y el gilipollas del testigo ha decidido olvidarse las gafas por pura casualidad también, ¿no?

Apreté ligeramente la mandíbula, conteniéndome para no mandarlo a tomar por culo por restregarme la verdad, la puta verdad.

—No ha sido suficiente.

—Para ti no —replicó—, pero para el juez, sí.

Gruñí molesto.

No era el juicio por lo que estaba molesto, ni por el gilipollas del testigo, ni siquiera por el fallo del juez.

Era por ella.

Elena Cruz.

Por su forma de hablar, de moverse, de mirar, como si ya supiera el final antes de que el resto empezara a jugar.

Nunca improvisaba, siempre lo traía todo calculado, medido, resuelto y eso era lo que la hacía peligrosa, para mí y para mi paz mental.

—Te gusta —soltó Álvaro de pronto.

Lo miré como si me acabara de decir que estaba lloviendo caramelos o como si su cara de repente se hubiera vuelto de color azul.

—No.

Mi respuesta fue firme, clara, rápida, sin tener que pensarla, estudiada y preparada porque en el fondo así era. Sabía que mi amigo en cualquier momento me diría una cosa así, por eso tenía la respuesta preparada para que no me viera dudar.

—Vale —asintió con tranquilidad.

—Entonces te obsesiona, que es peor —añadió.

—Álvaro.

Mi tono era de advertencia y él lo sabía, pero se hizo el tonto.

—¿Qué?

—Cállate.

—Lo haré, pero no antes de decir que esa mujer te la pone dura como ninguna otra y eso te jode más que te gane.

—Vete a la mierda —le contesté enfadado, antes de bajarme del coche dando un portazo.

Que me conociera también era una mierda muchas veces, porque, aunque me hubiera enfadado y lo hubiera mandado a la mierda, ambos sabíamos que tenía toda la razón del mundo.

Elena me ponía muy cachondo.

Y eso no era bueno, era malo, mucho, muchísimo.

Porque cada vez que nos enfrentábamos en los juicios o nos cruzábamos por los juzgados o por cualquier otro sitio, me iba para casa con un dolor de huevos impresionantes.

Solo con verla caminar o con su simple presencia, sin tan siquiera oírla hablar, mi miembro ya reaccionaba.

Y eso llevaba pasándome desde la primera vez que la vi.

Si os estáis preguntando por qué no había hecho nada al respecto, la respuesta era sencilla: esa mujer tenía algo, que no tenía ninguna que yo hubiera conocido antes, tenía el poder de que, si me acercaba demasiado, podría poner en riesgo mi corazón.

Y eso era algo que nunca jamás debía pasar, por varias razones.

La primera: ella no correspondía a mi deseo, eso estaba claro por cómo me miraba.

La segunda: porque éramos demasiado diferentes para entendernos.

Y la tercera y más importante: mis padres jamás permitirían que estuviera con una mujer que no fuera de nuestro estatus social.

Capítulo 3



Nicolás

El despacho apareció ante nosotros, imponente, como siempre.

Cristal, acero y una cantidad absurda e indecente de dinero invertido para parecer impecable.

Entré sin detenerme, sin esperar a Álvaro, aunque él apretó el paso para seguirme, ya que también sabía lo que iba a pasar.

Quería llegar lo antes posible a mi despacho para no tener que cruzarme con mi padre. Le tendría que dar explicaciones, de eso no me iba a librar, pero quería hacerlo desde la calma y no con la mala hostia que todavía bullía dentro de mí.

Ni medio pasillo había recorrido cuando mi padre habló a mi espalda.

—Nicolás, a mi despacho.

No fue una petición, nunca lo era.

Era una orden, como siempre.

Cerré los ojos y apreté los puños antes de girarme; sabía lo que me esperaba, sabía lo que vería en su cara: decepción y enfado contenido.

Su tono ya me dijo que no quería preguntarme qué tal había ido, sino que ya lo sabía.

Gonzalo Valcárcel era el «Rey» de los juzgados, o lo había sido en otros tiempos, ya que hacía tiempo que no pisaba uno; estaba preparando su jubilación y solo iba al despacho para controlar que todo fuera como él quería y para que no me desviara y fuera su reflejo.

En los juzgados, mi padre era tan respetado como temido y no había nadie que no le conociera.

Como a mí.

Pero no por ser Nicolás, sino por ser el hijo del «Rey», de ahí mi apodo, el «Príncipe».

Seguramente, antes de poner un pie fuera del juzgado, ya sabía lo que había pasado en el juicio; alguno de sus chivatos, por amigos no era, lo había llamado para informarlo.

Por eso me estaba esperando.

Álvaro y yo entramos en su despacho detrás de él sin decir ni una palabra; él siempre tenía que decir la primera y la última.

—Has perdido —dijo sin rodeos.

Callé, no hacía falta contestar nada.

—Otra vez contra ella.

No fue una pregunta, fue una afirmación con acusación velada detrás.

—Así es.

—Esto empieza a ser preocupante, Nicolás. Ese tipo de abogada no debería suponerte un problema.

Sentí como Álvaro se tensaba ligeramente a mi lado; yo también lo había hecho al escuchar eso, pero en mí, nadie notaba mis gestos, ni mis emociones, ni nada que me delatara en ningún momento.

No me habían criado así, me habían entrenado así, para ser un robot sin sentimientos.

—No lo es —contesté seguro.

—Entonces, explícame por qué gana.

Porque es buena, porque ve cosas que otros no ven, porque no juega a lo mismo.

Eso fue lo que pensé, pero me lo guardé para mí; si le hubiera dicho eso a mi padre, me habría mandado de una patada al quinto infierno.

—Ha aprovechado un fallo.

—Los fallos no se aprovechan si no existen. Y esa es tu misión, que no los haya.

—No va a volver a ocurrir.

—Por supuesto que no, porque vas a desestabilizarla. Es mujer, te respeta, pero no te teme, ni te odia, no siente nada y ese es el problema.

—¿Qué?

Un escalofrío me corrió todo el cuerpo y noté como a Álvaro le pasaba lo mismo. La mirada que tenía mi padre al acabar de decir eso no auguraba nada bueno.

—Cuando sienta, será cuando pierda, porque cuando te tenga en frente, no solo verá al contrincante a batir, sino a quién odia.

Me estaba empezando a cabrear y mucho, porque no tenía ni idea de lo que me trataba de decir, e ir a ciegas, fuera el tema que fuera me ponía muy nervioso.

—Vas a tirártela.

Soltó así, tan tranquilo, como si me hubiera pedido que le sirviera un café.

—¿Perdón? Creo que no te he entendido bien.

—Me has entendido perfectamente. Dentro de dos semanas los juzgados cierran todo el mes de agosto.

—Investiga donde va de vacaciones. Irás allí, pareciendo una coincidencia. Allí te la tirarás las veces que haga falta y, cuando las vacaciones lleguen a su fin, te irás y no le dirás ni adiós.

Álvaro y yo nos miramos y volvimos a mirar a mi padre, pensando lo mismo: este hombre había perdido la cabeza.

—No pienso hacer eso —le dije firme.

—Lo harás.

—Eso no es jugar limpio, es amoral y despreciable, no está bien.

—Si piensas que todo lo que he hecho para llegar hasta donde he llegado lo he hecho jugando limpio y haciendo todo bien, eres más iluso e inocente de lo que pensaba.

—Papá… —dije apretando los dientes.

—¡Ni papá ni hostias, lo harás y no hay más que hablar, Nicolás! Esa mujer cuando vuelva en septiembre a los juzgados no será la misma, estará cabreada, hundida y furiosa por tu rechazo. Eso hará que falle.

—Gonzalo…

Mi padre levantó la mano, cortando a Álvaro, de lo que fuera que quisiera decir.

—No digas nada, que tú eres más blando incluso que mi hijo; irás con él y le ayudarás a conseguir su objetivo.

—Te he dicho que no voy a hacerlo.

—Lo harás, lo haréis —dijo apuntando a Álvaro—, si no es así, cuando volváis en septiembre de las vacaciones, ya podéis ir buscando otro trabajo. En mi bufete no quiero cobardes.

—En mi bufete, solo hay ganadores y no me jubilaré y te dejaré el testigo hasta que no vea que eres uno de ellos.

—Mamá, no estará de acuerdo con esto.

Apelé a meter a mi madre en este tema; era dura e implacable como mi padre, a veces incluso peor que él. Pero era mujer y tenía la esperanza de que, cuando supiera lo que mi padre quería que hiciéramos con una, pusiera el grito en el cielo y me echara una mano, para convencerlo de la locura que me estaba ordenando.

Mi padre soltó una carcajada y me miró divertido.

—Segunda vez que te equivocas hoy.

—¿Qué quieres decir?

—Tu madre, no solo está de acuerdo conmigo. Esto ha sido idea suya, una idea brillante, tengo que decir.

—No puede ser…

—Lo es.

Álvaro resopló a mi lado y yo…

Yo no era capaz de articular palabra.

—Tenéis quince días para preparar una estrategia, nada de improvisar, y más te vale que no me decepciones esta vez. Eres un Valcárcel, ¿no? Pues que se note, hijo.

—No puedes seguir haciendo el ridículo en los juzgados, por culpa de una mujer venida de las cloacas.

—Ahora, largo de mi despacho.

Mi padre tuvo la última palabra, como siempre.

Nos despidió sin paños calientes, nos echó de su despacho sin siquiera mirarnos a la cara, ya que antes de poder hacerlo se giró en su sillón dándonos la espalda.

Álvaro y yo salimos en silencio.

Un silencio que pesaba, que nos engullía, que solo nos ayudaría a poner nuestros pensamientos en orden en voz alta, cuando hubiéramos digerido todo lo que acababa de pasar.

Entramos en mi despacho, yo primero, Álvaro detrás; él se encargó de cerrar la puerta.

Mi cabeza iba a toda velocidad, me hervía, las palabras de mi padre me estaban taladrando la mente, y no solo eso, había otra cosa dentro de mí que me pesaba más.

Saber que mi padre tenía razón, que no estaba a la altura del bufete, que me estaba comportando como un blando y eso no podía seguir así.

Era el mejor y no podía seguir pasándolo por alto, no podía seguir consintiendo que Elena Cruz jodiera mis planes de ser el nuevo «Rey» superando incluso a mi padre.

—Es una locura —dijo Álvaro, sin poder resistirse más a estar callado.

—Lo sé.

—Tus padres están completamente…

—Lo sé —repetí cortándole.

—No lo harás.

No respondí.

Porque en ese momento ya no estaba pensando en lo que estaba bien, estaba pensando en cómo había perdido, otra vez contra ella, hacía menos de una hora.

Pensando en cómo me había desmontado, en cómo me había ganado, en su mirada cuando el juez dijo: «no culpable». Esa mirada de «Chúpate esa, listo, otra vez muerdes el polvo».

—No puedes hacerlo.

Las palabras de Álvaro no sonaron a consejo, sino a ruego; no lo escuché. No podía hacerlo, ni tampoco quería; mi arrogancia y mi gran ego hundido cada vez más, no me lo permitieron.

—Quiero ser el mejor.

—Ya lo eres.

—Si lo fuera, no habría perdido, ni hoy ni ninguna de las otras veces.

—Lo eres y lo sabes, no dejes que tu padre te haga pensar lo contrarío

—No, mientras ella no salga de escena.

—¿Y así quieres ser el mejor?

—Haré lo que haga falta.

—Haciéndole daño a una mujer que ha luchado mucho para conseguir estar ahí, hundiendo a una buena abogada.

—No sabemos lo que ha hecho para estar ahí —dije, encogiéndome de hombros.

—Tú no, pero yo, sí lo se.

—¿Qué?

—He hablado alguna vez con ella, es brillante, Nico, es una luchadora que se ha abierto paso por su trabajo. No se merece esto.

—¿Has hablado con ella? ¿Cuándo? ¿Y por qué yo no lo sabía?

—Porque sabía que cuando lo supieras, te pondrías como te estás poniendo ahora, y me mirarías como si fuera un traidor que habla con el enemigo.

Tenía toda la razón porque era así precisamente como me sentía, traicionado y celoso, quizás de que él hubiera hablado con ella y yo no, pero ese sentimiento lo descarté de inmediato. Estar celoso significaba sentir y no podía permitírmelo.

—Me importa una mierda cómo haya llegado; yo también he pasado lo mío para estar ahí.

—Y, ¿por qué no podéis estar los dos?

—Los juzgados son un reino y solo puede reinar uno, no hay cabida para que dos destaquen.

—Elena te atrae desde el primer día y ni te molestes en negarlo. Has pensado que puede salirte el tiro por la culata y ser tú el que caiga rendido a sus pies.

Solté una carcajada que seguramente hasta mi padre tuvo que oírla desde su despacho.

—Eso no va a pasar, te lo aseguro, no seré yo el que vuelva jodido en septiembre.

Álvaro me miró decepcionado y enfadado también.

—¿Entonces está decidido? ¿Vas a hacerlo?

—Sí.

—Siendo así, te acompañaré, pero no cuentes conmigo para que te ayude. Eres mi mejor amigo, mi hermano, pero no puedo ayudarte en esto. No voy a contribuir a arruinar la vida de alguien, solo porque tu ego y tu falta de cojones para enfrentarte a tu padre, estén por delante de lo correcto.

Álvaro no dijo más, se levantó de la silla y salió de mi despacho dando un portazo y más enfadado de lo que lo había visto en la vida.

Capítulo 4



Elena

Salir de los juzgados después de ganar siempre tenía algo irreal.

Como si durante unas horas hubiera estado en otro mundo y, de repente, alguien me devolviera al mío sin previo aviso.

A ese que era real, en el que era Elena.

Solo Elena, no la «Loba».

Y, aun así, no me permití disfrutarlo demasiado, nunca lo hacía, porque, pese a todo, sabía que la próxima vez, quizá no ganara, quizá la próxima vez fuera yo la que mordiera el polvo.

Quizás era la costumbre o la prudencia, o ambas.

Porque con el «Príncipe» esa prudencia tenía que estar siempre ahí, porque con él, nunca podías bajar la guardia, ni confiarte.

Era brillante, eso no se lo podía discutir a nadie, pero también arrogante y carente de sentimientos, y eso precisamente era lo que lo hacía más peligroso.

Porque si no sentía, le daba igual aplastar a quien fuera para conseguir su objetivo: ganar.

Me fui directamente al bufete, nada de celebraciones, ni cafés largos. Nunca celebraba ninguno de mis triunfos, solo me daba la enhorabuena a mí misma y ya.

Me paré en la puerta y miré el edificio con una sonrisa en la cara.

El contraste con el edificio de los Valcárcel era casi ridículo.

El nuestro no tenía cristales infinitos, acero frío como el hielo ni suelos que brillaban más que la dignidad de algunos abogados.

Pero tenía lo mejor, mucho mejor. Alma.

Empujé la puerta y entré donde sabía que estaban mis compañeros, mi jefe, mi otra familia, la de corazón. La que elegí seis años atrás y la que me recibió con los brazos abiertos desde el primer día que pisé ese suelo.

Y si de algo estaba orgullosa, fue de tomar esa decisión, la de elegir ese despacho y no otro de los muchos entre los que pude elegir.

Cuando terminé la carrera y me tocó elegir un bufete para empezar con las prácticas, mientras cursaba el máster de acceso a la abogacía, revisé la lista que me dieron en la facultad.

Mis notas fueron impecables, estudié hasta dejarme los ojos y los codos en carne viva, pero mereció la pena; fui la mejor de mi promoción.

Por eso tuve el privilegio de elegir la primera, entre todos los bufetes de esa lista en la que aceptaban a estudiantes del máster en prácticas.

El primero de esa lista, como no podía ser de otra manera, era el bufete de los Valcárcel, seguido de los siguientes que había en la ciudad por orden de prestigio, tamaño y cantidad de gente que trabajaba en ellos.

Mis compañeros de carrera y mis profesores se quedaron pasmados cuando no elegí el primer nombre de la lista, ni el segundo ni unos cuantos por debajo.

Hice un estudio completo de todos los de la lista y me pasé por ellos sin decir quién era, sin descubrir mis intenciones.

Que no eran otras que encontrar un sitio en el que, aunque no encontrara prestigio, ni fuera reconocida, me hiciera sentir parte de algo, parte de una familia.

Eso fue precisamente lo que sentí nada más poner un pie en el bufete de Ricardo Sánchez, que salí de allí con tan buenas vibras que no me lo pensé ni miré más.

Esa fue mi elección.

Ni Nicolás, ni nadie de su entorno sabía que esta señorita pudo haber sido su compañera y no su rival, pero no lo era por elección, no porque no estuviera a la altura de pertenecer a su bufete sin alma.

Incluso su padre, el gran Gonzalo Valcárcel, un cabrón sin escrúpulos, conocido por todos los del gremio de Madrid, llamó a la facultad preguntando por qué la mejor abogada que había salido de allí en años y con unas notas que hicieron historia, no iba a su bufete.

Él insistió hasta la saciedad para que esa abogada fuera a su bufete, pero por la protección de datos nunca supo que era yo y con las ganas se quedó.

Solo le conocía por su fama, que era mucha, y por verlo alguna vez en los pasillos de los juzgados o en algún juicio en el que su hijo y yo nos habíamos enfrentado.

Siempre me miraba con odio y desprecio, pero nunca le devolví ni una mirada.

A día de hoy, nunca se había dirigido a mí y esperaba que no lo hiciera porque para él iba a tener.

No haber entrado en su bufete por elección y que me hubiera buscado hasta debajo de las piedras, seguramente, era una espinita que tenía clavada.

Pues yo tenía otra guardada en la manga y si algún día me tocaba mucho las palmas, pensaba restregarle que no estaba en sus filas porque no me había dado la gana.

No era mala, ni vengativa, pero que me mirara de aquella manera solo por hacer bien mi trabajo me jodía y mucho.

—¡Hombre, mira quién llega! —escuché, nada más cruzar la puerta, acompañado de un aullido.

La risa me salió sola antes de contestar.

—No empecéis.

—¿Cómo que no empecemos? —dijo Laura desde su mesa.

—¿Sabes lo que se está comentando ya? —añadió.

—No sé si quiero saberlo.

—Que has vuelto a ganar al «Príncipe» haciendo que su corona se mueva, despeinándole ese pelo *repeinao* que lleva.

Dijo Marcos, levantando la vista de unos papeles que tenía en la mano, antes de guiñarme un ojo y echarse a reír.

—Por favor, no lo llaméis así —dije riendo.

—¿Y cómo quieres que le llamemos? ¿El androide? ¿El hombre de hielo? ¿O el tío que no sonríe ni aunque le hagan cosquillas?

Solté una carcajada porque cualquiera de esos apodos también le quedarían perfectamente.

—Cualquiera le viene como anillo al dedo —dije, dando la razón a Laura.

Charlamos un rato más, me preguntaron cómo se había dado todo y cuando les conté lo de las gafas, las carcajadas aumentaron.

Así nos encontró Ricardo cuando entró al bufete con un café en la mano; sonrió nada más vernos.

Era el mejor jefe que uno pudiera tener; otro, al encontrarnos así, nos habría echado una buena bronca o nos hubiera puesto de patitas en la calle, pero él no. Siempre decía que si teníamos que parar para reír cinco minutos, era porque era necesario y, si era así, cuando las risas acababan, los empleados trabajaban más contentos y mejor.

—Ven conmigo, «Lobita».

—Ehh, no me bajes de categoría —dije, fingiendo indignación.

Los dos nos echamos a reír y así entramos en su despacho.

—¿Qué tal ha ido?

Su pregunta fue por saber detalles, porque por las risas de antes seguro que se imaginó lo que había pasado.

—Bien.

—¿Solo bien? ¿O de puta madre?

—No me gusta decir tacos delante del jefe, tengo una imagen que mantener.

Otra carcajada más al oírme.

—Sabía que lo harías.

Y no, no fue un halago, fue una certeza, fue la gran confianza que siempre depositaba en mí, y eso pesaba, porque cuando perdía, me costaba digerirlo y decírselo.

No quería decepcionarlo, y nunca lo había hecho; bien que me lo recalcaba en cuanto tenía ocasión.

Ricardo desde el primer día me dijo: «Si ganas, aprendes, pero si pierdes, lo haces mucho más».

Y tenía toda la razón del mundo, porque cuando ganaba, aprendía siempre algo del caso que había llevado. Pero cuando perdía, también hacía lo mismo y además aprendía de los errores que había cometido y por eso no había ganado. Y eso me ayudaba a no volverlos a cometer.

—Gracias, Ricardo, por todo.

—Gracias a ti, por elegir mi casa.

Asentí y me despedí de él con la mano antes de salir de su despacho, y lo hice deprisa, porque esas palabras me habían emocionado bastante y no quería ponerme allí a llorar.

El resto del día transcurrió como siempre, entre papeles, preparando defensas de los casos que llevaba, comiendo con mis compañeros en el bar de la esquina y disfrutando de mi trabajo, que, para mí, era lo más importante.

A las cinco recogí mis cosas y salí de mi despacho.

—¿Ya te vas? —me preguntó Marcos.

—Sí.

—¿Vas en metro?

—Así es.

—Si me esperas cinco minutos, te dejo de camino. Voy a recoger al crío de baloncesto.

—Pues te lo agradezco, así tardo menos.

Esperé a Marcos en lo que recogía sus cosas y los dos salimos del despacho después de desear a todos buena tarde.

Quince minutos después, gracias a él, estaba ya en el portal de mi casa.

Capítulo 5



Elena

Subí las escaleras de mi edificio en el barrio Lavapiés, el mismo que alquilamos cuando Marta y yo nos mudamos a Madrid al empezar la universidad.

Podíamos habernos mudado ya hacía tiempo cuando empezamos a trabajar en nuestros trabajos definitivos, pero teníamos tanto cariño a ese apartamento, en el que empezamos nuestra andadura en la vida adulta con tan solo dieciocho años, que allí seguíamos.

Y de eso ya habían pasado once años.

Once años en los que habíamos tenido de todo en nuestra vida como en botica.

Hasta que nos vinimos a Madrid a empezar nuestras carreras, yo Derecho y Marta, Periodismo, habíamos vivido con mis padres en un pueblecito de la localidad de Segovia, concretamente, en Riaza.

Marta y yo nos conocíamos desde siempre.

Ella tenía dos meses menos que yo, y que nuestros padres fueran los mejores amigos hizo que nosotras también lo fuéramos, ya que pasábamos más tiempo juntas que separadas.

Bueno, eso fue así los primeros diez años, porque después de eso no había pasado un solo día en el que no hubiéramos estado juntas.

¿La razón?

Pues un palo muy gordo que nos llevamos todos, sobre todo, Marta, a la que ese fatídico día le cambió la vida; bueno, nos cambió a todos.

Sus padres iban en coche a hacer la compra del mes; ese día hacía mucho frío, estábamos en pleno invierno y la noche anterior había caído algo de nieve.

Las bajas temperaturas hicieron que el suelo se congelara, lo que provocó que la mala suerte, el destino o saber qué, el padre de Marta perdiera el control del coche y ya no volvieran a casa.

Los dos murieron en el acto.

Marta no tenía más familia y, como podéis suponer, mis padres, que eran los mejores amigos de los suyos y la adoraban como si fuera otra hija más, no se quedaron de brazos cruzados.

Hicieron todo lo posible para poder adoptarla y que se quedara con nosotros, y eso fue lo que pasó tan solo pocos meses después de que sus padres murieran.

Marta siempre había sido mi hermana de corazón, pero desde los diez años pasó a ser mi hermana legalmente, aunque seguía llevando los apellidos de sus padres.

Desde ese momento no nos separamos más.

Lo pasó muy mal, como es lógico al haber perdido a sus padres, pero tanto los míos, como yo misma, nos volvamos con ella para hacerle el dolor un poco más llevadero.

Mis padres no es que nadaran en la abundancia, ya que mi padre tenía un pequeño bar en nuestro pueblo y mi madre, hacía trabajos de costura para las mujeres de allí.

Por eso, en cuanto tuvimos dieciséis años, Marta y yo, trabajamos esos dos veranos enteros para poder ahorrar, para cuando llegara el momento de irnos a la universidad, tener un poco de dinero.

Llegado el momento, mis padres nos ayudaron en lo que pudieron.

Pero claro, vivir en Madrid no era barato, eso sin contar que había que pagar también dos matrículas de estudios.

Así que mientras estudiábamos como locas para sacar nuestras carreras, trabajamos en muchas cosas para mantenernos y que mis padres no tuvieran que desembolsar un dinero que no tenían.

Hicimos de todo.

Servimos copas, cuidamos niños y enfermos, limpiamos portales, oficinas y muchas cosas más.

Pero valió el esfuerzo.

Las dos sacamos la carrera con muy buenas notas, yo, como la mejor de mi promoción con unas notas históricas, y Marta no llegó a eso, pero también fueron buenísimas.

Acabé empezando las prácticas en el bufete de Ricardo, donde desde el primer mes, cuando me vio cómo me movía entre leyes, me dijo que no me dejaría escapar y que allí tenía mi puesto asegurado cuando terminara, como así pasó.

Marta, en cambio, empezó a trabajar en una pequeña revista haciendo artículos de moda, cosa que odiaba.

Pero solo un año después consiguió un buen puesto en un periódico local en el que hacía artículos de investigación.

El trabajo de Marta, peligroso algunas veces y por el que me hacía preocuparme en exceso por ella, como siempre me decía, era, como he dicho, de investigación.

Principalmente, se dedicaba a casos de corrupción, injusticias, empresas turbias e historias humanas reales.

Las dos estábamos orgullosas de haber llegado donde lo habíamos hecho y mis padres, bueno, y los suyos a todos los efectos, mucho más.

Sus dos niñas, como ellos decían, eran unos huracanes triunfadores.

Nada más abrir la puerta de casa, lo supe. Marta estaba allí y no solo estaba en casa, sino que estaba de buen humor.

El canturreo que oía desde la puerta así me lo dijo.

—¡Elenaaa! —gritó desde el salón al oír la puerta.

Cerré los ojos un momento y contuve la risa antes de contestar.

—Si has roto algo, no quiero saberlo.

—No he roto nada. Todavía —añadió junto con una carcajada.

Entré en el salón y allí estaba, tirada en el sofá con el portátil en las piernas y una sonrisa sospechosa en la cara.

—Esa cara no me gusta, es la que pones cuando tramas algo.

—Pues te vas a tener que acostumbrar a ella.

—Esto me suena a problema.

—No, suena a planazo.

Suspiré antes de sentarme a su lado.

—Miedo me das.

—Te lo cuento después. Primero lo importante. ¿Le has ganado?

La miré y contuve la risa por la manera en la que estaba esperando mi respuesta, frotándose las manos.

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

—Me encanta cuando te pones así, claro que le has ganado, ese brillo en los ojos te delata.

—Sí, otra vez, ya puedes apuntar otra equis en mi parte del *ranking*.

Desde que empecé a enfrentarme a Nicolás, y Marta se enteró que era la primera que lo había ganado y lo mucho que se comentó ese hecho, compró una pizarra de esas blancas y la colgó en el pasillo.

En ella estaban nuestros nombres uno al lado del otro, pero separados por una línea vertical.

Cada vez que nos enfrentábamos, Marta ponía una equis en el lado del ganador y, si no me equivocaba ahora mismo, íbamos treinta y nueve ganados yo, y treinta y siete él. Le sacaba dos de ventaja.

—Pobrecito el «Príncipe», destronado —dijo con burla, pero guiñándome un ojo.

—No empieces.

—¿Qué? Es guapo, Elena.

Y ya lo creo que lo era, el hombre más guapo que yo había conocido nunca.

Tenía un pelo negro como el carbón y unos ojos azules, tan claros, que parecían irreales, que intimidaban y te hacían suspirar a partes iguales.

Su mandíbula era cuadrada y marcada, perfecta, no se podía describir de otra manera, sobre todo cuando llevaba la barba de tres días que lo hacía ser irresistible.

Y su cuerpo… Pues como todo en él, perfecto.

Músculos marcados que bajo el traje escondía muy bien, pero cuando en alguna ocasión, que eran las menos, se quitaba la chaqueta y se remangaba las mangas de la camisa en los juzgados, era para sacar el abanico y darle fuerte para no morir de combustión espontanea.

En fin, dejemos eso aparte porque se me suben los calores.

—Es insoportable.

—Eso también.

—Es arrogante, frío, tiene un ego más grande que el edificio de los juzgados y tiene la capacidad emocional de una piedra.

—Pero qué piedra… —murmuró.

Cogí un cojín que tenía a mi lado y le di con él en la cabeza.

—Céntrate.

Las dos nos miramos y nos echamos a reír.

Siempre estábamos así, bromeando entre nosotras, dejando salir esa parte divertida y guasona que las dos teníamos y que la dejábamos para nuestra intimidad.

Ya que el resto del tiempo sacábamos el traje de serias y nos poníamos la máscara de tías duras cuando estábamos trabajando.

—Vale, vale. Dejemos al «Príncipe» para luego. Tengo algo mejor.

—Eso me preocupa más.

—Vacaciones.

Solo dijo esa palabra, pero sonó como música para mis oídos. Hacía once meses desde el último agosto que no teníamos ninguna de las dos vacaciones. Realmente había sido un año largo y las necesitábamos.

—Sigue.

—Un compañero del periódico me ha comentado que el año pasado se fue de crucero y fue increíble.

—¿Un crucero?

—Sí, de solteros concretamente.

—Eso suena a tíos babosos y desesperados por follar.

—Eso suena a desconexión y sexo sin compromiso, y si alguno se pone muy pesado, siempre nos queda la opción de tirarlo por la borda.

Ninguna de las dos estábamos por la labor de tener pareja. A las dos no nos había ido muy bien en el tema de corazón y decidimos que dejaríamos el amor aparte hasta no estar seguras de que aparecía el adecuado.

Monjas no éramos, eso sí que no.

A las dos nos gustaba el sexo, así que, o bien ligábamos en un bar o quedábamos a través de una app de sexo sin compromiso a la que las dos estábamos apuntadas; teníamos una vida sexual activa y satisfactoria.

Pensé unos segundos y dije: ¿por qué no?

—Sigue —le pedí, para que siguiera explicándome el plan.

—Vale, escúchame. Nosotras nos lo hemos currado todo el año. Tú salvando clientes, yo corriendo como loca buscando la noticia.

—Eso no lo discuto.

—Entonces, una semana en casa de tus padres.

—Marta… —le advertí por llamarlos así.

—Vale, una semana en casa de los papás y luego dos semanas de crucero.

—Van a estar encantados de tenernos allí una semana entera.

—Lo sé, joder, y nosotras más, solo de pensar en sus abrazos y en la paella del señor José, ya estoy salivando,

—Y mamá te hará repetir plato porque te dirá que has perdido peso desde que estuvimos en Semana Santa.

—Lo sé y la adoro por eso y por todo.

—Lo sé, nos adoran igual que nosotras a ellos.

Las dos nos quedamos unos segundos en silencio, pensando en mis padres, y en lo mucho que los echábamos de menos.

—¿De verdad quieres un crucero?

—De verdad necesito un crucero.

—Necesito mar, sol, desconexión, y follar para relajarme.

La miré, suspiré y sonreí, porque yo también necesitaba lo mismo.

Sobre todo, lo de la desconexión.

No clientes, no leyes, no juzgado, no horarios y prisas y, sobre todo, no Nicolás Valcárcel.

—Vale.

—Vale, ¿qué?

—Vale, luz verde.

El grito que pegó seguramente hasta mis padres lo tuvieron que oír; fue completamente innecesario, sí, pero muy Marta.

—Yo me encargo de reservar. Este verano va a ser increíble, Elena, va a ser nuestro verano.

La miré un segundo y por una vez la creí, necesitaba creerla.

Sería un verano inolvidable.

Aun sin saber la que se nos venía encima, y a qué precio…

Capítulo 6



Nicolás

Faltaba un día.

Solo uno.

Y, aun así, tenía la sensación de que ya era demasiado tarde para echarme atrás.

Llevaba los últimos quince días hecho una mierda; había dormido fatal.

Ni una sola noche del tirón; todas ellas, me desvelaba pensando en lo que tenía que hacer, en lo que me habían impuesto hacer.

Una parte de mí, la racional, la humana, me decía constantemente que no debía, que era un error, que seguramente no solo ella iba a salir herida.

Me decía que eso no era un juicio, que allí no habría un vencedor y un ganador, porque fuera como fuera, ninguno iba a ganar nada, los dos perderíamos.

Pero mi parte ambiciosa, mi lado oscuro, ese que estaba ahí porque así me habían formado para tenerlo, me decía que ella no era nadie, que era un daño colateral, algo molesto que tenía que apartar para conseguir mi objetivo.

Ser el mejor.

Por el momento, esa parte oscura era la que iba ganando en mi lucha interior.

Le había pedido a Álvaro que me ayudara con la búsqueda de lo que haría Elena en agosto.

Se negó, como ya esperaba.

—No estoy de acuerdo con esta puta locura. Date por contento de que te acompañe, pero no cuentes conmigo para hurgar en su vida y saber a dónde va. Me parecen despreciables vuestros planes y no seré partícipe de ellos. A mí, todavía me queda corazón y vergüenza —me dijo enfadado.

Así que me tocó hacerlo a mí solo.

Había averiguado dónde se iba de vacaciones con su inseparable amiga Marta Soler, la periodista, a la que conocía de oídas y de haberla visto de pasada alguna vez en los juzgados junto a Elena, pero con la que no había cruzado una palabra en mi vida.

No me fue difícil saber dónde se iban: una pregunta aquí, otra allí, tirando de contactos; de esos tenía muchos por ser quien era, o más bien por quien era mi padre, en dos días tenía todos los datos de sus planes.

La primera semana de agosto ambas se iban a Riaza, su pueblo natal, a pasarla con los padres de Elena.

Evidentemente, llevar a cabo mis planes allí era impensable, demasiado íntimo, demasiado inaccesible, demasiado personal.

No, allí no podía ser.

Pero sonreí al saber la segunda parte de sus planes vacacionales.

La segunda y tercera semana de agosto habían hecho una reserva en un crucero, concretamente en uno que duraba catorce días y era por el Mediterráneo, con varios días de navegación y otros, con paradas en distintas ciudades.

El día que me enteré, hacía ya una semana, temí que no hubiera plazas, pero la suerte estuvo de mi lado y alguna sí que quedaba.

Así que no me lo pensé.

En ese mismo momento llamé a la agencia que lo llevaba y no pregunté nada sobre cómo era el crucero ni el itinerario; eso me importaba bien poco.

Solo reservé dos plazas dando mis datos y los de Álvaro, y una hora después tenía en mi correo electrónico las reservas del barco, en dos camarotes vip, ya que ni de coña me habría metido en un cuchitril.

Si iba a tener que hacer algo, de lo que no estaba convencido del todo, qué menos que estar cómodo.

La noche anterior había llamado a Álvaro para recordarle que hoy domingo, después de comer, saldríamos hacia Barcelona.

Desde allí salía el crucero y pasaríamos la noche en un hotel cerca del puerto para estar frescos y descansados para embarcar el lunes a las nueve de la mañana.

Apenas hablamos, pero la conversación aún la tenía bien fresca en la cabeza, como si acabáramos de tenerla hacía cinco minutos y no unas horas antes.

—Esto no va a salir bien —me dijo con voz cansada.

—No tiene por qué salir bien. Tiene que funcionar.

—No es lo mismo.

—Para mí, sí.

—Te vas a arrepentir, y quizás cuando lo hagas sea demasiado tarde.

—No lo haré.

—Lo harás, porque no solo ella va a pasarlo mal.

—Pues no sé quién más podría pasarlo mal; si hablas de mí, desde ya te digo que te estás equivocando.

—Ya lo veremos, Nico, ya lo veremos. Ojalá te mande a la mierda nada más verte y no te deje acercarte ni un centímetro. Eso nos ahorraría a todos muchos dolores de cabeza, a ti el primero.

—No dramatices.

—No lo hago, solo me preocupo, y no solo por ti, por los dos. Esto os va a cambiar la vida a los dos, y desde luego no será para bien.

—Piénsalo bien, Nico, aún estás a tiempo.

Esas fueron sus últimas palabras antes de colgarme el teléfono sin decirme adiós siquiera.

Me quedé mirando la maleta que ya tenía preparada encima de la cama y suspiré.

Negué con la cabeza una y otra vez e intenté convencerme a mí mismo de que Álvaro estaba confundido, tenía que estarlo.

El sonido de un mensaje entrante en mi móvil me sobresalto.

Lo cogí de la cómoda, lo desbloqueé y resoplé al ver que era mi padre. Apenas habíamos hablado las dos últimas semanas y lo poco que lo habíamos hecho, por una vez en la vida, no fue de juicios, leyes y corrección.

Solo me preguntó, si ya sabía sus planes, si tenía las reservas hechas, y si estaba preparando la estrategia a seguir, como si Elena fuera un caso más.

Abrí el chat y leí.

Papá: *Comida. 14:30. No llegues tarde.*

Como si alguna vez lo hubiera hecho o se me hubiera permitido hacerlo, pensé.

El resto de la mañana la dediqué a hacer un poco de ejercicio en el gimnasio que tenía montado en una de las habitaciones de mi ático.

Ático que era mío, pero que no lo había comprado yo.

Fue un regalo de mis padres cuando me gradué.

Para que te independices y empieces tu andadura en solitario, me dijeron. Vamos, una manera de decirme: ya es hora de que vueles del nido y te acostumbres a estar solo.

El ático era grande, quizás demasiado. Por supuesto, y como no podía ser de otra manera siendo el hijo de quien era, estaba en una de las mejores y más caras zonas de Madrid.

La clase social había que dejarla clara.

Vivía allí por obligación, no porque me gustara.

Desde luego, si me hubiesen dado a elegir, habría elegido chalé o una casa unifamiliar a las afueras, donde no primaría la clase, pero sí la tranquilidad.

Después de un par de horas en el gimnasio y de pasar por una larga ducha, me puse ropa cómoda y me tiré en el enorme sofá que tenía a leer, las estrategias que ya tenía en mente, para los próximos juicios que se celebrarían a partir de septiembre.

Me preparé con tiempo.

Me puse un traje de lino, ya que el calor en esa época del año apretaba en Madrid y mucho.

Lo suyo hubiera sido ponerse unas bermudas y un polo de manga corta para no cocerme como un pollo en un asador; eso me habría puesto, si no tuviera que ir a comer a casa de mis padres.

Si me hubiese presentado con esa ropa, a mi madre, le habría dado una apoplejía como poco.

Su lema era: «Si para estar bella hay que sufrir, se sufre. Y si para estar a la altura hay que pasar calor, pues se pasa y te abanicas cuando nadie te vea».

A las dos y cuarto paré el coche en la puerta de la mansión de mis padres, sí, mansión, porque eso, una casa grande, no era.

Otra cosa más para aparentar.

Porque siempre me preguntaba para qué coño querrían una casa de cuatrocientos metros para dos personas; sería por si no querían verse, no tener que hacerlo en días, ya que otra explicación no podía tener.

Capítulo 7



Nicolás

Entré sin que me anunciaran; era uno de los pocos privilegios que tenía siendo su hijo.

Pasé directamente, suponiendo que sería donde estarían los dos esperando mi llegada para comer.

Me equivoqué en parte.

Solo estaba mi madre, sentada en una butaca con la espalda bien recta, con una copa de vino en la mano, mirando al vacío, pensando en algo seguramente.

—Ya estás aquí.

Ese fue el saludo de mi madre, frío y controlado, como ella.

—Sí.

Me acerqué a ella y con la mano me pidió que me sirviera una copa de la botella que estaba en la mesa que tenía al lado, donde también había dos copas vacías.

—Siéntate.

No fue una petición o una sugerencia; nunca lo era viniendo de ella.

—Tu padre llegará en un momento, está en una llamada —asentí.

—Así que has vuelto a perder.

Directa, mordaz, sin contemplaciones.

—Sí.

—Otra vez con ella.

No fue una pregunta, fue una afirmación con tono de reproche.

—Sí

—Interesante.

—¿Interesante?

—Muy pocos consiguen incomodarte. Y, mucho menos, superarte.

No le contesté; la conocía lo suficiente para saber cuándo tenía que callar y guardarme mi opinión, porque no sabía si aquello era una crítica o algo peor.

—Vamos a comer —ordenó mi padre, desde la puerta.

Mi madre y yo nos levantamos y fuimos detrás de él al comedor, donde ya estaba todo preparado. Todo colocado con una precisión milimétrica casi enfermiza. Ni un solo cubierto torcido, ni una copa distanciada; hasta la separación de los platos entre uno y otro era la misma.

Era agotador.

—Bien, vamos a hablar de algo importante —dijo mi padre, antes de dar el primer bocado.

—Has averiguado dónde se va.

No fue una pregunta, y con eso me dejó claro que él también se había encargado de hacer las pesquisas pertinentes, por si las mías fallaban.

—Sí.

—Bien.

—A un crucero por el mediterráneo.

Mi madre nos miró y sonrió de medio lado.

—Curioso…

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no hay escapatoria en un sitio así, todo es cercano e íntimo.

—Es perfecto —añadió mi padre.

—No me parece perfecto.

Mi padre me miró con los ojos entrecerrados; de momento no denotaban enfado, solo advertencia.

—No tiene que parecértelo. Tiene que serlo.

—Quiero que lo entiendas bien, Nicolás. No se trata solo de acostarte con ella.

Las palabras de mi madre, que dijo de manera calmada, tras dejar su copa en la mesa, me hicieron estremecer.

—Se trata de entrar en su cabeza, de hacer que confíe en ti. Que baje la guardia. De que deje de verte como un rival —añadió, como si no fuera un plan sino un hecho.

—No lo hará.

—Lo hará —dijo mi padre, con seguridad—, porque no irá contigo a un juicio. Irá contigo a un lugar donde no espera encontrarte.

—Y eso cambia las reglas —añadió mi madre.

—No soy así…

La frase me salió sola, sin esperarla, sin poder controlar mi boca, y me arrepentí incluso antes de terminar de decirla.

—¿Así cómo?

—Manipulador.

Como vosotros, quise añadir, pero no lo hice, me contuve, porque eso daría lugar a una gran discusión y a muchos reproches que ni quería ni tenía ganas de escuchar.

—Todos lo somos, Nicolás. Algunos simplemente lo hacen mejor que otros y, si quieres ganar en esto, también tienes que ser el mejor.

No le respondí, ¿qué podría decir?, quería ser el mejor, pero para serlo, ¿todo valía? Según ellos, sí; según mi criterio, cada vez lo tenía menos claro.

—Esto no va de moral, esa la dejas en casa —continuó mi madre—. Va de estrategia.

—Va de ganar, de ser el mejor —remató mi padre.

—Y cuando termine …

—Te vas —me ordenó mi padre, sin dejarme terminar la frase.

—Sin decir nada, sin dejar rastro —sentenció mi madre.

El silencio que se hizo fue mucho más pesado que los anteriores.

—Eso la romperá —dije, lamentándome.

—La desestabilizará, y eso es lo que hace falta.

Apreté la mandíbula, porque siempre supe que mis padres eran egoístas y que solo pensaban por y para ellos, pero esto se pasaba ya de castaño oscuro.

Porque lo peor de todo, es que sabía que esto no se trataba solo de que yo fuera el mejor y brillara por mí mismo.

No, porque si destacaba y era el mejor, es porque ellos eran mis padres y el mérito era todo suyo, no por lo que yo lo hubiese hecho por mí mismo.

—No estoy seguro de querer hacer esto.

Mi padre dejó el tenedor con un golpe seco encima del plato y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Entonces no estás preparado para lo que viene.

—Este bufete —continuó— no es un juego. No es un lugar para dudas. Es un lugar para decisiones.

—Lo sé.

—Pues parece que no. ¡Así que, deja de tocar los cojones con tus dudas y actúa en consecuencia! —me dijo enfadado y alzando un poco la voz.

Mi madre intervino de nuevo, ella sin alzar la voz, sin cambiar su gesto, de manera suave como hacía siempre. Y eso era todavía peor que el arranque de mi padre, porque era mucho más peligrosa.

—No te estamos pidiendo nada que no seas capaz de hacer, eres nuestro hijo.

Y con eso estaba todo dicho. Como era su hijo, tenía que hacer y actuar como ellos quisieran, lo que ellos decían y como me habían moldeado para hacer.

Bajé la mirada un segundo, solo uno, y cogí aire.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará.

—¿Y si no? —insistí.

—Entonces, aprenderás a no fallar dos veces.

—Hazlo, eres tú el que tiene que resolverlo. Voy a darte un voto de confianza, solo uno —recalcó mi madre.

—Pero si fallas, harás que yo tenga que intervenir, para mandar a esa niñata de vuelta a la cloaca de la que nunca debió salir. Y no quiero tener que perder mi tiempo en una cosa que tienes que hacer tú y de manera muy fácil.

Con esas últimas palabras se dio por zanjada la conversación y el resto de la comida la hicimos en silencio, como siempre se hacía en casa de los Valcárcel.

Lo de hoy había sido una excepción que seguramente no se repetiría.

—Me voy mañana —dije en la puerta antes de marcharme.

—Lo sé —dijo mi padre, dejando claro que estaba al tanto de todos mis planes.

—Nicolás —me llamó mi madre, antes de montarme en el coche.

—No dudes, no pienses, no sientas, solo hazlo.

—Como un puto robot —murmuré entre dientes.

—Y lo más importante… Ni se te ocurra enamorarte de esa mujer, porque si lo haces, dejarás de pertenecer a esta familia.

—Eso no va a pasar.

—Más te vale.

—Porque el amor en nuestro mundo no tiene cabida; el amor solo te hace débil.

—Te he dicho que eso no va a pasar.

—Bien, me alegro de que al menos esto lo tengas claro.

—Porque los Valcárcel, no tenemos compasión, nacimos para ganar, no para empatizar con nadie.

—Me voy —dije, abriendo la puerta del coche.

—Nicolás, hazlo, sin un fallo —me ordenó, antes de darse la vuelta.

—Lo haré, he aprendido de los mejores, que los fallos no son una opción, sino una decepción.

Me monté en el coche y salí de la propiedad de mis padres con una mala sensación por dentro.

No solo era porque tuviera dudas de lo que tenía que hacer.

Era por cómo me había sentido durante toda la comida.

Como una marioneta, como un niño al que le dan las directrices que tiene que seguir.

Y, joder, ya no era ningún niño, era un hombre de treinta y cuatro años hecho y derecho, que había estudiado como un cabrón para ser el mejor de su promoción, porque no serlo, no era una opción.

Como tampoco lo fue, elegir otra carrera que no fuera Derecho.

Eso estuvo decidido a la vez que mi nombre desde antes de mi nacimiento. Siendo hijo de Gonzalo y Carmen Valcárcel, no podía ser de otra manera; o era abogado o era abogado y no había discusión posible al respecto.

Nuestro apellido abría puertas e iba ligado al dinero, el poder y los contactos necesarios para todo, pero también pesaba.

Cada vez más.

Pesaba como esa frase que me dijo mi padre, cuando preparé mi primer caso con mucha ilusión. La ilusión de un crío que solo quería demostrar la verdad y ayudar…

«En este trabajo no importa la verdad, importa lo que se pueda demostrar».

Esa frase se me quedó grabada en mi memoria desde aquel día y se paseaba por mi mente más veces de las que me gustaría.

Sobre todo, cuando en un juicio, defendías a una persona que sabías que era culpable solo con mirarle a los ojos y, como las pruebas estaban a su favor, quedaba libre.

O como había pasado en el último juicio en el que me enfrenté a Elena.

Si no hubiera sido por ella, y por lo lista que anduvo dejando al principal testigo, que seguramente estaba comprado, con el culo al aire, con el detalle de las gafas, un inocente habría acabado en prisión.

Esa era la gran diferencia que existía entre los dos y la que nos separaba como si hubiera un abismo entre nosotros.

Ella luchaba en el estrado para que se supiera la verdad, para que un inocente no acabara en la cárcel y para que el sistema funcionara como debería.

Y yo…

Yo solo entraba en la sala con un objetivo. Ganar.

Siempre ganar, pasara lo que pasara, y cayera quien cayera. Así me habían enseñado, es lo que había mamado desde mi nacimiento y para mí, no había otra posibilidad ni otra manera de hacer las cosas.

Bueno, siendo sincero, sí que había más posibilidades o posiciones. La más sencilla era enfrentarme a mis padres, y decir no. Pero esa sí sabía que era una batalla perdida, porque nunca me permitirían ser de otra manera que no fuera a su imagen y semejanza.

Como había dicho, mi padre, era un Valcárcel y, como tal, me tenía que comportar, sin avergonzar nuestro apellido ni a ellos.

—Soy un Valcárcel, no tengo otra opción, tengo que hacerlo —murmuré, antes de salir del coche para subir a mi ático.

Capítulo 8



Elena

Siempre me había gustado viajar en tren.

Tenía algo pausado, como si el mundo se moviera sin exigirte nada a cambio.

Y en uno precisamente era donde estábamos en este momento, dirección Barcelona, que era de donde salía el crucero al día siguiente.

Aunque cuando Marta contrató el viaje, en un principio quería ir el mismo día en un vuelo nocturno que nos dejaría en Barcelona, solo dos horas antes de la hora en la que zarpaba el barco, me había costado Dios y ayuda para que desistiera de esa idea.

Me costó tres días y varios alegatos estudiados, preparados y casi presentados en papel para hacerla entrar en razón y convencerla de que era mejor viajar el día antes y hacerlo en tren.

Que sí, que en tren se tardaba más, pero hacerlo así para mí, al menos, era mucho mejor; tendríamos tiempo de charlar y disfrutar de unas horas sentadas sin hacer nada.

Y ese nada, era todo un mundo para nosotras, ya que no parábamos en todo el año.

Haber viajado en avión habría sido todo prisas, porque con un simple retraso de este, nos hubiésemos quedado en tierra y el barco se habría ido sin nosotras.

Eso de quedarnos en tierra fue mi alegato final y con el que convencí a Marta de desistir de viajar esa noche y no el día anterior.

—Te juro que, como perdamos el crucero por tu culpa, no te lo perdono en la vida.

Giré la cabeza lentamente y la miré frunciendo el ceño.

—¿Por mi culpa?

—Sí —me dijo, totalmente sería.

—Has sido tú la que has querido venir en tren y has insistido en venir un día antes.

—Precisamente para evitar perder el crucero.

—Detalles, verás tú cómo mañana no suene el despertador y nos quedemos dormidas.

Puse los ojos en blanco y resoplé antes de contestarle.

—Marta, no me toques las palmas, bonita. ¿Por qué coño no va a sonar el despertador?

—Yo qué sé, se me acaba de ocurrir.

—Pues deja de pensar gilipolleces, solo hacen que te estreses y me estreses a mí.

—Además, te recuerdo que, a diferencia de ti, que eres como una marmota que hay que despegarla de la cama por las mañanas con un látigo, hace años que yo no necesito ninguna alarma; me despierto sola al alba.

—En otra vida fuiste vampira, lo tengo claro —dijo, echándose a reír.

—Y tú, un koala —repliqué.

—¿Un koala?

—Son de los animales que más duermen.

Se quedó pensando unos segundos y ya la vi venir de lejos, iba a soltar una de las suyas.

—Un koala… puede ser, pero no solo por dormir. También porque me gusta colgarme de los tíos y que me cojan como si fuera uno mientras me empotran contra la pared.

Y ahí estaba, como pensé, soltó la gran burrada de la hora, porque día quedaba mucho por delante y de esas vendrían muchas más.

—Pero te lo digo en serio, no podemos perder el barco —insistió.

—Relájate. Llegamos con tiempo, dormimos; bueno, yo duermo, tú invernas en el hotel y mañana embarcamos como personas civilizadas.

—Qué aburrida eres.

—Mejor aburrida, que irresponsable.

—Pero divertida.

—Eso no te lo discuto.

Nuestros días y nuestras conversaciones siempre eran así, llenas de humor, ataques verbales por parte de las dos, pero también tenían algo único, amor de hermanas.

El tren seguía avanzando constante, dejando atrás paisajes que apenas veíamos, pero que nos acompañaban kilómetro tras kilómetro.

Nosotras, mientras, íbamos muy ocupadas hablando como siempre; nunca nos faltaba la conversación, ni las bromas, ni los piques; esos nos salían solos.

Marta se dejó caer en el respaldo del asiento de golpe y soltó un suspiro.

—No me creo que ya estemos de vacaciones, es que de verdad no me lo creo.

Ni yo tampoco, pero no dije nada. Había sido un año demasiado largo.

Casos complicados, jornadas eternas, decisiones que pesaban más de lo que me gustaría admitir, y mucho «Príncipe», tanto, como para estar empachada de él.

Y no solo lo decía por los días en los que nos teníamos que enfrentar en un juicio. Si no, por todos los demás días en los que nos cruzábamos por los pasillos de los juzgados, que no eran pocos.

No nos hablábamos, nunca lo habíamos hecho.

Jamás habíamos cruzado palabra, solo miradas, pero con esas nos bastaba a los dos. Porque había miradas que decían más que un alegato final muy largo, y las nuestras eran así.

Miradas contenidas, de reojo, intimidantes, conscientes, duras, largas, cortas, habíamos tenido de todas.

Había sido un año duro, sí, pero aun así lo habíamos sacado adelante.

—Nos la hemos ganado —murmure.

—A pulso —me respondió.

—Tú, defendiendo a medio mundo y yo, metiéndome en líos que no me correspondían.

Eso último lo haces por gusto; si no lo hicieras, no serías tú.

—Totalmente —dijo riéndose.

Marta en lo suyo era la mejor, tenía un olfato fuera de serie para seguir la noticia, pero muchas veces, o todas, se implicaba demasiado, y arriesgaba en demasía.

Me miró de reojo y sonrió antes de volver a hablar; era la señal de que iba a cambiar de tema radicalmente. Porque sabía que lo de cómo buscaba las noticias arriesgándose tanto no me gustaba y, si seguíamos con el tema, empezaría a reñirle.

No era lista ni nada la niña…

—Por cierto, tus padres siguen siendo las mejores personas del planeta.

—Lo sé.

La sonrisa me salió sola; siempre me pasaba con solo pensar en ellos.

Habíamos pasado una semana entera con ellos y nos había sabido a poco a los cuatro.

El día que llegamos a Riaza, se me quedaría grabado en la memoria para siempre. Llevábamos meses sin verlos en persona. Y digo en persona, porque por videollamada los veíamos mínimo tres veces a la semana y las llamadas o mensajes podríamos decir que eran casi a diario.

Y no solo conmigo; como he dicho anteriormente, Marta, era tan hija de ellos como yo, por lo tanto, la comunicación entre ellos era la misma que conmigo.

Como decía, el día que llegamos a Riaza, fue una completa sorpresa para ellos, ya que no les habíamos avisado. Es más, les dijimos la mentirijilla de que al crucero nos íbamos antes para sorprenderlos.

Cuando a la hora de la comida, la que hacían los dos juntos desde que yo tenía uso de memoria en el bar de mi padre, nos vieron entrar a las dos tan chulas andando, allí se desató el caos.

Mi padre, literalmente, saltó la barra que era donde estaba y mi madre, que estaba sentada en una silla, ni pudo levantarse de la llantina que le entró al vernos.

Las dos nos acercamos a ella y la abrazamos fuerte y mi padre, nos abrazó a todas.

Los siete días que pasamos allí fueron revitalizantes para todos.

—Mamá te va a echar de menos —dije.

Mi madre nos quería a las dos por igual, eso era incuestionable, pero con Marta, seguramente por lo que pasó, tenía un *feeling* especial, al igual que yo lo tenía con mi padre.

¿Eso nos molestaba o nos creaba celos a alguna de las dos? Rotundamente no.

—Yo también a ella, nadie cocina como mi Isabel.

—Eso es porque tú no cocinas.

—Eso es porque no quiero competir con la excelencia —contestó, encogiéndose de hombros.

—Tienes un morro que te lo pisas.

—Puede, pero igual que tú no te acercas a la plancha, yo no lo hago a los fogones ni a cien metros.

Nos miramos las dos y nos echamos a reír.

Porque era totalmente cierto, Marta era una completa negada en la cocina, pero negada total, de las que hasta abrir una lata se le torcía. Y yo odiaba con todas mis fuerzas planchar, siempre lo había hecho.

Nunca me quedaba una prenda en condiciones, siempre aparecía una arruga en algún lado y cuando le daba con todas las ganas y quedaba lisita, aparecía otra por otro sitio, eso me hacía desesperarme hasta el punto, de ponerme las prendas arrugadas.

Así para evitar cabreos innecesarios por mi parte, y quedarnos sin comer por parte de Marta, porque hubiera quemado hasta un sándwich frio.

Yo cocinaba siempre y ella planchaba la ropa de las dos.

—Y tú padre. De verdad, Elena, ¿cómo puede ser tan adorable?

Y lo era, vaya si lo era. Y no solo adorable, era la persona más empática y amorosa del mundo, sobre todo, con nosotras tres.

—No se lo digas, que se viene arriba.

—Pues que se venga porque no es para menos.

Volví a sonreír apoyando la cabeza en la ventanilla pensando en ellos, y en los muchos abrazos, besos y consejos que nos habían dado esos días.

—Me gusta ir allí —murmuré.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo.

—Es como parar.

—Es casa.

La miré y asentí sonriendo, dándole la razón, porque no lo podía haber dicho mejor, «casa».

—Y gracias —añadió Marta de repente.

—¿Por qué?

—Por todo.

Negué.

—No se te ocurra empezar con eso.

—No, déjame hablar —insistió —. Sé que no tengo que darte las gracias, pero aun así…

—Marta…

—Gracias.

Me hizo soltar un suspiro porque ya estaba haciendo que se me pusiera un nudo en la garganta como siempre que sacaba el tema, de que mis padres la acogieran en casa y todos la tratáramos como una más de la familia.

—Eres mi hermana, deja de comportarte como si te hubiéramos adoptado ayer, porque ya lo eras incluso antes de que aquello pasara.

—Pero es que… —dijo con los ojos aguados por la emoción y yo negué

—Valeee.

Las dos sabíamos que no era un tema cerrado porque volvería a salir en cualquier otro momento, pero por ese día, sí que lo dimos por zanjado. Era eso, o ponernos las dos allí a llorar y no era plan con el tren lleno de gente.

Capítulo 9



Elena

El resto del viaje en tren fuimos hablando de todos los destinos por los que pararía en barco.

Había unos cuantos.

El primero era Marsella, donde hasta salivamos solo de pensar en los croissants con un buen café que nos íbamos a tomar.

Otro era Italia, con ese soñamos con la pasta y la pizza que nos íbamos a comer y las fotos tan bonitas que nos haríamos junto a la Torre de Pisa o la Fontana de Trevi.

Nápoles, Palermo, Túnez, Malta… y algunos más estaban en la lista de paradas y en todos y cada uno de ellos hicimos una lista de lo que queríamos ver y comer.

El último destino antes de llegar a puerto era Ibiza, que de todos los destinos era el único que conocíamos, justo de las vacaciones del año anterior que es adonde fuimos.

Con Ibiza apuntamos los sitios que más nos habían gustado de nuestra anterior visita para volver a repetir y alguno que se nos quedó en el tintero.

Bien entrada la tarde llegamos a la estación de Barcelona.

Desde allí cogimos un taxi para que nos dejara a nosotras, y las cuatro maletas que llevábamos cargadas hasta los topes en el hotel que reservamos para pasar esa única noche.

—No está nada mal.

—No, es perfecto para pasar la noche y encima mira —le dije, señalando la ventana.

—Leches, si me tiro por la ventana llego antes al puerto que si salgo por la puerta y doy la vuelta.

La miré negando con la cabeza y me heche a reír.

—Eso te vendría de perlas, tendrías diez minutos más para dormir, justo los que tardamos en rodear el hotel y llega al puerto mañana.

—Ñiñiñi…

—Sí, mucho ñiñiñi, pero sabes que tengo razón.

Las dos seguimos riéndonos de todo y de nada, mientras sacábamos de la maleta un pijama cortito de verano.

Ya habíamos decidido en el tren que para cenar la pediríamos al servicio de habitaciones, así no estaríamos por esa ciudad que no conocíamos buscando un sitio para cenar y que nos dieran las tantas.

—¿Quién se ducha primero?

—¿A suertes? —me propuso.

Su pregunta me hizo reír, porque en casa como solo teníamos un baño, muchas veces me hacía lo mismo cuando coincidíamos a la hora de ducharnos.

Éramos como dos crías, echando a suerte la ducha, pero dos crías felices.

—¿Piedra, papel o tijera?

Marta llevó una de sus manos a la espalda y entrecerró los ojos antes de decirme con voz de ultratumba.

—Vas a perder… lobita.

Tuve que agarrarme hasta la barriga del ataque de risa que me dio cuando al terminar de decir eso, aulló como una loca.

—Tú serás la que muerda el polvo, periodistilla.

Llevé mi mano a la espalda y me puse sería, las dos lo hicimos. Porque, aunque estábamos bromeando, cuando llegaba en momento de la verdad, la seriedad se imponía.

No nos gustaba perder ni a las chapas a ninguna de las dos.

Nos miramos, contamos, sacamos nuestras manos y me cagué en todo lo que se meneaba.

La muy pelleja casi siempre solía sacar tijera, por eso saqué piedra, pero en esa ocasión me la jugó y sacó papel.

—Ale, mira el sol por la ventana, mientras disfruto de una duchita larga y reponedora.

—No te recochinees encima, cabrona.

—Anda, pequeña lobita, ve pidiendo la cena.

—Y encima me da órdenes. Dios mío dame paciencia.

Puse los ojos en blanco viéndola entrar en el baño, mientras bailaba moviendo las caderas y me sacaba la lengua.

Me senté en la cama y cogí la carta de comida que tenían para pedir al servicio de habitaciones. Ninguna de las dos éramos de comer mucho por la noche, así qué pedí dos sándwiches, una ración de patatas para las dos y dos zumos.

Marta, a pesar de lo que había dicho, no tardo ni diez minutos en ducharse, y justo cuando yo salía del baño llegó la cena.

Cenamos casi, en silencio, cosa rara entre nosotras, pero el cansancio del tren y la emoción del crucero nos dejó agotadas.

—¿Cómo crees qué será?

Me preguntó, mientras estábamos saliendo del hotel por la mañana, yo como siempre totalmente despejada y Marta con una cara de sueño impresionante.

—¿El qué?

—El crucero.

Me encogí de hombros.

—Gente, mar, comida, turistas…

—Muy inspirador.

—Realista.

—Yo creo que va a ser increíble. Vamos a desconectar, a reírnos, a ver cosas increíbles y a olvidarnos de todo.

La miré y sonreí.

—Eso suena mejor que bien.

—Lo sé.

—Y seguro que pasa algo interesante.

—Contigo siempre pasa algo interesante cuando tú estás cerca, Marta, que nos conocemos…

—¿Sabes lo mejor?

—No, pero estoy segura de que tú me lo vas a decir ahora mismo.

—Qué él no estará.

Me quedé un segundo en silencio pensando, pues fue lo que tarde en darme cuenta de a quién se estaba refiriendo.

—No, no estará y doy gracias a Dios por ello.

—Es lo mejor, vacaciones sin abogados arrogantes, que tiene más grande el ego que el barco en el que nos vamos a montar —dijo riéndose.

—Sí, las vacaciones perfectas —respondí, zanjando el tema porque ya estábamos al pie de la escalerilla para subir.

Había gente, muchísima, la mayoría de nuestra edad o eso me pareció.

Aunque también en la fila vi algunos hombres y mujeres que nos sacaban algunos añitos. Pero claro, era un crucero de solteros, que seguramente la mayoría iba allí a ver lo que pillaba y para eso no hay edad.

Nos acompañaron a nuestros camarotes, que estaban en la zona media del barco.

Cuando entramos en ellos, que estaban puerta con puerta nos sorprendimos, pero para bien. Su tamaño era reducido, pero muy bien aprovechado.

Tenían una ventana redonda por la que entraba mucha luz natural, una cama en medio del camarote de buen tamaño, una mesa con dos sillas y una pequeña butaca en una esquina. El armario era más que suficiente, al igual que el baño, con una ducha también grande.

Todo estaba decorado con mucho gusto y de color: blanco, azul y madera suave.

—¿Colocamos todo y en una hora subimos a la zona de la piscina?

—Perfecto, porque no son ni las diez y ya aprieta el calor.

—Elena, me encanta esto.

Y no lo decía solo por el camarote, sino por todo. Por el viaje, por la desconexión, por todo lo que nos esperaba durante las próximas dos semanas y por estar juntas, sobre todo, por eso.

—A mí también.

Marta asintió y se marchó a su camarote.

Una hora después como habíamos dicho nos encontramos en el pasillo, con los bikinis puestos, las gafas de sol que eran totalmente imprescindibles, no solo para protegernos, sino para mirar sin ser vistas y con una bolsa al hombro en la que llevábamos el resto de las cosas necesarias.

—Te digo una cosa, como haya mucha gente, me tiro al agua y no salgo en horas.

—Firmo por lo mismo.

—Y como haya buffet…

—Te pierdo, lo sé. Cocinar no sabrás, ahora comer ya es otro cantar. No sé dónde lo metes. Tendrías que parecer un balón de playa.

Marta se hecho a reír mientras se encogía de hombros, dándome eso como toda respuesta.

Capítulo 10



Elena

Salimos a la cubierta de la piscina, y nada más poner el primer pie allí las dos nos detuvimos a la vez.

No fue algo inmediato, no fue como en las películas, que todo se congela, fue más bien progresivo. Como cuando ves algo raro, pero tu cerebro tarda un segundo en procesarlo.

Nos fijamos en el agua, en las hamacas, y por último en la gente y ahí fue cuando las dos nos quedamos con la boca abierta y sin poder parpadear.

—Elena…

—Sí…—le contesté, susurrando.

—¿Estás viendo lo mismo que yo?

Tragué saliva y sin poder apartar la vista de lo que tenía delante le contesté.

—Depende.

—¿La gente… está…?

—En pelotas, sí.

—Vale.

Seguí allí completamente quieta, con la bolsa aún colgada al hombro y las gafas de sol puestas, cualquiera se las quitaba, mirando a todos, intentando entender.

Porque sí, la gente estaba desnuda. No ligera de ropa, no. Estaban como Dios los trajo al mundo, en pelota picada.

Unos paseaban como si nada, otros tomaban el sol, incluso un grupo de seis estaban al borde de la piscina como si eso fuera lo más normal de mundo.

Que no es que yo fuera una remilgada ni nada por el estilo. Nunca había tenido problema con mi desnudez o con mostrar mi cuerpo. Marta y yo hacía unos años incluso habíamos estado en una playa nudista y no tuvimos problema alguno por mostrarnos como los demás.

Pero, joder…

Una cosa era en una playa y otra muy distinta en un barco.

—Esto no es normal —le susurré, para que nadie más me oyera.

Y entonces, Marta, no pudo aguantarlo más y siendo fiel a ella misma empezó a partirse de la risa, poniéndose la mano en la boca para que la gente no pensara que lo hacía de ellos y no de la situación.

—No puede ser —dijo, entre carcajadas —, no puede ser verdad.
—Marta.

—¡Elena, míralos!

—Estoy intentado no hacerlo —le dije antes de resoplar.

Porque de verdad había intentado apartar la mirada un par de veces, pero, joder, me había sido imposible.

Los hombres ahí luciendo sus cosas mientras caminaban, como si fueran los péndulos de un reloj, y las mujeres, puff, las mujeres, era difícil no mirarlas.

Algunas estaban muy bien, todo había que decirlo, pero otras, Cristo Crucificado, esas otras eran para echarles de comer aparte.

Unas con los pechos tan caídos, que seguramente cuando se ponían la ropa se los pillaban con la cinturilla de las bragas y otras, esas eran las peores, las que tenían un matojo ahí abajo que parecía el Amazonas.

Marta se dobló sobre sí misma, riendo sin control.

—Pero si están todos como si nada.

—Lo están —murmure —, ese es el problema.

—Vale, tiene que haber una explicación lógica.

—Sí, qué todos se han olvidado de traer bañadores y el resto de la ropa ya de paso, no te jode.

—Voy a preguntar.

—Claro, ve a preguntar, yo mientras me adapto —me contestó, mientras se limpiaba las lágrimas que tenía en las mejillas.

—Ni sé te ocurra.

—Era una sugerencia.

—Una mala sugerencia —dije bufando.

Miré a mi alrededor intentando buscar ayuda, o a alguien a quién preguntar qué narices era lo que estaba pasando allí.

A unos cuatro pasos un camarero bandeja en mano en la que llevaba, mojitos, cervezas y algo más que no supe identificar, bueno tampoco le presté mucha atención, sinceramente, ya que la vista se me fue a recorrerlo a él de arriba abajo.

El camarero llevaba un tanga y una pajarita negros también, fin, esa era toda su indumentaria.

Me acerqué a él despacio como tanteando el terreno.

—Perdona —dije bajando ligeramente la voz —¿Esto…?
Hice un gesto vago con la mano hacia la piscina.

El camarero sonrió, seguramente al ver mi cara de susto y no por mi pregunta.

—Es un crucero nudista, señora.

—¿Perdón?

—Crucero nudista —repitió con total naturalidad —. No es obligatorio, por supuesto, pero la mayoría de los pasajeros participan.

—¿La mayoría?

—Sí.

Miré a mi alrededor y ni contesté, volví a mirarlo y asentí.

—Hay ciertas normas. En algunas zonas se recomienda, aunque no se obliga, a llevar algo de ropa, sobre todo en los restaurantes o el casino. Pero en cubierta… hay libertad total.

Perfecto, maravilloso, fantástico, de puta madre, pensé.

—Gracias.

Me di la vuelta y fui con Marta, que seguía en el mismo sitio observando todo divertida.

—Es un crucero nudista.

—Lo he deducido desde que hemos entrado en esta zona, no me digas porque —me contestó, conteniendo la risa.

—No es obligatorio.

—Ah, bueno entonces bien.

—Marta, ni lo pienses.

—No sabes lo que estoy pensando.

—Sí lo sé, te conozco mejor que nadie, ¿recuerdas? Como mucho haré topless, pero ni de coña voy a mostrar aquí la fachada de mi cueva.

—Bueno, lo vamos viendo.

—Marta.

—Vale, vale —levantó las manos —, era broma.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuré.

—¿Qué?

—Que son ellos los que nos están mirando raro a nosotras.

Marta volvió a reírse.

—Claro, somos las únicas vestidas.

—Genial —contesté, soltando un suspiro.

—Elena, aquí no nos conoce nadie, pero nos acabaran señalando con el dedo, si no nos adaptamos al medio. Solo la parte de arriba y ya está, así pasaremos más desapercibidas.

Y tenía razón, por mucho que me jodiera admitirlo la tenía. O enseñábamos un poco de carne, o al acabar el día todo el pasaje nos señalaría como las dos raras.

Así qué tome la decisión por las dos. Dejé la bolsa en el suelo, me saqué la camisola que tenía puesta y me quité la parte de arriba del bikini.

La braguita del bikini era de estilo brasileño, así que en eso no habría problema porque medio culo nos quedaba al aire. Tanto a Marta, como a mí, ya que los bikinis eran del mismo estilo, pero de diferente color.

—Sabia decisión.

Me dijo antes de hacer lo mismo y despojarse de su camisola y la parte de arriba del bikini, que se arrancó de un tirón para meterla corriendo en la bolsa.

—Bueno, pues cero preocupaciones, total, no vamos ni van a ver nada que no tengamos todos. Eso sí, a mis padres, ni pio de esto.

—Ni se me ocurriría decírselo, no es que José e Isabel sean de mente cerrada, pero esto creo que supera con creces cualquier locura que hayamos hecho en nuestros veintinueve años de vida.

—Perfecto, pues una vez que como unos camaleones nos hemos adaptado al entorno, vamos a una tumbona y pidamos unos mojitos, a ser posible dobles, los necesitamos para acabar de digerir esto.

—Un plan cojonudo —añadió Marta.

Y así lo hicimos.

Nos acomodamos en dos hamacas de las que más alejadas estaban de la piscina, y entre mojitos y chapuzones de vez en cuando se nos pasó la siguiente hora.

Estábamos las dos brindando con los mojitos y riéndonos, por una de las muchas tonterías que había dicho Marta desde que nos sentamos, cuando antes de chocar su copa con la mía se quedó con ella a medio camino y abrió tanto los ojos, que pensé que se saldrían de las cuencas.

—¿Marta? —le pregunté preocupada, porque no es que estuviera mirando algo alucinada es que estaba en shock.

—O nos han echado algo en los mojitos y me está haciendo tener alucinaciones o las putas vacaciones se acaban de poner interesantes, nivel dios.

—¿Qué dices de nivel? ¿Estás borracha?

—Yo no, pero tú vas a querer estarlo en cuanto te enteres de lo que está pasando.

—No te entiendo…

Y era verdad, cada vez me estaba preocupando más, y planteándome en serió que las copas pudieran tener algún tipo de sustancia que a Marta le estaba haciendo decir cosas incoherentes.

—Veras como lo entiendes sin que yo te lo explique.

—Gírate con disimulo y mira a tus dos en punto, fíjate en los dos hombres que están en la entrada de la zona de la piscina, los distinguirás enseguida porque llevan ropa y al parecer por su cara de pasmo tampoco sabían que era un crucero nudista.

Dejé la copa en la mesita que tenía al lado y de manera disimulada como me había sugerido Marta, miré en la dirección que me indicó.

Cuando vi a los dos hombres que estaban allí parados y que conocía a la perfección, bueno, a la perfección no, pero sí sabía quiénes eran con un simple vistazo, el aire dejó de llegarme a los pulmones y mi corazón pareció saltarse varios latidos.

—¡La hostia puta! Dime que no es verdad, dime que no es él, por favor.

—Lo es, el «Príncipe» en persona y su fiel lacayo acaban de hacer su entrada triunfal.

—¿Por qué? —me lamenté —Con todos los putos destinos vacacionales que hay en el mundo y va el muy gilipollas y elige este.

—Las vacaciones se acaban de poner de lo más interesantes…

—Me voy al camarote, no quiero que me vea, no quiero hablar con él, no quiero…

—Tarde —me cortó Marta.

—¿Qué?

—Nos han visto y vienen hacia aquí. El «Príncipe», luciendo la misma cara de que le han metido un palo por el culo que tiene siempre, pero su amigo, Álvaro se llama, ¿no? Ese se viene partiendo el culo de la risa.

—Mierda…

—Sonríe querida, sonríe y luce tetas delante de la realeza.

Capítulo 11



Nicolás

El coche avanzaba por la autopista con una monotonía casi hipnótica, kilómetros y kilómetros pasaban ante nosotros, dejando Madrid atrás, y acercándonos a Barcelona, para cumplir con lo que mis padres me habían impuesto.

Pero cada kilómetro que pasaba no dejaba de plantearme si lo que estaba haciendo tenía algún sentido.

—Todavía puedes darte la vuelta.

La voz de Álvaro rompió el silencio sin mirarme, por eso no me vio sonreír de medio lado.

—Llevas diciendo eso desde que salimos.

—Porque es la mejor idea, la mejor sin duda y deberías hacerme caso.

—Lo será para ti, para mí, no.

—Lo es para cualquier persona con un mínimo de sentido común.

No respondí, porque sabía que en el fondo tenía razón.

—Esto no es un juicio, no puedes controlar todas las variables, no puedes decir, «protesto», no puedes apretar a los testigos para acojonarles y que canten lo que tú quieres.

—Nunca las controlo todas.

—Pero lo intentas.

—Y suele funcionar.

Álvaro soltó una risa amarga y negó con la cabeza.

—Esto no va de estrategia, Nicolás. Va de personas.

Apreté en volante con fuerza hasta que los nudillos se me pusieron blancos, me estaba tocando mucho los cojones y porque a las dudas qué de por sí ya tenía, él con su insistencia estaba provocándome muchas más.

—Las personas también son predecibles, ya lo sabes.

—No cuando te metes en sus vidas.

—Ahí es precisamente cuando más lo son.

Se calló un momento, no más de un minuto, seguramente pensando como seguir dándome la murga y entonces siguió.

—Te estás intentando convencer a ti mismo, si lo tuvieras claro desde el principio no tendrías dudas.

—¿Y quién dice qué las tenga?

—Yo, yo lo digo y no te molestes en negarlo, te conozco bien.

—Piensa lo que quieras.

—Lo peor de todo, es que están intentando justificarte y convencerte de que lo que vas a hacer es algo sin importancia, y la tiene y mucho.

—Elena no se merece esto, ella no te ha hecho nada. Solo es una buena abogada que hace muy bien su trabajo, y por mucho que te joda y no quieras admitirlo, nunca te ha ganado por tener suerte, te ha ganado porque trabaja duro y hace su trabajo, impecable.

Apreté los dientes y el volante con tanta fuerza, que podría habérmelos rotos de no ser porque intenté aflojar para poder seguir conduciendo sin tener un percance.

Lo que más me jodía era pensar que Álvaro tenía toda la puta razón del mundo.

Elena era brillante, sus alegatos eran perfectos, su manera de moverse en la sala durante los juicios era hipnótica, se metía a todos los presentes en el bolsillo. Y no convencía al juez solo porque las pruebas y las defensas que presentaba siempre fueran perfectas.

No, lo mejor de todo es que las explicaba de tal manera, que podría convencer a un pingüino de montar una tienda de venta de hielo en el Polo Norte.

Sabía que era buena, claro que lo sabía, desde el primer juicio que me ganó, eso lo pudimos ver todos los presentes, que yo no lo era menos, eso también tengo que decirlo. Pero es que ella tenía algo que yo no.

Ella era abogada por vocación y yo, por obligación.

Y en eso era en lo que nos diferenciábamos. A mí, me habían educado para ser abogado, lo había mamado desde pequeño, pero dentro de mí, y en silencio, por supuesto, siempre quise ser otra cosa, pero esa posibilidad siendo hijo que quien era, se quedó, en un deseo, una ilusión y un sueño.

Ese que nunca cumpliría.

Siempre había querido ser escritor, cosa que no sabía nadie.

Y lo que tampoco se sabía era que tenía un par de novelas escritas y guardadas a buen recaudo, solo para quitarme esa espinita que llevaba dentro.

No sabía si eran buenas o no, pero tampoco me importaba, solo lo había hecho para mí, para sentirlo algo mío, solo mío.

—De verdad —insistió Álvaro —, piénsalo bien, vas a acercarte a ella con una intención que no es real. Vas a hacer que confié en ti…

—No hace falta que lo repitas —le corté.

—Y luego vas a desaparecer. Es algo rastrero y no es propio de ti.

—No sabes lo que es propio de mí —dije, entre dientes.

—Somos amigos desde la guardería, Nico, somos hermanos más que amigos, así que no me jodas y me digas qué no sé lo que no es propio de ti.

—No eres como ellos, nunca lo has sido, y si haces esto lo serás. ¿Es lo qué quieres?

Otra vez tenía razón.

No yo no era como mis padres, no manipulaba, no era egoísta, no solo pensaba en mí, o al menos no siempre. Y si hacía lo que me habían pedido, lo sería. Sería un Valcárcel en todos los sentidos.

—Yo solo quiero ser el mejor, ya te lo he dicho y mientras ella este compartiendo el juzgado conmigo, no podré serlo.

—Si haces esto y la hundes, serás el mejor en los juzgados, pero el peor en todo lo demás.

—¿Pero tú, de qué parte estás?

—Aquí no hay partes, porque nadie va a ganar, si lo haces, los dos saldréis mal parados.

—Los únicos que ganarán algo serán tus padres.

—¿El que?

—Seguir saliéndose con la suya como siempre, como cuando te obligaron a estudiar Derecho, o como cuando te impusieron vivir en ese ático que aborreces. Eso sin contar con que las mujeres que te han gustado alguna vez, todas han tenido que pasar por su filtro para que fueran de su gusto.

»Y si no lo eran ya se encargaban ellos de que esa mujer saliera corriendo, o te comían la cabeza sacándoles fallos para que fueras tú, el que las mandara a la mierda.

—¿Qué me estés queriendo decir con todo esto Álvaro?

—Joder pues te lo puedo decir más alto, pero no más claro.

Lo miré alzando una ceja y él resopló.

—Pues que llevas treinta y cuatro años viviendo a su sombra, haciendo siempre su santa voluntad. No necesitas demostrarles nada, Nico. Te manipulan como una marioneta y lo peor es qué tú te dejas.

—Solo espero que cuando te enamores, pero de verdad, esa mujer sea de su agrado, porque si no lo vas a pasar muy mal.

—Enamorarme no entra en mis planes.

—Suerte con eso.

—Yo solo quiero ganar.

—Ya ganas, Nico, pero con esto, solo vas a perder.

—Perderás una rival a tu altura, que, aunque no lo admitas te da la vidilla que necesitas en los juzgados. No me jodas, si hasta has tenido la oportunidad de rechazar todos los casos contra ella y no lo has hecho.

Lo miré con la ceja alzada y el muy cabrón sonrió de medio lado, porque sabía que había dado en el clavo. Enfrentarme con Elena en los juzgados, aunque luego perdiera me daba un subidón de adrenalina.

—Pero lo más importante es que si sigues adelante con el plan te perderás el respeto a ti mismo y el mío ya de paso, así que conmigo no cuentes para esto. No voy a ser partícipe. Y si tu padre me quiere fuera del bufete por ello, pues qué así sea, pero mis principios van por delante.

Al decirme eso ya no sonreía, ahí se puso muy serio y me jodió porque, aunque sabía que a Álvaro no le gustaba mucho lo que iba a hacer, pensé que solo por ser mi amigo acabaría ayudándome. Pero me equivoqué de pleno.

Y al parecer, estaba solo.

La siguiente media hora que era lo que nos quedaba para llega a Barcelona no cruzamos palabras, los dos fuimos sumidos en nuestros pensamientos.

Dejé el coche en el parquin del hotel, donde se quedaría hasta nuestra vuelta.

Entramos en el hotel y todo estaba impecable, todo en su sitio, todo como siempre. Los dos ya conocíamos ese hotel, ya que no era ni la primera vez que veníamos, era uno de los mejores de Barcelona, por eso lo había cogido y encima tenía la suerte de que estaba cerca del puerto. Así por la mañana no tardaríamos nada en llegar.

Subimos a la suite, a la que siempre cogíamos porque tenía dos habitaciones y nos gustaba estar juntos, pero cada uno con su propio espacio.

—¿Y cuál es tu plan para mañana? —preguntó Álvaro, dejándose caer en su cama.

Me quité la chaqueta con calma y los zapatos antes de contestarle.

—Embarcar, localizarla y observar.

—¿Observar?

—Sí.

—¿Cómo si fueras un depredador?

—Como alguien que no comete errores dos veces.

Álvaro negó con la cabeza y me miró resoplando.

—No me gusta nada.

—No te tiene que gustar.

—¿Y si no te funciona?

—Funcionará.

—¿Y si no?

Me encogí de hombros.

—Entonces, buscaré otra forma.

—¿Pero tú te oyes cuando hablas? Das miedo joder.

—Es eficacia.

—Es obsesión.

—Disciplina.

—Cabezonería.

—Constancia.

Se quedó mirándome unos segundos, como si estuviera escogiendo bien las palabras antes de hablar.

—Te vas a meter en un lio —dijo, pasándose las manos por la cara con gesto cansado.

—Ya estoy en él.

Me acerqué a la ventana y me quedé mirando por ella. Y pensé en ella, en Elena. Sabía que también esa noche la pasaría en un hotel allí y me pregunté que estaría haciendo en este momento. Seguramente cenando o ya acostada, lo que desde luego no estaba haciendo era pensar en mí, como lo estaba haciendo yo.

O como lo llevaba haciendo en los últimos días, a todas horas.

Oí a Álvaro levantarse para cerrar la puerta que comunicaba las dos habitaciones, pero no me giré a mirarlo. No quería seguir viendo en sus ojos ese reproche constante que se reflejaba en ellos, cada vez que insistía en que lo dejara y yo le decía que no.

—Descansa, mañana empieza el desastre.

—Mañana empieza el plan —contesté murmurando.

Pero incluso mientras lo decía, supe que ambas cosas podían ser exactamente lo mismo.

Capítulo 12



Nicolás

Dormí poquísimo, fue lo suficiente para no parecer agotado, pero no lo suficiente para desconectar y no dejar de darle vueltas toda la noche a lo que tenía pensado hacer.

Salimos temprano del hotel y con un café solo en cuerpo, demasiado temprano para la conversación que Álvaro pretendía tener.

No había abierto la boca desde que salimos por la puerta de la habitación, pero vi que tenía las palabras en la punta de la lengua y estaba deseando que pisáramos la calle para empezar otra vez con la misma cantinela.

—¿Seguro qué no quieres hablar de tus decisiones cuestionables antes de embarcar?

Ahí estaba, si es que lo sabía.

—No —le contesté con una mezcla de cansancio y aburrimiento.

—¿Ni un poco?

—No —volví a contestar poniendo los ojos en blanco.

—¿Ni para entretenerte o pensarlo mejor y echarte a atrás?

—Álvaro —le advertí.

—Vale, vale. Cuando todo acabé y estés hecho mierda no digas que no intenté disuadirte de esta puta locura, y que no te advertí de que la ibas a cagar.

La mirada de cabreo que le dediqué hizo que cerrara la boca, incluso haciendo el gesto de ponerse una cremallera en ella.

En silencio, uno que agradecí en el alma, llegamos al barco.

El barco era imponente, más de lo que esperaba. Eran grande, elegante y estaba perfectamente diseñado para impresionar y desde luego lo conseguía.

—Bueno —murmuro Álvaro —, si vamos a tomar malas decisiones al menos que sea con el estilo.

—Desde luego la «Loba» tiene buen gusto para elegir su destino de vacaciones.

—Eso no te lo puedo discutir.

—Esperemos que su gusto con los hombres también sea bueno y en cuanto te acerques te mande a paseo.

Ni me molesté en contestarle, porque estaba totalmente convencido que en eso no tenía razón. Elena me había mirado con deseo en algunas ocasiones en las que nos habíamos cruzado por los pasillos del juzgado, aunque lo había hecho de forma tan disimulada, que pensaría que nadie se había dado cuenta.

Un error por su parte, porque yo, sí qué lo había hecho.

Y eso era una baza que jugaba a mi favor, al igual que, el que ella estuviera buenísima era otra cosa a mi favor. Porque si me tenía que acostar con ella, al menos lo iba a disfrutar muchísimo y menos mal porque si no me pusiera nada, sería un poco difícil meterme entre sus piernas.

A Dios le daba las gracias por eso.

El embarqué fue rápido, muy eficiente y sin complicaciones. Se notaba que todo el personal que estaba allí sabía lo que hacía y nos iban dando paso, indicándonos la dirección que teníamos que tomar para llegar a nuestros camarotes.

—Camarotes premium —dijo Álvaro, poniendo los ojos en blanco mientras leía las tarjetas.

—Toda una sorpresa viniendo de ti —añadió con ironía.

—Necesito espacio.

—Claro, para planear mejor todos los pasos que darás en la manipulación emocional que piensas llevar a cabo contra una buena mujer —dijo cabreado.

—Cállate.

Esa sola palabra no sonó, ni a petición ni a sugerencia, sonó a orden. Y es que así quería que sonara para que dejara de tocarme los cojones de una vez, dando vueltas a lo mismo una y otra vez.

Llegamos a los camarotes y ya al abrir la puerta me sorprendí. No era solo grande, era otra cosa, era un espacio para perderse por unos días y dejar atrás todas las preocupaciones del año.

Una pena que no fuera a ser así, me dije a mí mismo.

El camarote tenía un salón pequeño, pero elegante, con un sofá que tenía pinta de ser comodísimo, delante de él una mesa baja de cristal en la que encima, supuse que como detalle de bienvenida había una bandeja con bombones.

La cama era amplia y estaba perfectamente hecha, sin una sola arruga.

Los colores de toda la decoración eran neutros y todo el mobiliario se veía a simple vista que era de muy buena calidad.

A la derecha de la cama había un gran ventanal con vistas directamente al mar y si salías por él había un balcón privado con dos sillones y una mesa, para disfrutar sin duda de un momento de relax y desconexión mientras veías la inmensidad del mar.

Mi camarote y el de Álvaro eran contiguos y estaban conectados por una puerta que si queríamos podíamos mantener abierta o no, dependiendo de la privacidad que necesitáramos.

Por esa puerta precisamente fue por la que apareció Álvaro sonriendo y se apoyó en ella con los brazos cruzados antes de mirarme y hablar.

—Vale, si esto es el inferno, me quedo. Tú dedícate a tu puto plan de mierda, que yo disfrutaré de esto y de alguna mujer que quiera compartirlo conmigo.

Ni le contesté porque en esos momentos sentí un poco de envidia de él. Yo también hubiera querido tener los mismos planes que él y nos los que tenía que llevar a cabo.

Si esos planes hubieran sido con Elena, pero por decisión propia y no por imposición no me hubiera importado para nada hacerlos, porque la «Loba» me ponía un montón. Y si era la mitad de buena en la cama de lo que era en el estrado, tenía que ser una maravilla y un privilegio compartir, ducha o cualquier otro rincón de este camarote con ella.

Que lo iba a compartir, de eso estaba convencido, pero no los iba a disfrutar igual que si las cosas fueran de otra manera.

—Voy a colocar el equipaje.

Asentí con la cabeza para indicarle que yo también haría lo mismo.

En menos de una hora teníamos todo colocado y en esa ocasión fui yo el que crucé la puerta de comunicación para ir a buscar a mi amigo.

Los dos nos habíamos cambiado y dejado atrás los vaqueros y las camisas que traíamos puestas. Lo habíamos sustituido, por bermudas y polos de manga corta, más acordes con el entorno.

—Vamos a dar una vuelta —le dije.

—¿A buscarla?

—A localizarla y observar que hace.

—Estoy intentando imaginarme la cara que pondrá cuando nos vea, pero no lo consigo. Alegrarse no se va a alegrar, eso por descontado. Estoy por apostar que lo primero que se le pasará por la cabeza es de qué manera y sin que deje ningún rastro puede tirarte por la borda.

—Eres la hostia de gracioso —le recriminé.

—Lo sé, yo soy el gracioso, el empático, el que te va a sujetar en cuanto te vea y te fulmine con la mirada.

—Vamos, anda, deja de decir tonterías, no creo que sea para tanto. Se sorprenderá eso lo tengo claro, pero tanto como para querer quitarme de en medio no creo.

—Ah, verdad, que lo de quitar a la gente de en medio cuando le molesta es tu estilo, no el suyo.

El muy cabrón sabía dónde disparar, para hacer que me pensara las cosas y con esa frase lo había conseguido. Porque, por un momento, aunque fue fugaz, las dudas volvieron a aparecer y algo en mi interior me gritó que no lo hiciera.

Salimos de los camarotes y no pudimos por más que sonreír.

El barco estaba lleno de vida. La genta bajaba y subía, hablando, riendo, bromeando. En resumidas cuentas, todos estaban felices de estar allí.

Todos menos yo.

Los dos íbamos comentando la decoración que había por todas partes que era una pasada, pero cuando salimos a la cubierta de la piscina me detuve en seco e hice que Álvaro chocara conmigo, y, por supuesto, la conversación se apagó de golpe.

—No.

Álvaro dio un paso adelante, pero sin mirar de frente solo me miraba a mí, confundido por mi negativa.

—¿Qué?

—No —insistí.

Los dos miramos al frente, nos miramos entre nosotros y volvimos a mirar al frente porque nuestros cerebros necesitaban confirmarlo.

—No puede ser… —susurré.

Álvaro a mi lado se quedó en silencio, un segundo, dos y después empezó a reír, incluso teniéndose que poner la mano en la boca para que sus carcajadas no se oyeran en todo el barco.

—No me lo puedo creer —dijo de manera entrecortada por las risas.

—No.

—No puede ser real —añadió.

—No.

—¡Nicolás!

—No hables, no digas nada.

Y no, no dijo nada, pero el muy capullo no dejó de reírse, al contrario, su risa fue en aumento.

—¡Están todos…!

—Lo sé, no estoy ciego, aunque en estos momentos no me importaría estarlo.

—¡Pero todos! —añadió, limpiándose las lágrimas.

—Lo sé, joder, lo sé.

Cerré los ojos un segundo, a ver si había suerte y cuando los abriera esa imagen que tenía delante había desaparecido.

No hubo suerte, cuando los abrí seguían allí.

Todas las personas que estaban en la cubierta de la piscina estaban, caminando, hablando, tomando copas o el sol y nadando también. Hasta ahí todo normal, lo que no lo era tanto es que todos, quitando alguna excepción, que era las menos, pues tenían algo de ropa, aunque mínima tengo que decir, estaban desnudos.

—Esto es una broma —murmuré.

—O el mejor viaje de nuestra vida —me respondió entre risas.

—Esto no es normal.

—Depende a quién le preguntes, a todos sé los ve de lo más a gusto.

—No pienso participar en esto.

Álvaro se giró hacia a mí para mirarme y levantó una ceja, confuso.

—¿Participar?

—No.

—Nadie te ha pedido que lo hagas.

—Lo están haciendo solo con existir.

Volvió a reírse y miró al frente, buscando algo con la mirada.

—Esto mejora el plan.

—¿Qué dices?

—Piénsalo, no tendrás que quitarle a Elena la ropa, porque no llevará.

A tomar por culo, pensé, llevándome las manos a la cara.

Hasta ese momento y por lo alucinado que estaba no había caído en eso, si ella estaba allí, en esa cubierta, estaría como los demás, desnuda. Y eso para mi salud mental no podría ser bueno.

Mi plan era acercarme, tantearla y enredarla de forma lenta hasta que cayera en mis redes. Pero, joder, si tenía que hablar con ella teniéndola enfrente desnuda, ni mi mente ni otra parte de mi cuerpo iban a colaborar con mis planes.

Hice lo mismo que Álvaro y miré a la gente dando un barrido visual rápido del lugar.

—Nos están mirando raro.

—Normal, somos los únicos que están vestidos, ahora mismo somos como dos monos de feria para ellos.

—De puta madre.

Álvaro de cruzó de brazos y me miró divertido.

—Esto va a ser divertido.

Negué con la cabeza.

—Esto va a ser un problema.

—Para ti, porque en cuanto la tengas delante y le veas sus dos alegatos, se te va a poner dura como una piedra.

—Eres un cabrón —murmuré, apretando los dientes.

—Puede, pero también realista.

—¿Vas a seguir adelante?

Dudé, cómo no hacerlo con el percal que tenía delante, pero pasado ese momento, me dije, que, ya que estábamos aquí, a tomar viento todo, de perdidos al rio.

—Sí.

Capítulo 13



Elena

Me removí incomoda en la hamaca al ver como Álvaro Rivas, él mejor amigo de Nicolás, se acercaba a nosotras con pasos seguros.

Tenía la vista totalmente fija en nosotras, como si todo lo demás que le rodeaba no estuviera allí y mira que era difícil no verlo.

Pero a él, parecía darle igual.

Tenía la mirada clavada en su objetivo, nosotras, y venía a nuestro encuentro con decisión y una sonrisa pícara en la cara.

Había conocido a Álvaro años atrás, justo el mismo día que a Nicolás, el día en el que nos enfrentamos por primera vez en un juicio y le gané.

Ese día, Álvaro, no me habló, no se dirigió a mí de ninguna manera, solo me miró.

Pero esa mirada me dijo tantas cosas como si me hubiera estado hablando una hora sin parar. En ella pude ver fascinación y admiración entre otras muchas cosas, seguramente por lo que acababa de conseguir.

En esos momentos no entendí ni interpreté esa mirada, que a diferencia de la de su amigo que fue de total enfado y desprecio, pero claro, es que al salir de esa sala yo no tenía ni idea de quien era Nicolás Valcárcel, ni de su imbatibilidad en las salas de los juzgados.

De eso me enteré cuando volví al despacho y Ricardo me puso al tanto de todo.

De quién era, de su trayectoria, de cómo actuaba en los juzgados, del porqué le llamaban el «Príncipe» y, por supuesto, de quién era su padre, el dueño de ese bufete que yo descarté por su falta de humanidad.

En el momento en que Ricardo acabó de contarme todo, me quejé y le dije que por qué no me había contado todo eso antes de ir al juicio.

Fue muy claro y sincero, y me contestó que era mejor no ir con una idea hecha de cómo sería enfrentarme a él.

Con el tiempo y después de tener que enfrentarme a él una segunda vez, ya sabiendo lo que me encontraría, pero sin los nervios de la primera vez, volví al despacho de Ricardo a darle las gracias por no haberme puesto sobre aviso, porque eso hizo que el no saber no me intimidara.

Porque sí, si en aquel primer juicio hubiese ido sabiendo a quien me enfrentaba en realidad, seguramente y aun llevando igual de bien preparado todo, habría perdido porque mis nervios y mi forma de actuar hubieran sido distintas pues me hubiera sentido intimidada.

Como decía ese día, Álvaro no habló, ni en los siguientes juicios en los que nos vimos, tampoco.

Pero eso fue cambiando poco a poco.

Una mañana cualquiera, unos dos años después de aquel día, me dijo el primer, «buenos días» acompañado de una sonrisa, que por supuesto le devolví.

Ante todo, educación, como debía de ser, además, él no me había hecho nada, bueno siendo sincera, su amiguito tampoco, pero si él era un rancio que ni un hola se dignada a decir a una simple plebeya como yo.

Pues yo no iba a ser la que me rebajara y buscara un saludo que lo mismo me dejaba con las patas colgando porque ni me lo devolvía.

Después de ese, buenos días de Álvaro, vinieron frases sueltas como: buen trabajo, un alegato impresionante, bonitos zapatos letrada, preciosa sonrisa y frases así que me hacían sonreír y contestarle con alguna frase corta.

En un principio pensé que el muchacho me quería tirar los trastos, pero no, me equivoqué, en su mirada no había el más mínimo rastro de deseo o atracción hacia mí, solo había simpatía, y eso me gusto.

Me gustó que, aun siendo la mayor rival de su mejor amigo y la piedra molesta en su zapato, dejara eso aparte y me viera como solo como Elena y no la rival.

Los siguientes dos años las frases aumentaron, y no solo eso, incluso empezaron las bromas por su parte, que no era difícil, allí en los juzgados su fama de bromista y simpático era conocida por todos.

Era una fama totalmente opuesta a la que tenía su amigo.

Siempre me había preguntado como podían ser mejores amigos siendo tan diferentes, pero al parecer los polos opuestos no solo se atraen en el amor, también lo hacen en la amistad y esta era una prueba solida de ello.

Y llegó hacía justo un año, en el que precisamente una de esas bromas susurrándome al oído un aullido a la salida de un juicio con el que me hizo reír a carcajadas por su manera aguda de aullar, lo que hizo que nuestra relación si es que podía llamarse así, cambiara.

Ese día al acabar mis risas, Álvaro, dio un paso más y me invitó a tomar un café, que yo acepté gustosa. Me caía genial y no tenía por qué no dejarlo entrar en mi vida por ser amigo de quien era.

La hora en la que estuvimos tomando café, me la pasé casi entera riendo al igual que él.

Hablamos de todo un poco.

De mis padres, de los suyos, que según me contó no vivían en Madrid desde hacía años, porque a su padre lo trasladaron en la empresa en que trabajaba hasta Córdoba y allí seguían, aunque ya estaban jubilados los dos.

Al despedirnos ese día en la puerta de la cafetería, me dio las gracias por aceptar y por haberle visto a él, a Álvaro, y no al amigo del «Príncipe», como todos los demás se referían a él.

Le contesté que, para mí, nunca había sido el amigo «de» y que nunca lo sería.

Quedamos en repetir lo del café.

Y por supuesto lo habíamos hecho.

No como algo constante y rutinario, pero sí como algo esporádico cuando surgía.

Y en el último año tengo que decir que ese «cuando surgía», era mínimo tres veces al mes.

En esas charlas como en la primera hablábamos mucho de nuestra vida, de nuestra infancia, de trabajo, aunque dejando aparte de lo que no podíamos hablar como es lógico. Le hablé de Marta, con la que le había dicho siempre que haría un equipo perfecto porque los dos eran muy parecidos en carácter y estaba segura de que se llevarían muy bien.

Por la situación o por destino no había tenido la oportunidad de presentarlos.

Pues mira tú por donde eso iba a cambiar en un momento, en cuanto llegara hasta nuestra posición, ya que solo le quedaban unos pocos pasos para llegar ante nosotras.

—¡Pero bueno! —dijo al llegar, completamente encantado —¡Qué sorpresa!

Lo miré de arriba abajo y sonreí.

—Podría decir lo mismo.

—No me digas que esto es casualidad —dijo mirando de reojo a la gente— y a todos se les ha encogido la ropa en la secadora, incluidas vosotras, aunque por lo que veo, dos tirachinas han sobrevivido a dicho desastre.

—Créeme que si lo hubiera sabido habría venido preparada psicológicamente, nos hemos quedado pasmadas, bueno, ella no tanto.

Dije, señalando a Marta

—Cuando hemos salido aquí y nos hemos encontrado este panorama.

—Pero habéis sucumbido y os habéis adaptado al entorno.

—Qué remedio, esto es como una lucha contra el todopoderoso, o estás con él o contra él.

—Y estamos de vacaciones, no teníamos ganas de luchas innecesarias.

Álvaro se hecho a reír por mis palabras antes de contestarme.

—Pues yo no sé si estoy preparado, pero encantado, ya te digo que sí.

Esa frase no fue dicha porque sí, ella escondía algo más, y lo supe por la mirada de reojo que le dedicó a Marta.

La misma que ella a él, bueno la misma no, porque lo de Marta no era el disimulo y le estaba haciendo un escaneo completo.

Vaya, vaya pues sí que estaba acertada con lo de que podrían llevarse bien por su parecido en la forma de ser, y a eso podríamos añadirle que se iban a llevar más que bien en otros sentidos, vaya qué sí.

—Me cae bien —dijo Marta.

—Pues espera a conocerme bien, aceptaras mi propuesta de matrimonio al finalizar el crucero.

Marta se echó a reír a carcajadas por su descaro.

—Álvaro, ella es Marta, ya te he hablado de ella.

Marta se levantó de la hamaca y se aceró a él para darle dos besos.

—Te los voy a dar a distancia porque si pegas esas dos preciosidades —le dijo señalando sus pechos— a mi cuerpo, vas a hacer que mi pantalón parezca una tienda de campaña.

—Pues lo mismo con el calor que hace te pido que me dejes entrar en ella para qué me des sombra.

—Te aseguro que te daría muchas cosas, pero sombra no es una de ellas.

Tuve que aguantarme la risa al verlos coquetear, eran tal para cual. Los dos sin filtro, los dos parlanchines, directos y buena gente.

Ojalá que surgiera algo bonito entre ellos, deseé.

—Así que no teníais ni idea de que esto era el crucero del despelote.

Los tres nos echamos a reír por su manera de decirlo.

—Al parecer nos hemos llevado la misma sorpresa que vosotros, al enterarnos de que era un crucero nudista.

—Totalmente, esto no estaba en el folleto, o lo mismo sí y ninguno leímos la letra pequeña.

—Un error imperdonable, teniendo los trabajos que tenemos —añadió

—Un error que ha hecho que las vacaciones se pongan de lo más interesante —dijo Marta.

—Y más qué se van a poner —murmuro Álvaro.

—Ya lo creo que sí —le dijo Marta, guiñándole un ojo.

Negué con la cabeza, sabiendo de antemano lo que iba a pasar.

Esa noche mi amiga no iba a dormir sola, estaba más claro, que el agua que nos rodeaba por todas partes.

Capítulo 14



Elena

Los tres seguimos riéndonos y riéndonos un par de minutos más.

Pero de repente lo noté.

Ese cambio en el aire, ese que siempre notaba cuando él estaba cerca y mi sonrisa se apagó.

Porque sí, no me había equivocado al sentirlo, nunca lo hacía, siempre notaba su presencia.

Justo delante de mí estaba el «Príncipe» mirándome de una manera que hizo que se me pusieran los vellos de punta.

Y no porque su mirada fuera la misma penetrante y calculada de siempre sino porque no me estaba mirando a la cara, sino que su vista estaba fija en mis tetas, pero fija, fija, porque el tío ni parpadeaba siquiera.

—Mis ojos están aquí, ¿sabes?

Subí la mano hasta mi cara y señalé mis ojos para dar más énfasis a mis palabras y que dejara de mirarme con ese deseo que me estaba poniendo de lo más nerviosa.

Nicolás, al ver el movimiento de mi mano, pareció salir del trance en el que estaba y después de carraspear y removerse en el sitio, finalmente me miró a los ojos.

Y no sabría decir si eso fue peor, porque en ellos había puro fuego, uno que hizo que la parte inferior de mi cuerpo se humedeciera al instante.

—Cruz —dijo con voz ronca.

—Valcárcel —le contesté, más bajo de lo que pretendía.

No dijo más.

Se sentó en la hamaca que estaba vacía justo al lado de la que yo había estado sentada con una rapidez fuera de lo habitual en él, como si necesitara recuperar la compostura.

Marta, por supuesto, no sé perdió el momento y sonrió de medio lado al igual que lo hizo Álvaro.

Fue como si estuvieran sincronizados, sonrieron de medio lado y con solo mirarse se entendieron.

—Bueno ya que estamos todos, podríamos dejar de ser los únicos que están vestidos.

—Marta —la advertí seria.

—¿Qué? Es practico.

—No hemos traído nada que… se adapte a esto.

Dijo Álvaro, levantando la mano con disimulo y apuntando hacia el resto de la gente para que supiéramos a que se refería.

—En la tienda del barco hay opciones interesantes.

Y eso no lo sabíamos porque hubiéramos ido, sino porque se lo habíamos oído comentar a dos chicos que pasaron por delante de nosotras unos minutos antes.

—¿Interesantes?

—Muy interesantes —le contestó, guiñándole un ojo.

—Vamos, me ofrezco voluntario.

Parpadeé y los miré a los dos rogándoles con la mirada, porque ya me había dado cuenta de sus intenciones, tarde, pero lo había hecho.

Los muy cabrones, porque no se les podía llamar de otra manera estaban buscando la excusa perfecta para marcharse y dejarme allí sola, bueno sola no, si no con él.

Álvaro se encogió de hombros aguantándose la risa antes de volver a hablar.

—Necesito asesoramiento y creo que tú eres la persona indicada.

Marta sonrió.

—Correcto.

—Ni se te ocurra dejarme sola —le susurré.

—Volvemos enseguida, no te muevas.

—Marta…

—Confía en mí, de verdad que no tardamos.

Ni tiempo a replicar me dio, la muy traidora de mi amiga agarró de la mano a Álvaro y los dos se marcharon riéndose y dejándome allí con dos palmos de narices.

Cogí aire y dudé en qué hacer.

Aunque la duda fue solo un segundo.

Porque qué narices iba a hacer, largarme al camarote y no salir hasta el día que me fuera a casa, o marcharme de allí al lado contrario de la piscina. Pues no, yo no era así, su presencia no me molestaba, me alteraba, sí, pero molestarme no.

Así que decidí quedarme donde estaba, si no quería hablarme como siempre hacia o no quería estar allí cerca de mí, lo tenía fácil, que se levantara y se fuera, pensé mientras me sentaba en la hamaca y cogía la copa que había dejado para darle un sorbo largo y que me ayudara un poco a que el nudo que tenía en la garganta pasara.

Los siguientes minutos el silencio siguió envolviéndonos, pesado, incómodo.

Pero eso cambió cuando Nicolás giró la cabeza y me miró y yo le devolví la mirada.

Algo raro pasó en ese instante, porque eso es lo que fue, un instante, solo uno, pero muy significativo, porque fue como si nuestras miradas se quedaran enganchadas y ninguno de los dos quisiera que el momento acabara.

Pero tenía que acabar y al ver que él no estaba dispuesto a ser el primero en retirarla fui yo, muy a mi pesar la que lo hice.

El ruido que había desaparecido, al menos en mi cabeza durante esos segundos que no sabría como calificar, volvió.

Volvieron a rodearnos las conversaciones lejanas de la gente que estaba allí a su rollo, ajenos a lo que acababa de pasar entre nosotros, como también volvió la música, una que estaba baja, no lo suficiente para no entender las letras, pero si para no ser molesta.

—Bonitas vacaciones —murmuré para mí.

—Inesperadas —me respondió.

Incliné ligeramente la cabeza para mirarlo otra vez a los ojos.

—¿Siempre sigues a tus rivales hasta el mar o es algo personal?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Yo llegué primero.

—Eso no es una ventaja.

—En este caso, sí.

Los dos nos quedamos unos segundos en silencio, otra vez, ese que tuve que volver a romper yo.

—No te pega.

—¿El qué?

—Esto —dije, haciendo un gesto con la mano señalando nuestro alrededor.

Su mandíbula se tensó un momento, fue muy fugaz, pero lo noté.

—No todo tiene que pegarme —dijo entre dientes.

—No —asentí —, pero esto te está matando por dentro.

—Estás completamente fuera de tu elemento —añadí.

—No sabes cuál es mi elemento.

—Sí qué lo sé. Tu elemento es un lugar en el que no hay sorpresas, en el todo lo tienes calculado, en el que no hay lugar para las variables. Como en un juicio, en el que llevas preparando el caso y sabes en que orden van a hablar los testigos, en el que llevas el alegato aprendido de memoria. En resumidas cuentas, un lugar en el que no hay lugar para la improvisación.

No respondió, pero la mirada intensa que me dedicó me hizo sonreír por dentro al saber que había dado completamente en el clavo.

—Relájate, «Príncipe», si es que sabes lo que es eso.

—Sé lo que es, pero aquí es un poco difícil hacerlo.

—Ya se te nota.

Le dije, soltando una risita, porque era totalmente cierto, estaba tan tenso que hasta las venas del cuello se le notaban.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué?

—¿Te sientes cómoda?

Lo pensé un segundo.

Si me lo hubiera preguntado otra persona mi respuesta hubiera sido que después del shock inicial de lo que Marta y yo nos habíamos encontrado al llegar a la piscina y tras digerirlo, un sí.

Pero, claro, esa respuesta cambiaba porque la pregunta me la hacía la persona que estaba haciendo que ya no estuviera tan cómoda como unos minutos antes de que él apareciera. Y no porque me molestara su presencia, no, sino porque me alteraba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Así que decidí contestar con diplomacia.

—Más que tú.

—Interesante —respondió.

—Lo soy.

—Eso lo he sabido siempre —respondió con sinceridad.

Y con esa respuesta que me dejó descolocada tuve la extraña sensación de que ese juego que llevábamos jugando en los juzgados, acababa de cambiar las reglas.

Nicolás me retiró la mirada y se levantó de la hamaca.

Sin mirarme dio dos pasos, supuse que, para marcharse, por eso no deje que diera un tercero antes de hablar.

—Adiós, que disfrutes de las vacaciones.

Se paró en seco al oírme y con rapidez se giró hacia mí y frunció el ceño.

—No me voy, solo voy a pedir una copa. En unos minutos volveré y me gustaría proponerte algo.

—¿Proponerme algo? —susurré, mirándolo con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

—Sí, pero, tranquila, no es nada sexual, al menos de momento.

Lo último lo dijo riéndose y claramente en broma y no sabría decir por qué, pero que fuera una broma me decepcionó un poco, aunque de un plumazo retiré ese pensamiento de mi cabeza.

—Vaya, el «Príncipe» sabe reír y bromear, esto, sí que me ha impactado e impresionado, más que encontrarme a toda esta gente desnuda de golpe.

—«Loba», aun no me conoces lo suficiente para saber cuándo bromeo, así que te quedarás con la duda de si lo que he dicho era una broma o no.

—Voy a por una copa, ahora vuelvo

Capítulo 15



Nicolás

No debería haberme afectado así.

Y sin embargo lo había hecho.

Me apoyé en la barra del bar de la piscina que estaba al otro extremo de donde había estado sentado hablando con Elena, y a donde volvería en cuanto tuviera la copa y mis pensamientos en orden.

Lo primero era más fácil de conseguir, pues me la estaban preparando con rapidez y eficacia.

En cambio, lo segundo …Eso sí que sería más difícil, ya que tenía la cabeza hecha un completo lio.

Su imagen volvía una y otra vez a mi cabeza, sin permiso, sin control.

Elena, no la «Loba», no la abogada, no la rival a batir.

No, esa no había estado presente en los pocos minutos en los que habíamos hablado por primera vez.

Pero hablar de verdad.

No como las pocas frases que nos habíamos dicho durante los años que nos conocíamos, esas frases que siempre habían sido por compromiso o por obligación o educación.

No esta vez había sido distinto.

Habíamos mantenido una conversación, que había surgido sin más, y con la que me había sentido muy cómodo, quizá demasiado.

Pero eso lejos de incomodarme, asustarme o cabrearme, me había gustado, mucho, si tenía que ser sincero.

Y me había gustado porque por primera vez la había visto sin artificios, sin distancia y sin esa barrera invisible que siempre existía entre nosotros en los juzgados.

Era como si por ser rivales se nos tuviera prohibido hablarnos con naturalidad, como lo habíamos hecho hacía tan solo unos instantes y al estar libres y alejados de todo, esa barrera hubiera desaparecido.

Cerré los ojos un segundo y me pasé la mano por la cara.

Error.

Porque eso fue mucho peor.

Porque no solo su imagen volvió a aparecer en mi cabeza, sino que también recordé su voz, su tono, su forma de mirarme directamente, sin apartarse, sin ceder, sin temer.

Sonreí al recordar las primeras palabras que me había dicho.

—Mis ojos están aquí, ¿sabes?

Y pensé que demasiado educada había sido diciéndomelo de esa manera.

Porque lo mismo otra mujer al ver que me había quedado embobado mirándole los pechos, unos que joder eran los más bonitos y apetitosos que había visto en mi vida, me hubiera dicho cuatro frescas o incluso me podría haber llevado una hostia, bien merecida, por cierto, por mirón.

Pero no.

Elena no se lo había tomado mal, hasta pienso que le hizo gracia verme descolocado y tenso al verla así.

Abrí los ojos y solté el aire lentamente.

Y mientras lo hacía un escalofrió me recorrió todo el cuerpo, porque nunca me había sentido tan descolocado, no al menos de esa manera.

Porque no solo era evidente el momento «mirada» que habíamos tenido, sino también la atracción que había entre los dos, esa que ninguno habíamos obviado y algo más, otra cosa, a la que de momento no estaba dispuesto a ponerle nombre.

Esa cosa era algo que no encajaba con el plan.

Me apoyé en la barra con más fuerza de la necesaria, la misma que hice con mis manos apretando los puños.

Por un momento aparté a Elena de mi cabeza y pensé en el plan, ese que traía preparado en mi cabeza.

También pensé en mi padre, en mi madre, en sus palabras o en sus órdenes, más bien.

Acércate, gánate su confianza, tíratela y desaparece, eso la hundirá.

Esas habían sido sus instrucciones, claras, frías, eficaces y completamente incompatibles con lo que acababa de pasar.

Porque lo que había pasado no había sido estrategia ni parte del plan, había sido natural.

Fruncí el ceño porque la conversación volvió a mi cabeza.

Había sido fácil, demasiado.

No hubo tensión forzada, ni calculo, solo preguntas y respuestas que a ambos nos salieron solas, como si estuviéramos hablando sin todo lo demás, sin la presión del juzgado, sin miradas de gente que no pudiera entender que podíamos estar así de relajados hablando.

Como si no fuéramos enemigos.

Y por primera vez desde que todo esto había empezado me hice la pregunta que llevaba días evitando.

—*¿De verdad quieres hacerle daño?* —susurre.

La respuesta llegó rápida, sin pensarla siquiera y fue un rotundo, NO.

Porque esa opción no estaba contemplada, porque en los pocos minutos que habíamos estado solos hablando, todo mi plan se había ido a la mierda y ya no quería llevarlo a cabo.

Ahora quería otra cosa que no tenía nada que ver con los que mis padres me habían ordenado hacer.

Quería conocerla.

Pero no a la «Loba», no a la abogada que me había ganado tantas veces.

No.

Quería conocer a Elena, solo a Elena.

A la mujer que se reía con su amiga, a la que trataba a mi mejor amigo con cariño, a la que no necesitaba nada en ese momento. A la que me había hablado sin filtros.

Cogí el vaso que me había dejado el camarero hacía ya un par de minutos en la barra y lo apreté con fuerza.

Esa fuerza que tenía en mi interior y que necesitaba para dar el último paso, el decisivo y decidirme que quería hacer.

Desistir del plan y por una vez hacer lo que realmente me pedía mi mente y mi corazón o seguir adelante y sucumbir a las órdenes y deseos de mis padres, como siempre.

Miré hacía donde estaba Elena y la vi allí, sentada en la tumbona y mirando en mi dirección.

Y cuando nuestras miradas se cruzaron en la distancia y vi cómo me sonreía, supe que la decisión estaba tomada.

Esa sola sonrisa consiguió lo que mi parte humana y racional y la matraca que me había dado Álvaro durante días no habían conseguido. Que mandara el plan a tomar por culo y por una vez fuera Nicolás.

Solo Nicolás.

Solo yo.

Sin el apellido que pesaba más que ayudaba, sin ser el hijo «de», sin ser el «Príncipe».

—*No voy a hacerlo, no quiero hacerlo* —dije en alto para que me sonara más real.

—*Quiero conocerla y ver qué pasa* —añadí, mientras retomaba el camino hacia ella.

Y esa fue mi decisión.

Por una vez haría algo que yo quería, no algo que las circunstancias o mis padres me obligaban a hacer.

Cuando me senté de nuevo a su lado, no hablé inmediatamente.

La miré directamente.

Y esa vez, me gustó mucho más que cualquiera de las veces anteriores en las que la había mirado, porque el peso de tener que hacerlo para engañarla y que confiara en mí, había desaparecido después de tomar mi decisión.

Esa mirada fue de verdad, sin planes ocultos, sin órdenes, sin malas intenciones.

Fue una mirada limpia, libre y real.

—He estado pensando —dije al final.

Elena alzó ligeramente una ceja y me miró sin pestañear siquiera.

—Eso suena peligroso.

La sonrisa me salió sola.

—Lo sé.

—Creo que deberíamos hacer algo.

—¿Algo? —me preguntó confundida.

Asentí.

—Dejar esto fuera.

—¿Esto?

Me preguntó frunciendo ligeramente el ceño y no me extraño lo más mínimo, porque de lo nervioso que estaba me estaba explicando como el culo.

Joder, quien me conociera y me viera en estos momentos, hasta dudaría si era yo, o un clon mío con ciertas taras.

Porque mi fama de inalterable, de ser el hombre que nunca perdía los nervios, de ser un puto robot sin alma, solo con tenerla a un metro de mí, se había ido por el desagüe más cercano.

Con ella allí cerca era un Nicolás completamente distinto, uno más humano.

—Los juzgados, los casos, las batallas.

Hice una pausa.

—El «Príncipe» y la «Loba».

Se hizo el silencio.

Ella pensaba y yo esperaba y rogaba que aceptara.

—¿Y qué nos queda entonces?

La miré con intensidad antes de contestar.

—Nicolás.

Otra pausa.

—Y Elena.

Su mirada cambió, en ella apareció un brillo que yo al menos no había visto nunca, pero un brillo precioso, uno que era de aceptación. Aunque no quise hacerme ilusiones por si había malinterpretado ese brillo y esperé un poco más a tener la confirmación y aceptación de mi propuesta con palabras.

—¿Y qué propones, Nicolás?

Joder, oír mi nombre en sus labios, me sonó distinto a todas las veces que toda la gente que conocía lo habían dicho alguna vez o muchas, a lo largo de mi vida.

Me sonó especial y único, me gustó.

—Conocernos.

—De verdad.

—Sin estrategias, sin competir —añadí.

—Solo siendo nosotros.

El aire entre nosotros cambió de repente, ella sé quedó pensando y yo conteniendo el aire dentro de mis pulmones esperando una respuesta.

—¿Y cuándo bajemos del barco?

No respondí inmediatamente, porque ese miedo o duda que ella tenía también me había surgido a mí.

—Eso ya lo veremos.

No era una respuesta y los dos lo sabíamos, pero en ese momento fue lo único que pude decirle.

La miré y busqué en sus ojos una respuesta, porque por primera vez en mucho tiempo no estaba intentando ganar, solo estaba esperando que aceptara.

Pensó, me miró, sonrió, y algo dentro de mí grito de alegría porque ahí tenía mi «sí».

—Hola, soy Elena, solo Elena —me dijo, alargando la mano.

—Encantado, solo Elena, soy Nico, solo Nico —le respondí y los dos nos echamos a reír.

—Dios, pensé que no sabias reír, nunca te había visto hacerlo.

—Pues ya ves que sí, qué se.

—Creo que esta propuesta va a ser muy interesante, tengo la sensación de que eras una cajita de sorpresas.

—Espero que todas las que descubras te gusten.

—Tú me llevas ventaja, ya has visto más de mí, que yo de ti.

Al decir eso me señaló con una mano los pechos y yo hice algo que no había hecho en la vida, me puse rojo por la vergüenza al recordar cómo me había quedado como un gilipollas mirándolos.

—Perdóname por eso, pero es que…son perfectas y es difícil no mirarlas.

Y sin poder evitarlo y como si me atrajeran como un imán volví a míralas, y solo de pensar en tenerlas en mis manos y en mi boca, hizo que mi amigo, el que tenía entre las piernas, diera una sacudida.

—Nico, si te molesta verme así y te hace sentir incómodo mientras hablamos, me pongo la camisola.

—Te aseguro que verte así, me hace sentir muchas cosas, pero desde luego incomodidad y molestia no están entre ellas.

—Vale.

Vi un leve rubor en sus mejillas que había llegado ahí al oírme decir no de forma clara, pero sí de forma oculta entre líneas que me encantabas sus tetas.

—Te apetece que demos un paseo por el barco para ver todo lo que ofrece mientras charlamos.

—Sí.

—Genial, pues vamos.

—¿Álvaro y Marta?

—Pasaremos primero por la tienda y así les avisamos de nuestros planes, lo mismo quieren unirse —asintió conforme con mi propuesta y los dos nos levantamos para marcharnos.

Capítulo 16



Elena

Aceptar su trato había sido sorprendentemente fácil.

Demasiado.

No porque no entendiera lo que Nicolás estaba proponiendo, que lo entendí perfectamente.

Dejar fuera los juzgados.

Las batallas.

El «Príncipe»

La «Loba»

Y quedarnos solo con Elena y Nico.

Le idea me pareció peligrosa, pero también tentadora, demasiado como para rechazarla.

Para empezar, con esa propuesta de conocernos, Nico, me pidió que diéramos una vuelta por el barco mientras charlábamos y acepté encantada porque viendo cosas y no solo sentados mirándonos fijamente sería más fácil romper el hielo y charlar más a gusto.

Primero pasaríamos por la tienda a avisar a Álvaro y a Marta de nuestras intenciones.

Me puse la camisola y recogí las cosas que había sacado de mi bolsa, un libro, la protección solar y las gafas de sol.

—Ya estoy, cuando quieras podemos irnos.

—Pues vamos allá.

Los dos juntos, uno al lado del otro, pero sin rozarnos, cosa que agradecí porque ese hombre me alteraba con su sola presencia, empezamos a caminar hacia la salida de la piscina.

—Nico.

—¿Sí?

—He aceptado tu propuesta, pero antes de empezar me gustaría poner una condición.

Se paró y con una ceja alzada me miró expectante.

—¿Cuál?

—Como esto salga mal, volveré a ganarte en el próximo juicio.

Fue mínima, pero ahí estaba porque yo la vi, una pequeña sonrisa contenida.

—Eso no es una amenaza ni una condición, es una costumbre ya.

Negué con la cabeza y me eché a reír y sorprendentemente él lo hizo conmigo.

—Aunque no creas que voy a ponértelo fácil, me sacas dos de ventaja y eso no puede ser.

—¿Llevas la cuenta? —le pregunté.

—Por supuesto, ¿tú no?

Me quedé pensando un momento en si enseñarle algo tan personal, pero me dije: «qué narices no quiere conocer esa parte, la de Elena, pues puede ser una buena manera de empezar».

Saqué mi móvil de la bolsa y entré en la galería de fotos, donde siempre tenía una actualizada de lo que quería enseñarle, ya que Marta se encargaba de enviármela cuando añadía una nueva equis en la pizarra para que no se me olvidara como iba el ranking.

Como si pensara que podría pasar tal cosa.

—Voy a enseñarte algo, pero prométeme que no vas a enfadarte, a Marta le parece divertido hacerlo y a mí, pues… también, para que negarlo.

—Lo prometo.

Nico se llevó la mano al pecho, a la parte del corazón para dar más credibilidad a su promesa y me hizo reír con su gesto.

Le pasé el móvil y cerré los ojos porque no quería ver la cara que iba a poner cuando viera la foto de la pizarra que Marta tenía colgada en casa.

En esa foto se veía claramente los nombres de los dos arriba, pero no los nuestros sino nuestros alias separados por una raya en el medio.

En la parte derecha antes de los nombres separado por otra raya estaba la fecha de cuando se había celebrado el juicio y después al lado una equis de quien había ganado ese día.

Pero eso no era lo mejor de todo, como sabéis, Marta tenía un humor que era difícil de calificar.

Así que cuando era Nico el que ganaba al lado de la equis, dibujaba un dedo simulando una peineta y cuando era yo la que lo hacía, ponía al lado de mi equis un corazón.

Abrí un ojo para mirar a Nico, porque, o estaba cabreado hasta el extremo y no decía nada o estaba estudiando la foto y pensando qué decir al respecto.

Lo miré de reojo y ahí estaba, totalmente concentrado mirando la foto, como si lo que tuviera delante fuera una sentencia de la que quería enterarse hasta del último punto.

De repente, se echó a reír a carcajadas y yo abrí los ojos tanto por la sorpresa, que era imposible que lo hubiese podido hacer más.

—¡Joder! Es buenísimo. Tengo que hacerme con una pizarra de estas y poner algo parecido, yo solo llevaba la cuenta en mi cabeza.

—Te gusta.

Dije, afirmando sorprendida.

—Me encanta.

—¿Me pasas la foto para tenerla de recuerdo? Me parece perfecta para el inicio de nuestra tregua — me pidió.

—Claro, pero es que no tengo tu número.

—Sí lo tienes, te lo acabo de meter.

Anda, mira que listo, pensé, pues no había perdido el tiempo y mientras se reía también había aprovechado para grabarme su número.

Eso hizo que algo se me removiera por dentro, porque la tregua como él la había llamado empezaba fuerte, ya que tener nuestros números privados era dar un paso bastante grande.

Pero siendo sincera fue algo que me encantó, porque ahí se notaba que de verdad quería dejar todo lo demás fuera y ser solo nosotros.

Cogí el móvil y entré en la galería para mandarle la foto y cuando busqué su contacto, no pude por menos que sonreír al ver de qué manera se había añadido.

Solo Nico.

Así se había puesto.

Di a enviar para mandarle la foto y nada más llegarle me contestó con un corazón, que me hizo sonreír.

—Ya lo tienes, solo Nico. ¿A mí, me vas a poner solo Elena?

—Por supuesto, para mi eres y siempre serás, solo Elena.

Nos miramos sosteniéndonos la mirada y nos sonreímos con complicidad.

—Vamos a buscar a estos dos, que lo mismo la están liando. No conozco a tu amiga, pero Álvaro, es un liante de cuidado.

—Pues te adelanto para que no te asustes, que Marta es igual o peor que Álvaro.

Nico bufo y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—Pues nos esperan unas buenas vacaciones.

—Van a ser inolvidables.

—Eso no lo pongo en duda —me dijo, mirándome con tal intensidad, que hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo.

Asentí y empezamos a caminar en dirección a la tienda.

Llegamos a la puerta de la tienda y ya con la primera frase que oímos los dos ya supimos que nuestros amigos la estaban liando.

—¡No puede ser más pequeño, me aprieta los huevos!

—Sí —murmure —, definitivamente siguen en la tienda.

Nico suspiró.

—Esto no puede acabar bien.

—Al contrario, esto va a ser maravilloso. Son el uno para el otro.

—La locura une.

—Así es.

Nos miramos y asentimos antes de entrar.

Y lo que vimos allí, era difícil de describir.

Álvaro estaba en medio de la tienda delante de un espejo con un tanga dos tallas más pequeño de lo que debería ser.

Además, no era un tanga cualquiera, era difícil de ver. Tenía colores imposibles, con un estampado que parecía haber perdido una pelea con un leopardo.

Pero allí estaba nuestro amigo frente al espejo tan chulo girando sobre sí mismo, mirándose una y otra vez con una seguridad completamente injustificada.

Marta estaba a su lado con los brazos cruzados mirándolo de una manera peculiar.

En su mirada había diversión total pero también un deseo que no podía y al parecer no quería ocultar.

—No —dijo ella.

—¿Cómo qué no? —respondió Álvaro —Tiene personalidad.

—Tiene problemas, o te revienta un huevo o te desmayarás porque no te riegue la sangre.

Y ahí, sí qué ya no pude evitar reírme.

—Veo que vais avanzando.

Los dos se giraron al oírme.

—¡Elena! —exclamó Marta —, llegas justo a tiempo.

—Para impedir esto —dije segura.

—Sí, por favor —añadió Nico, negando con la cabeza.

—No os metáis en esto, es alta costura.

—Sí, desde luego que la costura de ese chisme te queda alta y te separa los dos… Dios… no puedo ni mirarlo —dijo Nico, tapándose la cara.

Los tres nos miramos y nos echamos a reír.

Marta y Álvaro siguieron discutiendo entre risas cual de todos los tangas que ella tenía en la mano podría el otro llevarse, que por cierto a cada cual era peor que el anterior.

Me acerqué a Nico, e inclinando la cabeza le susurré al oído.

—¿No quieres coger uno para ti?

Giro la cabeza de golpe y nuestras caras se quedaron muy cerca, demasiado, tanto que podía sentir su respiración cerca de mi boca.

—Ni muerto me pongo yo eso.

—Pues es una pena, a mí me encantaría verte en tanga —susurré contra sus labios.

—Y a mí me gustaría quitarte el que llevas —me contestó con voz ronca.

—Si te pones uno te dejo que me lo quites de la manera que quieras.

—¿Con los dientes?

El ambiente había subido diez grados de golpe por la tensión que los dos teníamos por las cosas que nos estábamos diciendo, que podían parecer una broma, pero claramente los dos sabíamos que no lo era.

—He dicho de la manera que quieras.

—¿Esta noche?

—Cuando quieras, pero tú tanga lo elijo yo.

—Acepto, lo único que te pido es que sea de mi talla. Necesito que la erección entre dentro de él, y al parecer si estás cerca ese va a ser mi estado en todo momento.

Se acercó un poco más de lo que ya estaba y apoyando su mano en mi cintura me pegó a él, para que en mi vientre notara que no solo era una vacilada, sino que de verdad estaba empalmado.

—Este viaje mejora por momentos.

—Ya lo creo.

—¿No vamos a dar ese paseo? Creo que necesito aire, tengo calor.

Me apretó un poco más contra él y acercó su boca al oído.

Pensé que iba a decime algo, y sí lo hizo, pero después de agarrarme el lóbulo de la oreja con los dientes y apretar un poquito para a continuación dejarme un beso suave en él.

—Tú tendrás calor, pero yo estoy en llamas ahora mismo. Así que, sí, será mejor que vayamos a una parte del barco en la que pueda darnos el aire para que me calme, porque si seguimos así no se si seré capaz de controlarme.

—Ahora mismo solo pienso en cargarte al hombro, llevarte a mi habitación y no dejarte salir de allí hasta que acabe el crucero —añadió.

La voz de Álvaro nos hizo separarnos de golpe.

—Chicos, ¿qué opináis?

Al vernos así cerca y en actitud tan cómplice frunció el ceño y miró a Nico de una manera que no entendí, parecía como si estuviera decepcionado o enfadado.

—No voy a hacerlo, luego hablamos.

Con solo esas palabras, Álvaro, cambió su gesto de manera radical.

No le contestó nada a lo que le había dicho, solo sonrió y asintió contento, como si hubiera una batalla que creía perdida de antemano.

Lo miré de arriba abajo y puse los ojos en blanco.

—Creo que acabas de redefinir el concepto de mala decisión.

—Totalmente —añadió Marta.

—No tenéis visión.

—Tenemos ojos —repliqué.

—Chicos, nosotros vamos a dar una vuelta, procurad que no os echen del barco antes de la hora de comer —les dijo Nico.

—No prometemos nada —le contestó Marta, guiñándole un ojo.

Nico me miró y con un gesto de la cabeza me pidió que saliéramos. Justo en ese momento le sonó el móvil y lo sacó para mirar el mensaje.

Aproveché que ese momento en el que caminó hacia la salida mirando el teléfono, para coger un tanga azul celeste y pagarlo a toda prisa en la caja. Me lo guardé en la bolsa, ya se lo daría en el momento oportuno.

Capítulo 17



Nicolás

Salir de la tienda fue necesario.

No solo para no seguir viendo la que estaba liando Álvaro con los tangas y a Marta siguiéndole la corriente.

Solo con verlos esos minutos, la forma de interactuar entre ellos, las miradas incendiarias que se daban el uno al otro sin cortarse, me hizo darle la razón a Elena, eran tal para cual.

Al parecer mi amigo había venido al viaje para intentar detener la locura que yo quería cometer, pero para él ese viaje a la vista de lo que estaba pasando entre él y Marta, sí que iba a ser el viaje de su vida.

También había sido para mí, necesario salir para poder calmarme del calentón que tenía.

El momento que acababa de vivir con Elena, el tocarla, el provocarla, el ver cómo me seguía el juego, me había puesto más cachondo en unos pocos segundos de lo que había estado en presencia de una mujer en toda mi vida.

Justo en el momento en el que di un paso para salir de la tienda mi móvil vibró dentro de mi pantalón, pude imaginar quién sería, pero al sacarlo y verlo, lo confirme.

Mi padre, achuchándome desde bien temprano.

Papá: *¿Ya la has localizado? No dejes que nada te despiste de tu objetivo, no estás ahí de vacaciones.*

No pensaba contestarle en ese momento y menos por mensaje.

Ya había decidido que no lo iba a hacer y nada de lo que dijera ni él, ni mi madre, me haría cambiar de opinión.

Y si quería echarme de su bufete, pues que me echara.

Ya encontraría otro sitio donde trabajar y si quería desheredarme, pues que lo hiciera también.

Estaba harto de ser su títere, no me había dado cuenta de cuánto hasta que había tenido todas las conversaciones con Álvaro y desde que había hablado con Elena.

Ella era libre, yo no.

De eso también me di cuenta.

Y quería serlo, y no solo para estar con ella, sino porque lo necesitaba como persona. Necesitaba empezar a ser solo Nicolás, sin el peso de mi apellido, sin la presión constante de mis padres y sin que todos me miraran o interactuaran conmigo por ser el hijo «de».

Papá: *Solo tienes dos semanas, así que date prisa. Si no cumples, ya sabes lo que te espera.*

Me quedé mirando el segundo mensaje que me había enviado porque no me había dado la gana contestarle al primero, prefería llamarlo para decirle cual era mi decisión y apreté tanto el teléfono que estuve a punto de romperlo.

Ya no solo me daba órdenes, ahora también me amenazaba.

Pues hasta aquí habíamos llegado, me dije, ya era hora de dar un golpe en la mesa y decirles, basta.

El teléfono volvió a vibrar y cuando leí el tercer mensaje me hirvió la sangre.

Papá: *Y ten cuidado con ella, es una zorra muy lista, no dejes que te enrede.*

—Tú, sí qué eres un cabrón —murmure.

—¿Qué?

La pregunta de Elena a mi lado me sobresaltó.

—Nada —le contesté, soltando un suspiro.

—La cara que tenías leyendo el móvil, no es de nada. Pero si no me lo quieres contar me parece bien.

¿Quería contarle toda la verdad?

Pues deberías, me dijo mi mente.

Y tenía toda la razón del mundo, porque si le había pedido que nos conociéramos y quería tener algo con ella, porque quería, eso lo tenía claro, lo mejor era ser sincero desde el principio.

Porque si las cosas avanzaban y después se enteraba de las verdaderas intenciones de porqué había ido a ese barco, todo lo que hubiéramos adelantado se iría al traste.

Sí, tengo que contárselo, pero no desde luego en este momento, para hacerlo prefería que fuera en un sitio privado, en el que nadie nos molestara y teniendo tiempo para explicarle todo bien.

—Era mi padre, nada importante.

—Con tu padre, no hay nada que no sea importante.

—Para él las cosas son negras o blancas, no hay matices.

—El «Rey» no tiene una fama por nada. Y mal que me pese decirlo en tu presencia, esa fama es pésima, al contrario de lo que él piensa.

Ya me había imaginado que era así, porque cuando alguien le nombraba no ponía buena cara, pero delante de mí, nadie nunca se había atrevido a decir una mala palabra hacia él.

—Me puedo imaginar lo que se dice de él, aunque nadie se atreve a decir nada en mi presencia.

—Sí quieres, ¿te hago un resumen?

—Por favor.

Antes de que comenzara a hablar agarré su mano para empezar a andar y recorrer el barco.

Lo hice un poco reticente pensando que nada más agarrarla se soltaría.

Pero una vez más, Elena, volvió a sorprenderme y en vez de soltarse lo que hizo fue mover la mano y entrelazar nuestros dedos para que el agarre fuera mejor y más íntimo.

—Dicen que es un cabrón sin sentimientos, que solo piensa en él. Los que han tenido la desgracia de enfrentarse al gran Gonzalo Valcárcel, dicen que en el estrado es despiadado, que no le importa destrozar a un testigo, llevándole incluso hasta el punto del colapso.

—Sigue, no me estás diciendo nada que no supiera, lo conozco bien.

—Dicen también, que en su vida privada es igual de cabrón o peor, que no tiene amigos, solo gente que mantiene a su lado para obtener algún beneficio y que, si esa persona deja de serle valida, la aparta de una patada.

Mientras seguíamos hablando, lo primero que vimos al pasar fue un restaurante demasiado elegante.

Elena frunció el ceño mirándolo, dejando claro que no era de su gusto por la pomposidad que a simple vista se veía que había allí dentro. Yo asentí con la cabeza para decirle que estaba totalmente de acuerdo con ella.

—Puedes añadir a todo eso: manipulador, déspota, controlador hasta rozar lo enfermizo y que está tan obsesionado con ganar y salirse con la suya, que le da igual a quien tenga que pasarle por encima, pisar o hundir —añadí.

—Ya puestos y viendo que eres tan sincera, ¿qué hay de mi madre?

Elena se quedó pensando un momento y la vi dudar antes de contestar, pero sabía de sobra que lo haría.

Había comprobado durante los cinco años que había tenido el placer de verla hablar en los juicios, que era una persona que no se quedaba dentro lo que pensaba.

Era sincera y no tenía pelos en la lengua.

Y eso era una de las primeras cosas que me llamaron la atención de ella, porque la sinceridad en el mundo que nosotros nos movíamos, no se veía muy a menudo.

De ahí que pensara que ella era una especie única.

Y si antes me gustaba con solo verla trabajar, ahora que la estaba viendo fuera de ese entorno, en uno en el que era más ella, más autentica, más libre, pues no solo me gustaba, sino que me encantaba.

—Dicen que tu madre, es incluso peor.

—Que es callada, calculadora y manipuladora hasta el exceso.

Joder lo habían clavado.

Toda la gente tenía una opinión que era totalmente acertada y que no podía acercarse más a la realidad.

—¿Y de mí?

—¿Lo que piensa la gente o lo que pienso yo?

Ahí, sí qué me dejó descolocado, porque no pensé que ella pudiera pensar diferente a los demás.

—La verdad es que me importa lo que pienses tú, los demás sinceramente me dan igual, sabiendo lo que piensan de mis padres, me puedo imaginar lo que dicen de mí.

—Dicen que aún no has llegado, pero que cuando lo hagas serás incluso más cabrón que tu padre, porque tienes lo malo de los dos. Te temen y odian a partes iguales.

—¿Y tú? —susurré sin mirarla.

—Pienso que están totalmente equivocados.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Me lo explicas? —sonó más a ruego que a petición.

—¿Valcárcel, quieres que te caliente el oído?

—Será lo único que no tengo caliente a tu lado —murmuré.

Elena me miró con los ojos abiertos como platos y muy sorprendida por el descaro de mi comentario antes de echarse a reír y darme un empujón en el brazo.

—¡Serás…!

—Venga, dímelo —le pedí.

Habíamos seguido caminando y sin darnos cuenta habíamos llegado a la parte trasera del barco

Allí la brisa corría y era refrescante que te diera en la cara, porque ya era cerca del mediodía y el calor apretaba demasiado.

Nos apoyamos en la barandilla sin soltarnos de la mano y nos quedamos unos segundos en silencio escuchando el sonido del mar y como las olas rompían contra el casco.

—Desde el día que te conocí, pienso que eres muy chulo, arrogante y que tienes demasiado ego. También demasiado serio y meticuloso y en ocasiones te comportas como si fueras un robot sin alma ni corazón.

Oírla decir todo eso de mí, dolió, no lo voy a negar.

—Vaya, suponía que no tenías muy buena opinión de mí, pero, joder, al menos esperaba que pensaras algo bueno de mí…

—No he terminado—dijo, cortándome.

—También creo que todo eso es lo que quieres que la gente piense de ti, es como una fachada o un escudo que te pones para protegerte, sobre todo, de tus padres.

—En realidad creo que eres sensible, brillante en todo lo que haces, y una persona que ha crecido bajo normas muy estrictas y bajo mucha presión. Eres mucho más de lo que dejas ver, y pocas personas te conocen realmente, quizás Álvaro, y no del todo.

—Elena…

No pude decirle nada más porque tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba hablar.

Era la primera vez que hablábamos en cinco años y no se había equivocado en nada de lo que había dicho, y si era así, es porque me había observado y se había molestado en verme, pero no en ver esa fachada que era verdad que tenía, sino a mí, a Nico.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que me gustaría conocer a ese Nico, ese que nadie ve, al que escondes. Ese creo que de verdad es el que merece la pena.

No le contesté.

Solo la miré, directamente a los ojos, esos que sí que me habían visto o al menos lo habían intentado.

Esos ojos que en ese momento me sonreían y me pedían que la besara.

Capítulo 18



Elena

La conversación desde que habíamos salido de la tienda se había puesto bastante intensa.

Hablar de sus padres, no se me había pasado ni por la mente.

Pero cuando salí de la tienda y vi la cara que tenía, que era entre el cabreo, ira y desesperación, supe que algo le preocupaba y que quien fuera que le hubiera escrito había hecho que su humor y su estado de ánimo cambiara en decimas de segundos.

Cuando me dijo que era su padre, entendí perfectamente ese cambio de actitud.

Por eso cuando después de pedirme que le dijera que opinaba la gente de él, no pude quedarme callada y le dije todo lo que pensaban las personas a las que había oído hablar de Gonzalo Valcárcel, con lo que yo estaba totalmente de acuerdo.

Ricardo, que había tenido la desgracia como él decía de haberse cruzado en su camino en varias ocasiones y también en el de su mujer, que era todavía peor, era el que me había contado entre otras personas muchas cosas.

Pero lo mejor de la conversación llegó, cuando me dijo que ya puestos también quería saber qué opinaba de él.

Su cara de desolación y el dolor que reflejaron sus ojos cuando le dije la primera parte de lo que opinaba de él, fue más que evidente.

Al menos a mis ojos.

Ni él ni nadie, ni siquiera Marta, sabían lo mucho que lo había observado durante cinco años, lo mucho que había aprendido a leer sus expresiones, sus gestos y hasta su tono de voz.

Ese que cambiaba, aunque la gente no se diera cuenta, cuando estaba preocupado, molesto o no tenía un buen día.

Pero cuando llegué el final de mi opinión y le dije todo lo bueno que pensaba de él, vi un brillo de emoción en su mirada y como intentaba tragar saliva sin conseguirlo.

—Elena…

Solo fue capaz de pronunciar mi nombre.

Le di unos segundos para que acabara de digerir lo que le había dicho, antes de volver a hablar.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —me preguntó a media voz.

—Que me gustaría conocer a ese Nico, ese que nadie ve, al que escondes. Ese creo que de verdad es el que merece la pena.

No me contestó, solo me miró directamente a los ojos.

Y con esa mirada me dijo tantas cosas como yo él.

Ahí nos dimos cuenta de que no solo habíamos pactado una tregua, sino el principio de algo.

Algo que nos arrastraba a los dos sin remedio a los brazos del otro.

Bajé la mirada de sus ojos a sus labios, esos labios que estaban demasiado lejos, esos que deseaba que estuvieran pegados a los míos.

Volví a subir la mira y con ella se lo pedí.

Me entendió a la perfección, supo lo que quería sin hablar.

Se acercó más a mí y me soltó la mano, esa que no se había separado de la mía ni un solo segundo desde que me la había dado al salir de la tienda. La subió hasta mi cintura y me agarró con firmeza.

Su otra mano fue con rapidez hasta la parte de atrás de mi cabeza y me agarró la nuca para atraerme más hacia él.

—Sí no quieres complicaciones, es el momento de frenarme. Porque si lo hago, ya no habrá vuelta atrás.

Me lo dijo, susurrando contra mis labios.

Y yo, pues, claro que sabía que habría complicaciones, muchas, por todos lados. Por sus padres, que ni de coña me aceptarían, por los juzgados en los que estaríamos en boca de todo el mundo y por lo que se nos complicarían las cosas en nuestros trabajos.

Pero en ese momento, me dio todo igual.

Llevaba toda mi vida enfrentándome a todas las complicaciones que se me habían presentado, pues con las que vinieran a partir de este momento haría lo mismo.

No dudé.

No lo pensé más.

Solo quise sentir.

Y lo hice.

Yo misma fui la que junté mis labios con los suyos, y, Dios mío, fue una sensación maravillosa.

A lo largo de mi vida me habían besado en muchas ocasiones, pero nunca de esa manera, nunca me habían hecho sentir tantas cosas con solo un beso.

El beso empezó lento, como si nuestros labios necesitaran conocerse al igual que lo estábamos haciendo nosotros.

Pero al parecer ellos iban mucho más deprisa que nosotros, porque enseguida el beso se volvió más urgente, más pasional, más necesitado. Abrí la boca para darle acceso y cuando nuestras lenguas se encontraron ahí sí qué ya no hubo contención, el beso se volvió puro fuego.

Mis manos fueron sin pedir permiso hasta su pecho y se agarraron con fuerza a su camisa.

Nico, con la mano que tenía en mi cintura aflojó su agarré y la metió por debajo de mi camisola sin apenas esfuerzo, ya que era muy suela y me llegaba un poco más debajo de las caderas.

Cuando empezó a acariciar mi cuerpo fue como si un rayo me atravesara.

Pasó la mano con lentitud por mi espalda, mis costados y cuando llegó a la parte delantera y la pasó por mis costillas rozando levemente mi pecho, no pude evitarlo y me separé de su boca para jadear.

Apoyamos nuestras frentes una contra la otra intentando coger el aire que nos faltaba.

—Joder, Elena, ha sido….

—Lo sé.

Durante los siguiente segundos o minutos, porque no sabría decir el tiempo que pasó, nos quedamos allí abrazados.

—Nico, esto no es solo una tregua.

—Lo sé.

—¿Quieres qué solo sea una tregua?

—Yo no, ¿y tú?

—Ni loco, no lo quería antes, pues ahora que he probado tus labios y que me muero de ganas de probarte entera mucho menos.

—Bien.

—¿Quieres…?

Su pregunta se quedó en el aire porque las risas y silbidos de Álvaro y Marta llegaron hasta nosotros, que, aunque no estaban muy cerca, el escándalo que estaban formando seguramente porque nos habían visto besarnos era de aúpa.

Nos separamos y los dos sentimos esa separación porque de nuestras bocas salió en mismo quejido.

Nico sacó su mano de dentro de mi camisola y volvió a agarrarme de la misma manera en la que habíamos llegado hasta allí.

Caminamos en dirección a nuestros amigos y cuando ya estábamos cerca de ellos, nos paramos los dos en seco.

Marta y Álvaro, llevaban los dos como única prenda un tanga cada uno que hacían juego.

Que eso no era lo malo, sino el modelo que habían elegido.

La de Marta era gris con la cara de un conejo dibujado con la boca abierta como si estuviera esperando para comerse algo y tenía unas orejas largas y puntiagudas que sobresalían hasta sus caderas.

Si esa era de chiste el del otro, ya era el no va más.

El de Álvaro era de un color naranja chirriante y su cosa por decirlo de alguna manera estaba metida en un trozo de tela envolviéndosela del mismo color naranja haciendo el efecto como si fuera una zanahoria, incluso en la punta había unas hojitas verdes para darle más realidad al asunto.

—Dime que no es verdad.

—Lo es —le contesté, conteniendo la risa.

—¿Podemos hacer como qué no los conocemos?

—Me temo que en la piscina y en la tienda, la gente nos ha visto hablar con ellos, así que creo que no va a colar.

Llegaron hasta nosotros y al ver nuestras caras se echaron a reír a carcajadas.

—¿No me digáis que no os gustan? Son ideales —dijo Álvaro, mientras agarraba a Marta y los dos empezaron a caminar delante de nosotros, como si fueran dos modelos de pasarela.

Nico apretó mi mano con más fuerza de la que pretendía y cuando lo miré, vi que realmente estaba pasando vergüenza ajena.

—Tanto como ideales, más bien yo diría que son…

—Vergonzosos —terminó Nico por mí.

—Tangas vergonzosos para dos desvergonzados —añadió Marta, sin dejar de reír.

—Yo no podría haberlo dicho mejor.

—Pues si estos os parecen eso, esperad a ver los otros modelos que nos hemos comprado a juego —dijo Álvaro, todo orgulloso por su hazaña.

—Ah, ¿qué hay más? —le preguntó Nico a media voz.

—Por supuesto, mirad, estos son nuestros favoritos, los vamos a reservar para un momento especial, como una fiesta que haya en la piscina o algo así.

Marta sacó del bolso dos tangas y nos los mostró.

La cara de Nico era un poema, pero la mía no se quedaba atrás.

El de ella era gris y simulaba una jaula, que no estaba dibujada no, sino que la tela era a tiras y con eso se le vería lo que viene siendo todo el chichi de su zona.

Y el de él, cómo no podía ser de otra manera para ir a juego, era un pájaro amarillo o eso parecía, y como en el que llevaba puesto también tenía tela para meter su miembro en la zona de delante que era al parecer el pico del pájaro.

—Esto mejora por momentos.

—No te estreses —le susurré a Nico.

—Cómo no hacerlo ¿Pero tú estás viendo lo mismo qué yo?

—Por desgracia sí.

—Sería mejor que fueran desnudos.

—Me cae bien Álvaro y lo considero un amigo, pero te aseguro que ver su cosa colgando no entra dentro de mis planes.

—No quiero esa imagen en mi cabeza y que luego cuando estemos en el juzgado me venga de repente a la mente —añadí.

Nico se acercó hasta pegarse a mí, y me susurró al odio.

—¿Y la mía? ¿En ella sí pensaras cuando nos enfrentemos en los juzgados?

—Porque yo estoy deseando verte entera y grabarte en mi memoria para poder verte en mí mente, no solo en los juzgados, sino a cualquier hora del día.

—No te puedo contestar a eso, todavía no he tenido la oportunidad de verla, ni de tocarla, solo de sentirla un poco en mi cadera.

Nico tragó saliva y puso una sonrisa canalla antes de contestarme.

—Entonces, tendremos que ponerle remedio pronto.

—Si, tendremos que hacerlo.

—Vamos a comer, porque la tentación de hacerlo ahora aumenta a cada segundo que pasa.

Asentí y nos unimos a Marta y Álvaro, que ya iban por delante, dispuestos a seguir convirtiendo aquel viaje en un auténtico desastre.

Capítulo 19



Nicolás

Encontrar un restaurante no fue difícil, elegir uno tampoco.

—¿Italiano? —dijo Elena—. No quiero pesar demasiado.

—Me parece perfecto.

—Mientras haya comida, yo firmo —añadió Álvaro.

—Mientras no haya zanahorias —murmuré.

Todos me miraron y contuvieron la risa y, bueno. yo también lo hice, pero con mi proceder habitual, sin que nadie se diera cuenta.

—No vas a superar en la vida lo del tanga, ¿verdad?

—Jamás.

Antes de entrar en el restaurante con Elena a mi lado, del que no se había separado en ningún momento, me detuve.

—Por favor, poneos algo.

Marta bajó la mirada a su tanga.

Luego volvió a mirarme a mí y suspiró.

—¿No te gusta?

—No es eso.

—Es eso —intervino Álvaro, al que prefería no mirar para no ver su zanahoria.

Suspiré y mientras lo hacía noté como Elena me apretaba la mano para transmitirme calma y darme ánimos.

—Vamos a comer —dije, antes de apretar los dientes.

—Ah… vale, comprendo.

Y sorprendentemente, sí que comprendió mi petición.

Los dos sacaron de la bolsa de Marta, ella su camisola y él la camisa que había tenido puesta hasta que entró en la tienda y se las pusieron.

No es que fuera lo más ideal, pero al menos ya no iban solo con el tanga y al ser largas las prendas que llevaban apenas se les veían.

Asentí, mirándolos satisfecho.

—Que poco confías en nosotros, somos gente civilizada —me dijo Álvaro.

—Lo dudo.

Ninguno dijo nada más del tema.

Los cuatro entramos en el restaurante comentando el hambre que teníamos y lo que queríamos comer, pero nada más ver el panorama que había allí, cerré los ojos y solté el aire de golpe.

—No.

Elena se giró hacia a mí, y me preguntó confusa.

—¿Qué pasa?

Señalé con la cabeza discretamente hacía una mesa donde había una pareja comiendo.

Estaban absolutamente desnudos.

Nada, no llevaban nada, ni siquiera un ridículo tanga.

Elena parpadeó y volvió a mirarme con cara de circunstancias, entendiendo mi incomodidad que por la cara que estaba poniendo era la misma que la suya.

—Vale…

El capullo de Álvaro, aguantándose la risa se inclinó ligeramente y nos dijo en voz baja para que solo nosotros tres pudiéramos oírlo.

—Esto mejora cada minuto.

—No debería sorprenderme —murmuré.

—Y aun así lo hace —respondió Elena.

Nos sentamos en una mesa de cuatro que estaba un poco más apartada e intentamos, sin mucho éxito, actuar con normalidad.

—Voy a intentar no mirar —dijo Elena.

—Buena suerte —respondí.

El camarero llegó y anotó las bebidas que le pedimos y mientras iba por ellas nos dejó la carta para que fuéramos eligiendo que comer.

Cinco minutos después volvió con las bebidas y anotó todos nuestros platos, todos ellos de pasta preparada de distintas maneras, pan de ajo para todos y dos ensaladas especiales de la casa para compartir.

El servicio era eficiente y trabajan con rapidez.

Ni diez minutos después todos estábamos comiendo la pasta que, por cierto, estaba buenísima y comentando lo que queríamos ver en la primera parada del barco.

Todo era correcto.

Todo normal.

Hasta que dejó de serlo.

Y lo supe por el cambio de postura de Elena, que estaba sentada a mi lado y por la manera un poco brusca con la que dejó su tenedor apoyado en el plato.

—Nico…—susurró.

—No quiero saberlo.

—Creo que deberías.

La miré y vi como estaba conteniendo la risa.

—No.

—Se le ha caído un espagueti…

Cerré los ojos un segundo y suspiré.

—Elena.

—Y está… bajando.

—Elena.

—No puedo dejar de mirar.

—Inténtalo.

—Dios mío…el espagueti se le ha enroscado en el piercing que tiene en el pezón.

Álvaro y Marta que al oírla decir que no podía dejar de mirar, habían girado la cabeza a la velocidad de la luz y habían visto la misma asquerosidad que ella, los dos estaban ya riéndose, intentando disimularlo tapándose con las servilletas la boca.

—Esto es cultura, Nicolás, hay que abrir la mente —dijo, el gilipollas de mi amigo.

—Voy a cerrarla con fuerza.

—De verdad, que no podéis ser más intensos.

—No es intensidad, es supervivencia.

Elena a mi lado seguía intentando mantener la compostura, sin éxito, claro.

—Lo siento, no debería reírme, pero…es que, el novio o lo que sea acaba de acercarse y ha cogido el espagueti con los dientes.

Y ahí sí que ya no pudo aguantarse más y se echó a reír incluso más fuerte de lo que lo estaban haciendo los otros dos.

¿Y yo?

Pues yo, no puede evitarlo y me uní a sus risas.

Porque sinceramente era imposible no hacerlo.

Pasado el momento «espagueti» la comida continuó con una conversación ligera, con bromas y comentarios absurdos y entre todo eso, miradas.

Con Elena.

Más suaves, más fáciles, sin tensión o con otro tipo de tensión, una que no tenía nada que ver con competir. Esa que estaría ahí hasta que la resolviéramos en la intimidad de su habitación o de la mía, eso para mí no era un problema.

—Necesito tumbarme —dijo Elena —, mi cerebro ha visto demasiadas cosas hoy y me duele hasta la cabeza.

—¿Otra vez te duele la cabeza? En la última semana ya te has quejado varias veces.

—Es el calor, en cuanto me tumbe y me tome un analgésico se me pasara, por la tarde estaré como nueva —le contestó, sin darle importancia.

—Vale, pues todos a descansar un rato y a media tarde nos vemos en la piscina, ¿que os parece? —propuso Álvaro.

—Perfecto —contestaron la dos y yo asentí.

Nos levantamos y salimos del restaurante.

Llegamos a los pasillos en los que nos tendríamos que separar para ir cada uno a sus camarotes.

—Elena, si luego no estas mejor, avísame y me quedo contigo, en la piscina hará mucho calor.

—Tranquilo, seguro que en cuanto me tumbe se me pasa, pero si no es así, que no lo creo, te aviso.

Asentí y le di un suave beso en los labios antes de separarnos.

El silencio apareció en cuanto entramos en los camarotes por la puerta de Álvaro, dejó las cosas sobre la mesa y se giró hacia mí.

—Vale.

Ya sabía lo que venía, mi amigo estaba deseando que nos quedáramos a solas para hacerme un interrogatorio completo.

—¿Qué está pasando?

Me senté en el sofá y me puse cómodo apoyándome en el respaldo, la conversación iba a ser crucial y necesitaba estar así.

—No voy a hacerlo.

Con esa sola frase no necesitaba explicarle nada más, me entendió a la primera.

—Bien.

Lo miré y un poco avergonzado me llevé la mano a la nuca antes de continuar hablando o más bien confesando algo que llevaba dentro de mi mucho tiempo y no me había atrevido a decirlo en voz alta.

—Me gusta.

—Elena —añadí.

—Ya lo sé, no es algo nuevo, aunque lleves tiempo negándote a verlo o a decirlo.

—No es solo eso.

—También lo sé, lo he sabido antes que tú.

—Quiero conocerla, quiero ir más allá de lo que nunca he querido ir con ninguna mujer, no quiero solo sexo.

—Entonces, ya has decidido.

—Sí.

—Me alegro.

—¿Así de fácil? No vas a darme el coñazo, no vas a echarme un rapapolvo por haber sido un cabezota. Por ser un cobarde que no he sido capaz de pararle los pies a mis padres, y les he permitido dirigir mi vida, incluso obligándome a hacerle daño a una mujer que es maravillosa.

—Ya te lo has dicho todo tú solo.

—Me siento como liberado.

—Y te sentirás todavía mejor cuando le cuentes todo, porque tienes que contárselo, lo sabes, ¿no?

—Lo sé, pero no ahora.

—Nicolás…

—No.

—Cuanto más tardes, será peor; si se entera por otro lado, la perderás.

Lo sabía, claro que los sabía, pero no podía, no todavía.

Primero quería conocerla más, quería que me conociera, que viera en mi mirada cuando era sincero y, entonces sí, entonces se lo contaría para que viera la verdad en mis ojos.

—Dame tiempo.

—No demasiado.

—Antes de que acabe el crucero, lo prometo.

—Bien, pero ni un día más, sino lo haces tú, lo haré yo —asentí.

Iba a decirle algo más, pero el sonido de mi móvil nos interrumpió, lo saqué rápido pensando que podría ser Elena, pero me equivoqué por completo, era mi padre, otra vez.

Apreté los dientes y el teléfono en mis manos antes de mirar el mensaje.

Papá: *Espero que ya hayas hecho avances, quiero resultados y que me vayas informando de todo.*

—¿Quién es?

No le contesté, directamente le pasé el teléfono para que leyera el mensaje que acaba de llegar y los anteriores que me había enviado cuando salía de la tienda.

—Esto es enfermizo.
—Lo sé.

—Tienes que decírselo ya.

—Llámalo —me pidió devolviéndome el teléfono.

—No.

—Hazlo ya, Nico.

—No puedo, no ahora.

—¿Cuándo?

—Cuando esté listo.

Álvaro negó con la cabeza.

—Te estás metiendo en algo muy grande con Elena, no lo van a permitir.

—Lo sé.

—Y, aun así, sigues.

—Sí, no puedo alejarme de ella, ni quiero tampoco.

—No lo hagas.

—Es tu vida, solo tu debes decidir en ella —añadió.

—Cuando les diga que no voy a seguir con el plan y que quiero estar con ella, todo se acabará.

—Eres un iluso si piensas que se van a conformar y que no van a intentar destruirla ellos mismos, si crees que te dejaran marchar tan fácil.

—No pienso permitirlo, haré lo que haga falta para mantenerla a salvo.

—No solo a ella, tú también tienes que hacerlo.

—Lo sé —dije con pesar.

Porque otra cosa no, pero conocía a mis padres muy bien. Y sabía que a Elena intentarían destruirla y apartarla de mi camino, pero a mí, me esperaba un buen castigo por desobedecer sus órdenes.

—Nico, no estás solo, estoy aquí, ¿vale? Eres mi hermano y no pienso dejar que caigas, ni por tu propio pie, ni porque ellos te empujen.

—Gracias.

—Bueno, y ahora que ya tenemos todas encima de la mesa y sabemos con que contamos para jugar, vamos a echarnos una siesta. Tenemos que estar bien descansados para esta noche.

Levantó las dos cejas y se marchó a su habitación riéndose al ver mi cara.

Capítulo 20



Elena

En cuanto entré y cerré la puerta de la habitación solté el aire que llevaba un rato conteniendo.

—Vale —murmuró Marta detrás de mí—, ahora sí, cuéntamelo todo.

Ni siquiera me giré para mirarla, me dejé caer en la cama bocarriba.

No me encontraba nada bien, la puñetera cabeza me estaba matando. Sentía un dolor agudo en la parte de las sienes que no dejaba de retumbarme una y otra vez, como si alguien no dejara de darme martillazos.

Marta había tenido razón al decir, cuando me quejé de que me dolía la cabeza, al terminar de comer, que, en la última semana, o quizás algo más, el dolor se había vuelto algo habitual.

Lo que ella no sabía es que me había quejado mucho menos de lo que realmente debería.

Porque ya era algo que se había vuelto una constante y habitual todos los días, y realmente empezaba a preocuparme, porque yo no era una persona a la que solía dolerle nada, habitualmente.

Sí que conocía a gente que solía tener migrañas, sobre todo, cuando tenían mucho estrés o por otros motivos, pero no era mi caso.

Dejaría pasar las vacaciones y cuando volviera a Madrid, si el dolor continuaba siendo así de fuerte y tan seguido, iría al médico, pero por el momento aguantaría como pudiera, tomándome los calmantes que llevaba tomando los últimos días.

Cerré los ojos para que no me diera la claridad, ya que eso solía calmarme bastante y contesté a Marta, que seguía esperando a los pies de la cama.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio —respondió, tirándose a mi lado en la cama.

—O por el beso, lo que prefieras.

Giré la cabeza y abrí los ojos para mirarla.

—El beso ha sido, pufff…

—¿Así de fuerte y emocionante?

Me preguntó, alzando las dos cejas de manera exagerada y riéndose entre dientes.

Asentí.

—No me había pasado nunca, ha sido como si todo lo de alrededor desapareciera, como si nos hubiéramos quedado solos en el mundo.

Marta silbó suavemente, y menos mal, porque si lo hubiera hecho de manera exagerada, la podría haber matado ahí mismo. Mi cabeza no hubiera soportado un silbido de tal magnitud.

—Eso ya es serio.

—Marta…

La conocía lo suficiente para saber que desde que nos había visto besarnos, y con lo que acababa de decirle ahora, su cabeza estaba trabajando a toda velocidad, montándose una película de larga duración y con final feliz, en la que ya habría incluido una boda, diez hijos, seis perros y una casa con setecientos metros de vallas blancas.

Porque ella no era exagerada, qué va, era la reina de la exageración y la diosa de las fantasías.

—No, en serio —dijo incorporándose y apoyándose en el codo.

—Te he visto con hombres, te he visto tontear, incluso ilusionarte un poco, pero esto…

Negó con la cabeza.

—Esto es distinto, ese brillo en tus ojos al mirarlo es nuevo, jamás lo había visto —añadió.

Claro que era distinto, como que nunca me había sentido ni la mitad de atraída por otro hombre, como me sentía por Nicolás. Y no solo era atracción, era algo más, algo que aún me daba miedo pensar y mucho menos decir en voz alta.

—No ha sido solo el beso, ha sido todo.

—Explícate.

Suspiré.

—Es como si…

Me quedé unos segundos pensando y buscando las palabras para poder explicarlo lo mejor posible.

—Como si cuando estoy con él no fuera la «Loba», solo Elena.

—Eso está bien.

—Sí, además es en lo que hemos quedado.

—¿En qué habéis quedado exactamente?

—Me ha propuesto que nos conozcamos, que durante estos días solo seamos, Elena y Nico, que dejemos fuera del barco los juzgados, la rivalidad y todo lo demás, que seamos solo él y yo.

—¿En serio? —me preguntó sorprendida.

—En serio.

—Joder, Elena, esto se pone interesante…

—Mucho.

—Vaya con el «Príncipe», me parece que quiere convertirte en su princesa.

—Marta —le advertí—, no empieces.

—¿Te da miedo? No él, sino la situación.

—Mucho.

—Es normal.

—Pero también me gusta.

—Eso también es normal.

Se dejó caer otra vez en la cama y nos quedamos unos segundos en silencio, procesando la conversación.

—Y ahora, tú —dije.

—¿Yo qué?

—No te hagas la tonta, ¿qué pasa con Álvaro?

Fingió hacerse la ofendida.

—¿Qué pasa con él?

—No me jodas, Marta, que si no te hubieras contenido en la tienda, le arrancas el tanga con los dientes.

Se giró hacia mí de golpe.

—¡Mentira!

La miré poniendo los ojos en blanco.

—Valeee —admitió—, igual un poquito sí.

Solté una carcajada que hizo que me retumbaran las sienes otra vez.

—Lo sabía.

—Es que es difícil resistirse. Es divertido, es guapo y encima me sigue el rollo.

—Es tu tipo.

—Totalmente.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Pero yo sí lo sabía, entre ellos no tardaría en pasar algo. Marta era el tipo de mujer que Álvaro necesitaba en su vida y al revés, era igual. Mi amiga necesitaba un hombre que la siguiera en sus locuras, que la comprendiera y, sobre todo, que la hiciera reír.

Estaba completamente segura de que al acabar las vacaciones, los dos saldrían de ese barco de la mano y siendo pareja.

Y no había cosa de la que pudiera alegrarme más.

Si por separado me gustaban, juntos, me encantaban.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Que sí, que me gusta, mucho. Pero no quiero liarla, Elena.

—¿Liarla?

—Sí, Elena. Estamos en un crucero, en una situación surrealista; sabes de sobra como soy. Si me abro a alguien lo hago por completo. No tenemos ni idea de si a él le gusto, y no quiero llevarme un chasco.

—Le gustas.

—Eso no lo sabes.

—Te aseguro que lo sé, no solo tú lo has mirado de una manera especial, Álvaro, también te ha mirado de la misma manera.

—Aunque fuera así, lo mismo solo quiere algo estos días y ya está, que no digo que no estaría mal, pero no sé. Estoy en un punto de mi vida en el que me gustaría tener un poco de estabilidad con alguien.

—Estoy harta de los polvos de una noche, de salir con tíos unos días con los que luego no paso de ahí —añadió.

—Sí no te arriesgas,

—¿Tú crees que debería dejarme llevar?

—Sí —contesté muy segura.

—Álvaro no solo es mi tipo, es la clase de hombre del que podría enamorarme en pocos días, y eso es lo que me da miedo. Que luego me dé la patada y pasarlo mal.

—Conclusión, estamos las dos igual de jodidas.

Porque sí, las dos estábamos en la misma situación; bueno, siendo sincera, en la misma no, porque Marta lo tenía mejor que yo.

Ella no tenía que enfrentarse a él por su trabajo cuando volviéramos a la vida real, ni tampoco tenía a unos padres que la odiaban por ser la rival de su hijo.

Nicolás no me lo había dicho, ni él ni nadie en realidad, pero tampoco hacía falta ser muy lista para saberlo.

Con Gonzalo Valcárcel, me había cruzado varias veces en los juzgados y no me había dirigido la palabra, pero hay veces que no hacen falta palabras para saber lo que otra persona piensa de ti.

Solo por la manera en la que me miraba, cualquiera podía deducir que no solo no era santo de su devoción, sino que me tenía un asco que no podía ni verme. Ser la única capaz de ganar a su hijo en los juzgados; al parecer al señor le dolía en el orgullo casi más que al propio Nicolás.

Y si su padre me miraba mal, de la mirada de su madre, era mejor ni acordarse.

El único día que me había cruzado con ella, que precisamente iba con su marido, vi cómo él le susurra algo al oído. Le diría quién era yo, de eso estaba segura. Porque justo después levantó la cabeza de golpe y me miró sin ningún disimulo.

En su mirada había puro fuego y desprecio; si hubiera tenido el poder de quemarme en una hoguera como hacían con las brujas, lo habría hecho allí mismo.

—Bastante jodidas, sí —me contestó.

—Pero somos fuertes.

—Lo somos.

—Y no nos rendimos, ni nos retiramos porque algo sea difícil.

—Luchamos.

—Luchamos y si caemos, nos volvemos a levantar.

—¿Lo hacemos? ¿Nos arriesgamos?

Tras sus preguntas, las dos nos miramos y nos quedamos unos segundos en silencio. Un silencio cómodo que nos ayudó a tomar una decisión.

—A tomar por culo todo, lo hacemos.

—Lo hacemos —repetí, zanjando el tema.

Otra palpitación en mi sien me hizo llevarme la mano a la cabeza y fruncir el ceño.

—¿Estás bien? —me preguntó Marta, preocupada.

—Voy a tomarme un analgésico y a dormir un rato, demasiadas emociones hoy.

—Tienes cara de cansada; me voy a mi habitación para que descanses a oscuras y en silencio. Si me necesitas, dame un toque, ¿sí?

—Sí, ve tranquila.

Marta se levantó de la cama y se acercó a mi bolso que estaba encima de la mesa. Sacó un analgésico del neceser en el que siempre llevaba y me lo acercó con una botella de agua.

Me lo tomé sin rechistar y me recosté contra la almohada; ni siquiera me había quitado la camisola ni la parte de abajo del bikini, pero me dio igual. Estaba demasiado cansada para hacerlo.

—Descansa, luego vengo a buscarte para ir a la piscina, pero si estás dormida, no te despertaré. Si cuando te levantes ves que no estoy, mándame un mensaje y te digo dónde estamos —asentí.

Marta corrió las cortinas y se marchó a su habitación.

Capítulo 21



Nicolás

Más de dos horas llevaba tumbado en cama, en las que no había conseguido descansar la mente, ni muchísimo menos dormir.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Elena.

El beso.

Lo que había dicho.

Lo que no había dicho, eso pesaba más.

Y, sobre todo, sentir por ella.

Porque sí, era absurdo negar lo evidente. Elena, no solo me hacía sentir deseo y atracción, me hacía sentir mucho más. Si no estaba enamorado de ella, que lo dudaba, poco me faltaba.

Y no, no había sido lo que suelen llamar, un flechazo. Eso lo tenía claro porque esto que sentía en mi interior no era nada nuevo, llevaba años ahí dentro, lo que pasa es que yo mismo lo había estado reteniendo, ignorando y sujetando con fuerza para que no saliera.

Pero desde el momento en el que le había propuesto dejar todo fuera y ser solo nosotros, conocernos y ver dónde nos llevaba eso.

Esos sentimientos que tenía dentro de mí, que parecían haber estado dormidos, cómo cuando un animal hiberna, se habían despertado de golpe y estaban saliendo al exterior sin pedir permiso y con fuerza.

Y otra de las cosas que me tenía inquieto y de los nervios, pero para mal, no como lo de Elena, era pensar en mis padres.

Que había intentado no hacerlo, pero me había sido imposible.

Como bien me había dicho Álvaro, no me lo iban a poner nada fácil y a Elena, mucho menos. La odiaban, eso no era una sospecha, era un hecho contrastado.

Los motivos de mi padre para ello son que era la única persona que me había plantado cara en un estrado y encima me ganaba con una facilidad pasmosa y eso, para su orgullo, era una patada tan dolorosa como si se la dieran en la entrepierna.

Y no porque Elena ganara a su hijo, no, eso no tenía nada que ver. Era porque ella ganaba a un Valcárcel, y eso para el gran Gonzalo, era algo que nunca podía pasar.

Para él, nadie podía estar por encima de nuestro apellido, ni siquiera yo.

En cambio, los motivos de mi madre para odiarla eran muy distintos.

Ella jamás lo reconocería, pero yo sabía la verdad del porqué no podía ver a Elena ni en pintura.

La envidia.

Ese era su único motivo, aunque de cara a mi padre, le diera la razón en los suyos y le bailara el agua para tenerlo contento.

Esa envidia la había visto en sus ojos el único día en el que las dos coincidieron en los juzgados, cuando mis padres vinieron a recogerme a uno de mis juicios, que por suerte no fue contra ella.

También dejaba ver esa envidia que le tenía cuando hablaba de ella, en como la despreciaba, en como decía comentarios siempre despectivos e incluso la insultaba.

¿Y el porqué de esa envidia? Pues muy fácil.

Mi madre también era abogada, muy buena, me atrevería a decir que la mejor que había pasado por los juzgados de Madrid si descontamos a Elena. Y ahí era donde radicaba el problema.

La señora Carmen Valcárcel, no podía soportar que una mujer venida de la nada le hiciera sombra, aunque solo fuera en los recuerdos que se tenían de ella en los juzgados. Porque sí, aun veinte años después de que dejara de ejercer, todavía en algunas conversaciones salía su nombre, recordándola por su espectacular forma de ejercer.

De lo que no se daba cuenta mi madre era que Elena no tenía la culpa de que ella dejara de ser la mejor, de eso se encargó mi padre.

Sí, mi padre, que como el cabrón ambicioso que era, cuando vio que mi madre despuntaba y lo dejaba atrás por ser mejor que él, y es que lo era sin esforzarse, la obligó a retirarse de los juzgados.

No lo hizo de manera brusca, ni prohibiéndoselo, no, lo hizo manipulando, comiéndole la cabeza, vamos, lo que hacía siempre con todo el mundo, entre los que me incluyo y me pongo en primera posición.

Ella acabó aceptando; era eso o separarse de él y prepararse para la guerra que le esperaba desde ese momento en adelante.

¿Qué paso después de eso?

Pues que mi madre pasó de ser una mujer cariñosa, amable, segura de sí misma y brillante en su trabajo, a ser una mujer, fría, calculadora y manipuladora.

En resumidas cuentas, con su actitud nos hacía pagar a todos los que estábamos a su alrededor la amargura que llevaba dentro por haber perdido, no solo su trabajo, sino por haberse perdido a ella misma, por aceptar las órdenes de mi padre.

Por todo eso tenía claro que jamás aceptarían que yo estuviera con Elena.

—*Pues lo tendrán que aceptar o me perderán como hijo* — dije entre dientes.

Me incorporé en la cama, no tenía sentido seguir allí tumbado mirando al techo y comiéndome la cabeza.

En la cama había estado tumbado solo en bóxer, así que cogí la misma ropa que me había puesto por la mañana y me vestí, poniéndome antes un bañador.

Pasé también por el baño, me lavé la cara y los dientes y me pasé los dedos por el pelo mirándome en el espejo para acomodarlo un poco sin mucho éxito.

Abrí la puerta de comunicación con la habitación de Álvaro despacio, por si aún dormía, pero nada más asomar la cabeza lo vi sentado en una silla afuera en el balcón, fumando un cigarrillo.

Los dos fumábamos, pero en muy contadas ocasiones, cuando salíamos a tomar algo, en vacaciones o en alguna celebración.

Me senté en la silla que estaba libre y le cogí un cigarrillo de la caja para acompañarlo.

—¿Ya estás operativo?

—Más o menos.

—Eso suena peligroso.

—Siempre lo es.

—¿Has descansado algo?

—Solo he estado tumbado; dormir me ha sido imposible, demasiadas cosas zumbándome la cabeza.

—Yo estoy igual.

—¿Marta?

Asintió antes de dar la última calada al cigarro y soltar el humo con lentitud.

—Me gusta.

—No, rectifico, me encanta.

—Ya lo he notado, solo hay que ver como la miras, igual que ella a ti.

—No lo creo, ella puede que sienta un poco de atracción, pero nada más, no creo que yo sea su tipo.

Ver a Álvaro así de inseguro, sí que fue una sorpresa total.

Él, que era el hombre más seguro de sí mismo y más echado para adelante que yo conocía, estaba perdido, y todo por lo que sentía por Marta y él pensaba que no era correspondido.

—Elena piensa que sois el uno para el otro, y si ella lo dice, que os conoce a los dos, yo la creo.

—Y tú deberías hacer lo mismo.

—La «Loba» siempre ve cosas que los demás ni se podrían imaginar que estaban ahí —me dijo, antes de quedarse pensativo.

—Exactamente, por eso es la mejor en lo suyo. Así que, hazme caso, déjate llevar con Marta, sé tú mismo y lo demás vendrá solo.

Asintió, y pude ver en su mirada que parte de sus dudas, aunque no todas, habían desaparecido después de lo que le acababa de decir.

—¿Bajamos? No creo que ellas estén todavía, pero podemos esperarlas tomando una copa —me propuso

—Vamos, dos cervezas tienen nuestro nombre y nos están esperando.

Capítulo 22



Nicolás

Bajamos a la piscina mientras seguimos charlando de ellas, de las dos mujeres que sin buscarlo, se habían convertido en las dueñas de nuestros pensamientos.

El ambiente seguía siendo el mismo.

Caótico.

Desinhibido.

Imposible de ignorar.

—¿No han llegado? —preguntó Álvaro, mirando alrededor.

—No.

Elegimos una mesa cerca de las tumbonas en las que dejamos las dos toallas que habíamos bajado, pensando en que así las chicas las tendrían para ellas cuando aparecieran.

—Dos cervezas, por favor —pidió Álvaro, en cuanto pasó un camarero.

Me quité la camisa y la dejé junto a las toallas y mi amigo hizo lo mismo, ya que hacía un calor de muerte.

Me dejé caer en la silla y me pasé la mano por el pelo.

—¿Nervioso?

Lo miré y me encogí de hombros.

—No.

Sonrió.

—Mientes fatal.

No respondí, porque no era una mentira del todo. Realmente no estaba nervioso, estaba preocupado por Elena. No dejaba de pensar en si ya se le habría pasado el dolor de cabeza y en si estaría bien.

Las cervezas llegaron y apenas dimos el primer sorbo cuando dos mujeres totalmente desnudas se pusieron a nuestro lado, mirándonos de una manera muy descarada.

—Hola, chicos.

Levanté la vista y sus sonrisas no auguraban nada bueno, al menos para nosotros.

—¿Os importa si nos quedamos?

Preguntaron, después de sentarse en las dos sillas que habíamos arrimado a la mesa para cuando llegaran nuestras chicas.

Las miré, un segundo, dos…

—Sí.

Se impuso el silencio, por la forma tan brusca en la que había contestado. Pero es que me jodía mucho la gente que se toma ciertas libertades sin pararse a pensar ni dos segundos, en si pueden incomodar o molestar a los demás.

Álvaro giró la cabeza lentamente hacia mí y me miró con advertencia.

—Nicolás…

—Estamos esperando a alguien —añadí, en el mismo tono seco.

Las dos se miraron y se hablaron con la mirada.

—Podemos esperar con vosotros, nos gusta hacer cosas en grupo, cuantos más mejor.

Con esas palabras, nos dejaron claro que era lo que querían o lo que estaban buscando. Pues se habían equivocado de hombres de pleno.

—No.

Fui directo y cortante; si no lo entendieron era porque se estaban haciendo las tontas, no porque no se lo hubiera dicho bien claro.

No me había dado tiempo de contestar, cuando una tercera persona se unió a la conversación.

—Vaya, vaya, que bien acompañados estáis.

Levanté la mirada y allí estaba Marta, con una sonrisa en la cara que prometía problemas.

Se quedó mirando la escena como si la estuviera analizando o intentando comprender que estaba pasando allí.

Nos miró a nosotros.

Luego a las mujeres.

Y por último clavó la mirada en mí.

—Interesante elección de compañía —dijo al fin.

Álvaro se recostó en la silla aparentando calma, una que yo sabía, porque lo conocía bien que no sentía, estaba incómodo, mucho.

—No es lo que parece.

—¿Ah, no? —respondió ella—. Porque parece que os habéis adaptado rápido.

—No llevan aquí ni dos minutos.

—Tranquila, que a nosotras no nos importa que te unas; ya les hemos dicho que nos gusta hacer las cosas en grupo —dijo una de las mujeres, que se estaba comiendo a Álvaro con la mirada.

Y no fue solo como lo miró, sino que tuvo el santo descaro de pasar su mano por su brazo acariciándolo. Álvaro, se quedó tan helado que no fue capaz de decir nada ni de apartarse, ni de nada.

En los ojos de Marta pude ver decepción y algo más que no supe distinguir muy bien, pero habría jurado que era dolor.

—Fuera.

—Sí, es mejor que se vaya, no la vemos muy dispuesta y me parece que no tiene una mente muy abierta —dijo la misma mujer que había tocado a Álvaro, pensando que lo que dije era para Marta.

—Las que os tenéis que largar sois vosotras, no ella, os he dicho al llegar que estábamos esperando a alguien y aun así habéis tenido el descaro y la poca vergüenza de sentaros sin ser invitadas.

—Así que no lo repetiré una tercera vez. Fuera —añadí con un tono que no dejaba lugar a dudas que estaba cabreado—. Que panda de sosos, vámonos, seguro que hay muchas más personas en este barco que están dispuestas a pasar un buen rato —dijo a su amiga, la mujer que hasta ese momento no había hablado.

De la misma forma silenciosa que habían venido se marcharon refunfuñando por lo bajo.

Álvaro, que todavía no había reaccionado, se las quedó mirando como se iban. Error, amigo, le dije mentalmente.

Marta se cruzó de brazos y se puso en su campo de visión.

—Siempre puedes irte con ellas, ¿eh? Yo me siento sola, no pasa nada.

Álvaro, en cuanto Marta se había puesto delante, ya no tuvo ojos para nadie más, pero eso ella no lo vio. Y por el brillo de su mirada y la sonrisa que tenía en la cara, supe que iba a picarla.

—¿Celosa?

—Ni en tus mejores sueños.

—Entonces, no hay problema —le dijo Álvaro con chulería.

—Ninguno, creo que voy a sentarme con aquellos tres chicos de allí —le contestó, señalando a tres tíos que estaban completamente desnudos y miraban a todas las mujeres de forma lasciva.

Marta hizo amago de marcharse, pero Álvaro estuvo rápido de reflejos y la agarró de la mano para tirar de ella, y ponerla entre sus piernas, dejándola encajada y sin posibilidad de escapar.

—Puede que tú no te pongas celosa y te dé igual que todas las mujeres de este barco se me acerquen, pero yo, sí que me voy a poner rabioso si te acercas a cualquiera de los hombres que hay aquí —le dijo serio.

—Y eso, ¿por qué? —le preguntó con cautela.

—Porque al único que quiero que te acerques es a mí.

Pues con eso estaba todo dicho, fue una total declaración de intenciones por su parte.

Marta lo miró a los ojos y la vi dudar, solo dos segundos, no más.

Y lo que hizo a continuación, si yo no me lo esperaba, creo que mi amigo mucho menos.

Marta se lanzó a sus labios y le plantó un besazo que hizo que la temperatura de la zona de la piscina subiera al menos diez grados.

La respuesta de él no se hizo esperar, la estrechó más contra su cuerpo y le devolvió el beso con la misma pasión.

Aparté la mirada de ellos para darles la privacidad, al menos yo, porque de muchas personas que los estaban mirando no tenían, y seguí bebiéndome la cerveza mientras miraba al frente sin ver nada en realidad.

Porque mi mente en ese momento estaba totalmente ocupada por la mujer con la que quería estar y no se encontraba allí en esos momentos.

Y si no estaba era porque seguramente estaba peor o al menos igual del dolor de cabeza.

Eso hizo que mi preocupación fuera en aumento.

—Espero que esto te haya dejado claro lo que yo quiero.

Las palabras de Marta me hicieron girar la cabeza hacia ellos, porque si había hablado era porque ya habían acabado. Y aunque me alegraba mucho por ellos, necesitaba preguntarle por Elena.

—Clarísimo, me encanta que estemos de acuerdo.

—Marta, ¿dónde está Elena?

—Se ha quedado en la habitación, estaba dormida.

Fruncí el ceño y mi preocupación aumentó un poco más.

—¿Sigue mal?

—Tenía dolor de cabeza y cansancio; dijo que era por todo el acumulo de lo que ha pasado hoy.

—Cuando subimos hablamos un poco, se tomó un analgésico y se echó a dormir. Se la veía realmente cansada, así que como estaba dormida cuando me he preparado para bajar, no he querido despertarla —añadió.

—Hoy han pasado muchas cosas —dijo Álvaro.

—Cuando se despierte estará como nueva.

Las palabras de Marta no me convencieron ni me tranquilizaron tampoco, necesitaba comprobarlo por mí mismo, quería ver con mis propios ojos que de verdad se levantaba bien.

—¿Te importa…?

Marta extendió la mano antes de que terminara de hablar.

—Toma.

Me dio la llave de su camarote.

—Es la llave del mío; entra por él los dos están comunicados y la puerta está abierta.

No dudé, cogí la llave, me levanté de la silla y cogí la camiseta.

—Gracias.

—De nada —me contestó sonriendo.

—Nosotros estaremos por aquí, si necesitáis algo, avísame —dijo Álvaro y asentí.

—Y si tardáis en bajar, no te preocupes, podéis tomaros todo el tiempo que necesitéis, no tengo que subir para nada.

Añadió Marta, dejándome claro que podíamos hacer lo que quisiéramos en la habitación porque ella no pensaba interrumpirnos o molestarnos.

En ningún momento mis pensamientos o intenciones se habían ido por el terreno sexual, cuando le dejé ver que quería ir a buscarla, solo quería saber que estaba bien, lo demás era secundario.

Me despedí de ellos con la mano y puse rumbo a las habitaciones.

Los camarotes en los que ellas se alojaban estaban alejados de donde estaban los nuestros y aunque en un principio no sabía dónde tenía que dirigirme, solo con ver el número me fue difícil llegar hasta ellos.

Abrí la puerta muy despacio por si estaba dormida no despertarla, y entré de la misma forma, pero me quedé helado en cuanto llegué al centro de la habitación

Capítulo 23



Elena

Cuando abrí los ojos, no supe dónde estaba.

Parpadeé varias veces.

Confundida.

Desorientada.

Entonces fue cuando me di cuenta de que no estaba en mi cama, no era mi habitación ni mi casa.

Me removí entre las sábanas, incorporándome poco a poco mientras los recuerdos de todo lo que había pasado ese día, que no había sido poco, empezaron a llegar, como si de una escena de fotografías todas seguidas se tratara.

El barco.

El crucero.

Marta.

Y él, Nico.

Cerré los ojos un segundo y todo lo vivido en las pocas horas que habíamos estado juntos llegó de golpe.

Las miradas, las palabras dichas y las que no, la tregua o la proposición, como él la había llamado, sus manos en mi cuerpo y su boca en la mía, cuando nos besamos.

La sonrisa me salió sola solo con pensar en el beso, y es que vaya beso, fue un señor besazo, que esperaba que se repitiera pronto.

Me llevé las manos instintivamente a la cabeza y me toqué las sienes y me quedé quieta.

No me dolía.

Nada, no había ni rastro de ese martilleo constante que había estado ahí desde la hora de la comida, hasta que me tomé el analgésico y me quedé dormida.

Solté el aire despacio.

—Por fin… —susurré.

Antes de dormirme, lo hice preocupada porque si ese martilleo seguía ahí el resto del día, no podría haber salido del camarote y me habría fastidiado no poder disfrutar con los demás del resto del día.

Me levanté bastante animada porque también el cansancio que tenía cuando me tumbé había desaparecido.

La habitación estaba en penumbra, así que abrí ligeramente las cortinas, dejando que entrara una luz suave.

Me giré hacia la puerta que conectaba con la habitación de Marta.

No se oía el más mínimo ruido, así que solo había tres posibilidades: que estuviera dormida, en el baño o que hubiera bajado a la piscina a encontrarse con los chicos.

—¿Marta?

Nada, no contestó.

Fui hasta allí y entré despacio, miré la cama vacía, me asomé en el baño y tampoco estaba allí, así que, solo quedaba la tercera opción. Se había ido a la piscina.

Volví a la habitación.

Mi ropa estaba completamente arrugada, pegada al cuerpo después de haber dormido con ella.

—*Que mierda, esta camisola parece un higo* —dije cabreada.

Sin pensarlo me la quité y la metí en la bolsa que todos los camarotes tenían para meter la ropa sucia.

Esa que si querías podías solicitar que la llevaran a la lavandería y te la devolvían al día siguiente limpia y planchada, Marta y yo habíamos hablado mientras colocábamos las cosas por la mañana que usaríamos una única bolsa para las dos y que en cuanto tuviera unas cuantas prendas pediríamos el servicio de lavandería.

Me quité también la parte de abajo del bikini que me había puesto por la mañana y lo metí también en la bolsa.

Sin ellos no me iba a quedar, otra cosa no, pero bikinis y bañadores habíamos traído unos cuantos.

Completamente desnuda, abrí el armario para sacar una camisola limpia y un trikini dorado que me encantaba, me mirarían raro por ir tapada en la piscina, pero me importaba bien poco.

No había sacado ninguna de las dos prendas cuando oí que la puerta del camarote de Marta se habría.

Seguramente estaría preocupada y había subido a ver si ya me había levantado, pensé.

Caminé hasta su habitación con paso ligero.

—Marta ya estoy…—empecé a decir, pero no terminé de hablar, me quedé clavada al suelo en medio de la habitación de mi amiga.

Porque no era Marta, sino él.

Nicolás.

Él, se quedó exactamente igual que yo.

Inmóvil.

Mirándome, o escaneándome más bien. Su mirada recorrió mi cuerpo sin prisa, sin disimulo, sus ojos azules, esos que tenía claros como el cielo despejado de nubes, se volvieron oscuros de repente al dilatarse sus pupilas por el evidente deseo que sentía al mirarme.

Y algo en la forma en la que me estaba mirando hizo que el corte y la vergüenza que sentí de primeras se esfumaran de golpe.

Porque no era una situación incómoda, era intensa.

—No eres Marta —murmuré.

—Y tú, no estás vestida —me contestó.

No pude evitar sonreír.

—Pensé que estabas en la piscina.

—Y yo, que dormías.

Se impuso el silencio unos segundos mientras nos miramos a los ojos, pero no fue uno incómodo, fue necesario para decirnos que estábamos encantados de volver a vernos, solo con la mirada y sin necesidad de palabras.

—¿Estás bien? —me preguntó, dando un paso más hacia mí.

—Sí, estoy mejor.

Otro paso.

—Me alegro.

Ya estaba cerca, demasiado cerca, y mi cuerpo aun sabiendo esa separación ya empezó a responder a su cercanía. La humedad en mi vagina se hizo presente y mis pezones empezaron a endurecerse, sin pedir permiso y sin que yo pudiera evitarlo.

—Solo iba a vestirme para bajar —añadí a media voz.

—Claro.

Pero ninguno se movió, ninguno retrocedió.

No sé quién empezó, no sé quién de los dos dio los pasos que nos faltaban para estar juntos, quizá fue él o yo, o los dos al mismo tiempo. Solo recuerdo que segundos después nuestros labios se unieron con hambre, desesperados, como si llevaran una eternidad esperando volver a encontrarse.

En el beso no hubo freno, ni dudas, fue lento, profundo y más consciente de lo que había sido el que nos dimos en la cubierta del barco, porque en esa ocasión nuestros labios ya se conocían, ya no exploraban, solo se dejaban llevar.

Fue como si los dos ya supiéramos que aquello no era un impulso, o un arrebato del momento, sino una elección, nuestra elección de estar juntos.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con calma, memorizando, descubriendo.

Con una de sus manos me acaricio la espalda lentamente desde la nuca hasta mi cintura un par de veces, la otra ya se atrevió a ir un poco más allá y la bajó hasta mis nalgas, las acarició y apretó con la fuerza justa para hacerme jadear en su boca.

Con la otra mano recorrió mi parte delantera.

Me acaricio desde la clavícula, bajando lentamente por mi costado hasta mi vientre y al volverla a subir la paró en mis pechos para acariciarlos, primero lentamente, con mimo, como si quisiera retener en su mente todos mis pliegues.

Sus dedos empezaron a jugar con uno de mis pezones, apretándolo y tirando un poco de él, haciendo que me retorciera de placer entre sus brazos.

Mis manos tampoco se quedaron quietas.

Al igual que estaba haciendo conmigo, una de mis manos le acariciaba la espalda por debajo de la camiseta y la otra de la misma forma, pero recorriendo su pecho.

Tuvimos que separarnos para coger aire y nos miramos a los ojos, esos que estaban por parte de los dos cegados de deseo.

—Elena…—murmuro contra mis labios.

—No pares.

—Solo lo haré si tú me lo pides.

—Entonces sigue, quiero que me sigas tocando, besando…

No me dejó terminar la frase.

Volvió a unir su boca a la mía, esta vez de forma más urgente, más pasional, más sucia, pero deliciosa.

Me levantó del suelo sujetándome con ambas manos por el trasero y yo por instinto enrosqué mis piernas en su cintura y de esa manera caminó conmigo hasta la cama.

Nos tumbó a los dos a la vez así, tal cual estábamos.

—La ropa —le dije, separándome de sus labios.

—Quítate la ropa necesito sentir tu piel —añadí.

Sin dudar ni pensarlo ni un segundo, accediendo a mis deseos, se sacó de un tirón la camiseta por la cabeza mientras yo tiraba de sus bermudas y del bañador que llevaba debajo para ayudar a quitárselo.

Ni un minuto después estábamos los dos completamente desnudos mirándonos, observándonos, recorriendo por completo todas las partes de nuestro cuerpo.

—Eres preciosa y perfecta.

—Tú tampoco estás mal, letrado —dije haciéndole reír.

—Aquí no somos letrados, no somos rivales, solo somos, tú y yo.

—Solo somos rivales bajo la piel —murmuré.

—Exacto, nuestra rivalidad va por dentro, por fuera somos solo uno.

Volvimos a besarnos, fue un besó que selló eso que acabamos de decir. Nuestra rivalidad solo estaba bajo nuestra piel, solo en nuestras mentes, no en nuestros cuerpos.

Nico separó unos segundos después su boca de la mía y soltó una pequeña risita al oír una pequeña queja que salió sola de mi boca al perder el contacto de sus labios.

Con una lentitud y una parsimonia agonizante, fue bajando, recorriendo mi cuerpo, besándolo por todas partes.

Mi mandíbula, mi cuello, mi clavícula, mi pecho, ahí se detuvo varios minutos pasando de uno a otro, besando, lamiendo y mordiendo mis pezones, haciéndome jadear y murmurar su nombre.

Cuando le pareció que me había torturado bastante, siguió recorriendo mi cuerpo con sus besos hasta que llegó a mi vagina.

Con sus manos agarró mis piernas y tiró de ellas para afuera para que me abriera bien para él y cuando me tuvo completamente abierta, hundió su cabeza entre mis piernas.

Ya con la primera pasada de su lengua por toda mi abertura supe que no tardaría apenas nada en correrme, estaba tan excitada que era incapaz de controlarme.

En el momento en el que metió su lengua dentro de mí, mis caderas se movieron solas buscándolo, Nico me entendió enseguida y supo que estaba cerca de llegar.

Bajó una mano y metió dos de sus dedos en mi interior mientras con su boca succionaba mi clítoris sin darme ni un segundo de tregua.

Aceleró tanto el movimiento de sus dedos, como la velocidad y la intensidad de sus succiones.

Haciéndome caer en el abismo bajo un grito con el que dije su nombre bien alto.

Igual que había hecho cuando bajó besando mi cuerpo, repitió el recorrido a la inversa, subiendo hasta mis labios, dejando besos por todo mi cuerpo hasta llegar hasta ellos.

Se posicionó entre mis piernas y enseguida noté el roce de su miembro contra mi entrada, pero no entró, se paró, dejó de besarme y me miró a los ojos antes de hablarme con voz ronca.

—Elena, si no quieres, lo entenderé, quiero que estés segura de esto, porque si lo hago no habrá vuelta atrás, serás mía para siempre, porque no pienso dejarte marchar.

Joder, fue toda una declaración, la más bonita y sincera que podría haberme dicho, si hasta me hizo emocionarme.

—Me gusta como suena ese «para siempre».

—A mí también.

—Nico —susurré.

—Dime preciosa.

—Hazme tuya.

—Será un placer, un auténtico placer y un sueño.

Acercó del todo su cuerpo al mío, y sin dejar de mirarme a los ojos entró en mí despacio, sin prisas, haciendo que los dos saboreáramos ese momento y dándonos tiempo para que pudiéramos grabar en nuestra memoria el momento exacto en el que Elena y Nico, se fundían en uno solo.

Sus embestidas fueron lentas al principio, pero los dos necesitábamos un poco más de intensidad y de fuerza, así lo pidieron nuestros cuerpos.

Me embistió con fuerza, sin hacerme daño, con más profundidad, llegando hasta lo más hondo de mí, acelerando el ritmo cada vez más, hasta que llegamos a un punto de no retorno en el que los dos entre jadeos alcanzamos el clímax, juntos.

Con las respiraciones aceleradas y el corazón desbocado, nos quedamos en esa misma posición, abrazados, hasta que nos fuimos recuperando poco a poco.

Capítulo 24



Elena

Tardamos varios minutos en separarnos.

Estábamos tan a gusto abrazados, que ninguno hizo el más mínimo intento por querer levantarse.

El silencio nos envolvió en todo momento, pero fue uno completamente necesario para que nuestros cuerpos y, sobre todo, nuestras mentes pusieran en orden la cantidad de pensamientos y emociones que sentimos mientras nos uníamos por primera vez.

—Tenemos que bajar —murmuré contra su pecho.

—Lo sé.

Pero no se movió, ni yo tampoco.

Nico siguió acariciándome la espalda desde la parte baja hasta mi pelo como llevaba haciendo desde que nos habíamos quedado así abrazados y yo a él seguí pasándole la mano por su pecho.

Sonreí levemente al pensar que, si alguien me hubiera dicho el día que nos enfrentamos en el último juicio que solo unos días después íbamos a acabar así, habría pedido que le hicieran una valoración psiquiátrica porque hubiera pensado que estaba loco de remate.

—Si no nos separamos ahora, no vamos a salir de esta habitación.

—Tampoco sería un mal plan, a la única que quiero ver desnuda es a ti, ver a los demás hace que me sangren los ojos.

Rei contra su pecho y Nico al oírme lo hizo contra mi pelo, estrechándome un poco más contra su cuerpo.

—Venga, vamos —dije, removiéndome entre sus brazos.

—Si vuelves a rozarme así, no salimos de aquí hasta mañana.

Apretó sus caderas contra mí, para que notara que ya estaba duro y preparado otra vez para otra ronda.

Metí la mano entre los dos y le acaricie el miembro de arriba abajo un par de veces, después me detuve en su glande y lo acaricie en círculos con mi pulgar.

—Creo que a los tres nos vendría bien una ducha.

—Yo también lo creo.

Se incorporó en la cama y, sin avisarme ni nada, me agarró de las piernas y tiró de mí para llevarme hasta el borde, con un rápido movimiento me cogió en brazos y me llevó hasta el baño.

Me bajó justo en la entrada de la ducha y abrió el grifo para que el agua se fuera templado, mientras eso pasaba ninguno de los dos pudimos resistirnos y volvimos a besarnos con ganas, ya sin la contención y la calma que habíamos tenido las veces anteriores.

Sin separarnos entramos en la ducha.

Las manos de Nico acariciaron todo mi cuerpo al igual que las mías el suyo.

Nos separamos para coger aire y Nico quiso volver a besarme, pero me retiré un poco hacía atrás para que no lo hiciera.

Mi mente en esos momentos tenía otros planes, usando la boca, sí, pero no en sus labios.

Me miró extrañado por mi rechazo, pero no le dije nada, solo sonreí y le guiñé un ojo, antes de arrodillarme en el suelo. Al ver mis intenciones soltó un largo suspiro y apoyó las manos en la pared para sujetarse y dejarme hacer.

Cogí su miembro con una mano y empecé a acariciarlo mientras con mi lengua daba largas pasadas por todo el, deteniéndome unos segundos en su punta.

Cuando noté que su excitación iba en aumento me la metí entera en la boca y empecé a mover mi cabeza adelante y atrás de manera enérgica haciendo que su miembro llegara bien profundo hasta mi garganta.

Seguí y seguí, no tenía pensado parar hasta que no terminara.

Pero Nico truncó mis planes.

En un momento dado y sin esperarlo, se retiró hacia atrás y se inclinó un poco para agarrarme por las axilas y levantarme, una vez de pie me aupó para que me enroscara en su cintura.

—Esto va a ser intenso, si te hago daño o no lo quieres así, dímelo —me dijo, entrando en mí, de una sola estocada muy profunda.

—Dale fuerte, yo también lo necesito así.

—Eres perfecta para mí, joder —dijo con la voz entrecortada mientras sus embestidas se volvían cada vez más fuertes y rápidas.

—Somos perfectos juntos.

—Lo somos —me contestó, acelerando más el ritmo.

Siguió.

No paró.

Ya no hubo más palabras entre nosotros hasta que juntos alcanzamos el clímax.

Al acabar me mantuvo en esa misma posición sin salir de mí, mientras recuperábamos un poco el aliento.

Finalmente, me bajó al suelo y tuve que agarrarme a sus brazos para no caerme por lo mucho que me temblaban las piernas, mientras dejaba que el aire entrara lento en mis pulmones para acabar de recuperarme del todo.

Nos enjabonamos en uno al otro, despacio, sin prisas, recreándonos bien en el cuerpo del otro.

Salimos del baño con una sonrisa en la cara que ninguno pudimos ni tampoco quisimos ocultar, y no solo por el momento tan intenso que habíamos vivido dentro de la ducha, sino por lo que estábamos creando juntos.

Nos vestimos en silencio, entre miradas, unas intensas, otras picaras y otras…otras que decían muchas cosas, cosas que ninguno de los dos estaba preparado para decir en voz alta.

Me puse el trikini, una camisola limpia y las mismas sandalias que había llevado desde que subimos al barco.

Salimos del camarote agarrados de la mano y eso me encantó.

Porque por primera vez en mucho tiempo, me sentí bien, pero bien de verdad, era como si antes de esto faltara algo en mi vida y al llegar él, hubiera aparecido la pieza que faltaba para sentirme completa.

Entramos en la zona de la piscina y allí seguía todo igual, todos seguían siendo los mismos, todos, menos nosotros.

Esa mañana cuando entramos por primera vez en esa zona éramos dos, Nico y Elena, totalmente distintos a los que entraban en ese momento. No porque nosotros hubiéramos cambiado, bueno, quizás un poco, sino porque ahora éramos uno solo, o al menos así lo sentía yo.

—Mira quienes aparecen por fin —dijo Álvaro, cuando llegamos hasta ellos.

Marta se giró para mirarme y su sonrisa me lo dijo todo, ella tampoco era la misma, o la situación entre ellos, más bien era otra.

—Bueno, bueno… —me dijo con tonito.

—Ni una palabra.

—¿Yo? Nunca.

—Nunca es siempre —añadió Álvaro.

—Cállate —le contestó, dándole un golpecito en el brazo.

Nico y yo nos sentamos en las sillas que estaban vacías a su lado y pedimos al camarero que pasaba por allí unas bebidas. Una cerveza para él y un coctel sin alcohol para mí.

Ya se me había pasado el dolor de cabeza, pero no quería arriesgarme que por beber alcohol volviera y me fastidiara el resto del día.

—¿Qué tal la siesta?

Sí es que lo sabía, callada no podía quedarse, tenía que hacer la pregunta con toda le intención del mundo la muy capulla.

—Reparadora.

—Se te nota, te brilla la piel, esas sábanas son de lo mejorcito que hay —contestó con ironía.

—A ti también te brillan los ojos y no veo sábanas aquí por ningún lado.

Se hizo un pequeño silencio y entonces, Álvaro, carraspeó.

—Oye, por cierto…

Marta lo miró.

—¿Qué?

—Nada.

—No, no. Ahora hablas —le exigió.

—Que…—sonrió de forma picara —creo que alguien me debe una copa.

—¿Perdona?

—Por lo de antes.

—¿Cuál de antes?

—Sí, por no irme con esas mujeres.

Me contuve la risa.

Si es que no se podía ser más picón que él y encima había encontrado en Marta a la horma de su zapato, porque la otra callada no se callaba nunca, entraba al trapo a todas.

Ya sabía lo que había pasado con las dos mujeres que se habían sentado con ellos. Nico me lo había contado mientras veníamos a la piscina. Como también me contó el besazo de película que se habían dado los dos.

Al ver la cara que puso Marta de; «pero qué coño me estás contando», no pude contenerme más y solté una carcajada.

—Eres increíble —le dije, sin parar de reír.

Marta le miró y se cruzó de brazos fingiendo un enfado que realmente no sentía.

—Eres idiota.

—Pero me he quedado.

—Porque no te quedaba otra.

—No, porque quiero ser solo tú idiota.

Cuando le contestó eso vi como Marta hasta se ruborizaba, pero solo fue un momento muy fugaz.

Se hizo un pequeño silencio y los dos se miraron con intensidad y entonces lo supe, no solo habían tenido un momento de arrebato cuando se habían besado, no, ahí había pasado mucho más, aunque ninguno le hubiera puesto nombre todavía, pero no tardarían en hacerlo.

Era el destino.

Me giré ligeramente hacia Nico y le susurré.

—¿Lo ves?

Asintió sonriendo.

—Sí.

—Son perfectos juntos —añadió.

—Lo son —dije, estando de acuerdo con él.

—Nosotros también lo somos.

—Sí —le contesté, antes de acercarme a él y dejarle un suave beso en los labios.

El resto de la tarde la pasamos entre besos, risas, bromas, comentarios absurdos y los piques que se traían entre ellos Marta y Álvaro, que hasta nos hicieron llorar de la risa.

Pero, sobre todo, hubo miradas.

Entre ellos.

Entre nosotros.

Entre nosotras.

Entre todos.

Se acercó la hora de la cena y Marta sugirió ir a cenar sushi, todos estuvimos de acuerdo.

Cuando me fui a bajar de la silla, de repente todo giró ligeramente, fue una sensación, como un mareo, nada fuerte.

Parpadeé y pasó enseguida.

—¿Todo bien? —preguntó Nico.

Sonreí para que se quedara tranquilo.

—Sí

Y lo dejé ahí. No iba a estropear aquello por un simple mareo, ni de broma.

La cena fue simplemente perfecta, llena de más risas, de complicidad y de momentos único que fueron para grabarlos. Como cuando Álvaro le dio de comer a Marta un trozo de sushi, haciendo con los palillos el sonido de un avión, como si estuviera alimentando a un bebé.

Después de cenar y para bajar la cena, decidimos pasear por cubierta.

Ya casi a medianoche todos estábamos cansados del día tan intenso que habíamos tenido y quisimos retirarnos a descansar.

Al llegar al pasillo que llevaba a los camarotes, Nico, me frenó para que me detuviera y me miró directamente a los ojos.

—¿Te vienes conmigo esta noche?

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

—¿A qué?

Sonrió.

—A dormir.

Levanté una ceja.

—¿Solo dormir?

—Solo dormir —repitió —. No quiero separarme de ti.

Y eso fue, madre mía, fue simplemente perfecto.

—Vale.

La sonrisa que puso cuando acepté no podría olvidarla en la vida, no solo era bonita, porque esa la tenía siempre, fue una sonrisa llena de promesas.

Esa noche fue distinta a cualquiera que yo había pasado con otros hombres, que tampoco es que fueran muchas, no vamos a engañarnos.

En ella no hubo prisas.

No hubo urgencia.

Solo fuimos él y yo haciendo el amor despacio, entregándonos en cuerpo y alma el uno al otro, porque sí me pidió solo dormir, pero nada más meternos en la cama fue inevitable que no volviéramos a sentirnos.

Y al terminar… entonces sí, nos abrazamos y así fue como dormimos toda la noche, sin separarnos en ningún momento el uno del otro.

Capítulo 25



Nicolás

Me desperté antes que ella.

No porque quisiera.

Sino porque algo dentro de mí, me dijo que no podía perderme ese momento. Ese en el que ella abría los ojos aún abrazada a mí y me dedicara la primera sonrisa del día.

La tenía entre mis brazos y podía notar su respiración en mi piel. Era suave, calmada, al igual que lo estaba ella. Tranquila y en paz, así estaba. Y bonita, bonita no, preciosa, esa era la palabra.

Y no porque yo lo pensara porque estaba… no, aún no pude decirlo en voz alta, aunque mi cabeza y mi corazón lo tenían muy claro.

Era preciosa para todos los ojos que la miraran.

Su pelo castaño con reflejos rubios le llegaba un poco más debajo de los hombros en suaves ondas, esas que no se hacía ella, sino que le salían naturales.

Su cara era totalmente perfecta, con una nariz chata salpicada por unas pecas que le daban un toque pícaro que me encantaba.

Sus labios, esos que tanto me gustaba besar eran gruesos, pero no en exceso.

Y sus ojos, ay, sus ojos, esos podían enamorar a cualquiera. De un color miel con motitas verdes salpicadas que solo las veías si estabas lo suficientemente cerca como yo había tenido la suerte de estar.

Pero lo mejor era el brillo que tenían, ese que aumentaba cuando llegaba al orgasmo y estaba contenta de verdad.

Su cuerpo estaba hecho para el pecado, siempre lo había pensado, desde la primera vez que le había visto en los juzgados. Pero ahora que había tenido la suerte de verla sin esos trajes elegantes que se ponía para los juicios, bueno sin trajes y sin nada, desnuda completamente, pude confirmar mi teoría de que cualquier hombre podría perder la cabeza por ella.

Como me había pasado a mí.

Y encantado estaba de que así fuera.

Su respiración seguía siendo suave y acompasada mientras la seguía mirando, y su cuerpo encajaba perfectamente con el mío, como si siempre hubiera estado ahí.

Bajé la mirada.

Un mechón de su pelo le caía sobre la cara, lo aparté con cuidado para no despertarla, pero lo hice y me maldije por ello.

Sus pestañas se movieron y unos segundos después abrió los ojos.

Elena no habló.

Yo tampoco.

Solo nos miramos.

Y con eso fue más que suficiente.

—Buenos días —murmuró, todavía medio dormida.

—Buenos días —le contesté, a la vez que me inclinaba un poco para dejarle un suave beso en la frente.

Sonrío, y ese gesto tan simple me desarmó, porque justo en ese momento, lo que más me gustaría en el mundo, lo que más deseaba, era ver era sonrisa todos los días del resto de mi vida.

—¿Llevas mucho despierto?

—Lo justo para darme cuenta de que no quiero moverme.

—Yo tampoco —contestó, pegándose un poco más a mi cuerpo.

A continuación, silencio, pero de esos que no pesan, sino de esos que se sienten.

Se acercó un poco más, lo justo para rozar sus labios con los míos y darme un beso suave, lento, sin prisa, como si el tiempo pudiera esperar. Y por primera vez yo también quise que lo hiciera.

—Tenemos excursión —susurró contra mi boca.

—Podemos perderla.

—Ni de broma.

Reí por lo bajo contra su pelo.

—Vale, tienes razón.

—Siempre la tengo.

—Eso está por ver «Loba».

—Ni se te ocurra empezar «Príncipe» o me haré un collar con tu corona —me advirtió, aunque se rio bajito.

Unos cuantos besos y caricias después nos levantamos.

La ducha fue rápida esa vez, aun teníamos que bajar a desayunar y estar a la hora acordada para la excursión, además de que habíamos quedado con Álvaro y Marta en unos de los restaurantes que tenían buffet para desayunar con ellos.

Mientras nos vestíamos, ella con la misma ropa del día anterior, ya que no caímos en ese detalle y podía haber cogido ropa limpia y así en ese momento no tendría que ponerse esa y en unos minutos otra. Las miradas incendiarias entre los dos fueron y vinieron en ambos sentidos y con una intensidad extrema.

—Luego —murmuré.

Ella me miró fijamente y asintió dándome a entender que había comprendido perfectamente lo que le había querido decir con eso.

—Voy a cambiarme —dijo, ya en la puerta.

—No tardes, no quiero tener que echarte de menos.

—No prometo nada —me contestó, guiñándome un ojo antes de salir.

Cuando me quedé solo me senté unos segundos en la cama, pensando en todo.

En ella.

En lo fácil que estaba siendo todo, y en lo complicado que podía volverse en cuanto volviéramos a Madrid, en cuanto mis padres se enterasen. En lo difícil que iba a ser lidiar con ellos, y a saber que harían contra los dos, sobre todo contra ella, cuando supieran que estábamos juntos.

Juntos.

Que bien sonaba.

Pensé en Álvaro y en Marta, en la bonita historia que estaban también construyendo juntos y sentí una punzada de envidia en mi interior, por lo fácil que ellos lo iban a tener y lo libres que eran para gritar a los cuatro vientos lo que sentía el uno por el otro sin que nadie, y encima de su propia sangre quisiera arruinárselo.

El sonido de un mensaje me sobresaltó.

No me hacía falta mirar quien era la persona que me mandaba un mensaje a las ocho y media de la mañana, porque ya me podía imaginar que sería la misma que el día anterior me había mandado al menos cinco y que no había contestado a ninguno de ellos.

También me había llamado dos veces, llamadas que también ignoré.

Miré la pantalla y suspiré, pues sí, sí qué era él.

Mi padre.

Cogí el móvil y al desbloquearlo vi que no me había equivocado al menos en parte. Sí qué era mi padre, pero no era un mensaje de texto sino de voz.

Me tumbé de espaldas en la cama y le di a reproducir, solo esperaba que no me tocara mucho los cojones. Me había levantado de muy buen humor y no quería ponerme de mala hostia tan temprano por su culpa.

—¡Nicolás! ¿Qué cojones te pasa? ¿Por qué no contestas mis mensajes ni me coges las llamadas? Espero que sea porque estás muy ocupado follándote a esa zorra, porque como no sea así ya sabes lo que pasará cuando vuelvas. Destrózala.

»Si quieres ser el mejor es la única manera de hacerlo. Si lo haces bien, se quedará tan hundida que cuando volváis a los juzgados no sabrá ni en que silla tienen que sentarse los testigos. Hazlo, y contéstame a los mensajes para ponerme al día de tus progresos, no te atrevas a ignorarme.

Cuando el audio acabó dejé caer el móvil de mala manera encima de la cama, aunque lo que de verdad me hubiese gustado hacer era estamparlo contra la pared.

Rechiné los dientes con tanta fuerza, que poco más y me los habría roto.

Ya no era solo que me exigía que le contara mis avances, no, es que el muy cabrón se había atrevido a amenazarme, y lo peor de todo y lo que más de cabreaba y dolía era la manera que tenía de hablar de Elena, con ese odio y ese despreció.

En ese momento me di cuenta de que Álvaro tenía razón, tenía que hablar con Elena y explicarle todo desde la calma, con sinceridad, abriéndome en canal con ella.

Y lo haría, no en unos minutos, pero sí antes de que acabara el día, por la noche cuando los dos nos quedáramos solos.

¿Tenía miedo a qué no me creyera y a que me mandara a la mierda?

Pues sí, estaba aterrado pensando que eso podía pasar y que podría perderla, pero también sabía que cuanto más tardara en decírselo peor sería.

No, no podía seguir dejándolo pasar, tenía que contárselo y cuanto antes mejor.

Decidí que, a mi padre, le iría dando largas durante el tiempo que durara el viaje y cuando volviéramos a Madrid, solo entonces, me enfrentaría los dos y les diría bien claro que mi vida era mía y que pensaba vivirla como me placía.

Que elegiría a la mujer que me diera la gana para pasar el resto de mi vida con ella. Les diría que, si no estaban de acuerdo, pues sintiéndolo mucho si era así, ellos, no tendrían cabida en ella.

Cogí el móvil de la cama donde había quedado tirado y abrí el chat con mi padre.

Leí los cinco mensajes que me había enviado la tarde anterior y vi que venía a decir más o menos lo mismo que me había dicho en el mensaje de voz.

Nicolás: *Todo va bien.*

Así de escueta fue mi respuesta, y con eso esperaba que me dejara en paz al menos ese día.

Me guardé el móvil, cogí la llave del camarote y me fui a desayunar.

Capítulo 26



Nicolás

Entré en el restaurante y eché un vistazo rápido, en una de las mesas más apartadas ya estaba Álvaro sentado, bebiendo despacio una taza de café y concentrado leyendo algo en el móvil, seguramente las noticias.

Eso era algo que solía hacer mientras se tomaba el primer café de la mañana.

Me pasé por la gran barra de desayunos para coger también un café y tomármelo con él, mientras esperábamos a las chicas para servirnos todos juntos el desayuno.

Notó mi presencia en cuanto me acerqué a la mesa y despegó la mirada del móvil para mirarme.

—Buenos días, Romeo, ¿dónde dejaste a tu Julieta?

—No empieces —le dije, aguantando la risa.

—¿Qué tal la noche?

—Dormí.

—Claro como todos, la noche se hizo para eso —contestó con ironía.

—¿Y tú has dormido? Porque la cara de sueño que me llevas me dice que no mucho.

Sonrió de medió lado de manera fanfarrona y me guiño un ojo.

—Lo suficiente, pero no tengo queja alguna.

No seguimos hablando porque en ese momento llegaron ellas. Primero Marta y detrás de ella, Elena, que venía guapísima con un vestido de tirantes blanco con florecitas muy pequeñas y unas sandalias planas blancas también haciendo juego.

Se acercaron a nosotros y lo primero que hicieron fue darnos un beso a cada uno.

—Estás guapísima, y yo que pensé que los trajes te quedaban bien, pero esto ya es otro nivel.

—Tú también estás muy guapo, pero como te quedan los pantalones del traje que te hacen un culo espectacular, no hay nada —me susurró para que solo la oyera yo.

—Así que la «Loba» se fijaba en mi culo, ¿eh?

—Todos y cada uno de los días, aunque procuraba hacerlo al terminar el juicio para que no me desconcentraras, aunque cuando interrogabas a los testigos y estabas de espaldas se me iban los ojos solos.

—Vaya, vaya, muy mal letrada, en la sala hay que estar concentrada y no pendiente del culo de cualquiera.

—De cualquiera no, del tuyo —me contestó, antes de darme un pequeño azote en el trasero.

—Lobita, eso no ha estado bien, lo mismo a la noche te lo devuelvo mientras te tengo a cuatro patas en la cama —le susurré, mientras le dejaba un pequeño mordisco en el cuello.

—Espero que eso sea una promesa y no un simple comentario que se queda en el aire.

—Elena, si quieres ir a la excursión para, o te cargo a hombros y no salimos de la habitación en todo el día.

—Hum, muy tentador eso, «Príncipe» —me dijo, antes de dar la vuelta y marcharse riendo hacía la mesa de los desayunos.

Me la quedé mirando como caminaba moviendo las caderas de forma exagerada para tentarme y riendo negué con la cabeza.

Esta mujer iba a ser mi perdición, pensé.

La seguí hasta la barra de los desayunos al igual que hicieron Marta y Álvaro y todos cogimos bastantes cosas, ya que todo tenía una pinta buenísima.

Desayunamos entre bromas y risas y unas cuantas pullas que volaron en todas direcciones, picándonos unos a otros.

A la hora acordada, todos los que íbamos a bajar del barco para ver la ciudad, nos reunimos en el hall.

Había dos maneras de ver la ciudad y recorrer sus calles o ver todo lo que quisiéramos. Una era ir con el guía que ponía el barco, ya que te enseñaba los sitios más emblemáticos y explicaba cosas de la ciudad. Y la otra era ir por libre y ver lo que quisieras a tu ritmo.

Entre los cuatro decidimos que era mejor la segunda opción, así podríamos ir a nuestro rollo y comer a la hora que quisiéramos y para volver al barco lo mismo.

La parada del barco era Marsella y allí era donde estábamos.

Nada más bajar del barco y adentrarnos en la primera calle de la ciudad el aire cambió.

—Huele diferente —dijo Elena.

—A libertad —añadió Marta.

—A croissant —corrigió Álvaro.

—Eres básico —le replicó.

—Pero feliz.

Caminamos por el puerto, barcos, gente, calles llenas de vida, y nosotros cuatro entre todo eso como si estuviésemos viviendo un sueño lejos de todas las preocupaciones, los juicios, las noticias y las malas decisiones.

—Foto —dije.

—Otra más no —protestó Elena.

—Sí.

Necesitaba fotografiar todo lo que estábamos viviendo para no tenerlo solo en mi cabeza y poder mirarlas bien cuando todo acabara por si se me había pasado algún detalle.

Me acerqué a ella y la rodeé por la cintura para pegarla bien a mí.

—Sonríe lobita, deja los aullidos y las protestas para esta noche —le dije, antes de darle un suave beso en los labios y otro en la punta de la nariz.

—¿Me vas a hacer aullar mucho? —me preguntó coqueta.

—Hasta que te quedes afónica o me pidas que pare.

—¡Chicos!

Marta alzó la voz y cuando la miramos, clic, otra foto más para la colección.

Seguimos caminando, metiéndonos por muchas callejuelas que eran el alma de la ciudad porque a ellas los turistas no solían ir, al no ser lo más conocido y no sabían lo que se perdían porque ahí era precisamente donde estaba el corazón de la ciudad.

Subimos a un mirador que tenía unas vistas espectaculares y donde incluso Elena, que no era muy dada a hacerse fotos pidió unas cuantas para el recuerdo.

En una de esas callejuelas había un montón de puestos con cosas artesanales, todos nos perdimos entre ellos, mirando y admirando las cosas tan bonitas y originales que tenían.

Me giré para mirar en cual estaban todos, ya que me había quedado un poco rezagado y al levantar la vista lo vi.

Un pequeño puesto.

Nada llamativo, pero tenía algo que llamaba la atención, algo que te atraía a él sin remedio.

Sin poderme resistir caminé los pocos pasos que me quedaban y me quedé mirando las cosas que tenía con atención.

Pequeñas pulseras hechas a mano, sencillas, pero todas decían algo o lo pretendían. Me fijé en una en concreto y supe que era perfecta.

Dos hilos.

Uno rojo.

Otro negro.

La toqué con los dedos; su tacto era suave y aun siendo sencilla, los dos hilos entrelazados sin principio ni fin la hacían única y especial.

—¿La quiere señor? —me preguntó el vendedor.

—Sí, deme dos iguales.

El vendedor me las dio, le pagué y con ellas en la mano fui hasta donde estaba Elena, en un puesto mirando unos pendientes.

—¿Dónde estabas? —me preguntó, cuando me puse a su lado.

—Dame la muñeca.

—¿Qué…?

No la dejé terminar, yo mismo levanté su mano y le coloqué la pulsera que le quedaba perfecta.

—Nico… —dijo emocionada.

—Dicen que el rojo es por lo que sientes —murmuré —y el negro por lo que no dices.

Me miró con los ojos brillantes y vi como tragaba saliva.

—Entonces es perfecta.

—Eso he pensado.

Se quedó unos segundos en silencio mirándola mientras con su otra mano la acariciaba y sonreía.

—No me la voy a quitar.

—Más te vale.

Saqué la otra pulsera y se la ofrecí para que fuera ella quien me la pusiera. Si al ver la suya se había emocionado, cuando vio que había cogido otra igual para mí, ahí ya oí como contenía la respiración y se aguantaba las ganas de ponerse a llorar.

Al igual que yo había hecho, me la puso y al terminar la acarició como hizo con la suya y volvió a mirarme a los ojos.

—Ni tú —me dijo, para que yo tampoco me la quitara.

—No pensaba hacerlo.

—Sí alguno de los dos se la quita es porque ha dejado de sentir —añadí.

—Entonces, me enterraran con ella —me contestó muy segura.

No dijimos nada, ya estaba todo dicho por parte de los dos, lo que hicimos fue sellar esa promesa con un beso.

El resto del día fue fácil.

Risas, fotos robadas, miradas robadas, paisajes increíbles, compras absurdas y otras no tanto… Probamos los platos típicos de la ciudad en un restaurante pequeño, pero con mucho encanto.

Hubo momentos mágicos, otros pequeños, pero importantes, de esos que sabes que vas a recordar para siempre.

Cuando llegamos al barco estábamos cansados, pero felices.

—Necesito una ducha —dijo Marta.

—Y yo, contigo —añadió Álvaro

—¿Qué os parece si cogemos la comida que ofrecen para llevar y cenamos en una habitación los cuatro? —propuso Elena.

—Por mí perfecto, hoy tengo demasiadas cosas bonitas en la cabeza como para que un espagueti enroscado en un pezón o una minga rozando la tela de un mantel me lo jodan —contesté y todos se echaron a reír.

—Pues ya tenemos plan —dijo Marta.

—En la nuestra que es más grande —dijo Álvaro.

Todos asentimos estando de acuerdo con él.

—Nos vemos en un rato —dijeron los dos, antes de perderse por el pasillo en dirección al camarote de Marta.

Elena hizo amagó de marcharse, pero en el último momento pareció pensárselo mejor y se giró para mirarme.

—¿Te vienes esta noche? —me preguntó.

—¿A dormir?

—A no separarme de ti.

Sonreí.

—Pensaba pedírtelo yo, eso y algo más.

—Pues me he adelantado.

—Siempre lo haces.

—Casi siempre —puntualizó.

—¿Qué más pensabas pedirme? —preguntó curiosa.

—Que no queremos separarnos lo tenemos claro los dos, y estar yendo y viniendo de una habitación a otra es un engorro. Coje tus cosas y vente a la mía, por favor —sonó a ruego, pero me dio igual.

Se quedó un segundo pensando, dos, pero no llegó al tercero, me miró y supe por el brillo de sus ojos y su sonrisa que ya tenía una decisión tomada.

—¿Me ayudas ahora a llevar las cosas?, así puedo ponerme la ropa limpia cuando nos duchemos.

—Ya estamos tardando —contesté.

La agarré de la mano y tomé la dirección de su camarote yendo más deprisa de lo que pretendía, haciéndola reír al ver mis ansias por que se mudara conmigo a mi habitación.

Media hora después los dos entramos en mi habitación con las dos maletas de Elena.

Entre los dos colocamos todos en el armario, la mesilla y el baño y al terminar, como me había dicho, nos duchamos juntos y ya de paso en la ducha dimos rienda suelta a la pasión que ambos sentíamos.

Capítulo 27



Elena

La propuesta de Nico fue inesperada, pero no por ello menos tentadora.

Dudé, claro que no hice, porque mudarme a su habitación era dar un paso enorme, pero esa duda solo estuvo en mi cabeza un par de segundo.

Acepté, por supuesto que lo hice.

Nico vino conmigo a la habitación y me ayudó a recoger todas mis cosas, entre los dos no tardamos nada en meter todo en mis dos maletas y media hora después estábamos ya en su habitación volviendo a sacar todo para colocarlo donde correspondía.

No habíamos acabado de colocar las últimas cosas cuando Marta y Álvaro ya duchados aparecieron en la habitación.

No se sorprendieron de lo que estábamos haciendo, ya que nos dijeron que ellos al día siguiente tenían pensado hacer lo mismo, aunque sería Álvaro el que se mudaría a la habitación de Marta.

Para cenar pedimos que nos trajeran hamburguesas para todos, patatas con beicon, queso para picar y unos refrescos.

La cena como todas las veces anteriores que nos habíamos juntado para comer estuvo llena de risas, bromas por parte de Álvaro y las pullas de Marta hacía todos, esas nunca faltaban y eran las que nos hacían reír a carcajadas.

Después de cenar salimos a la terraza que tenía la habitación y con una copa en la mano nos sentamos tranquilos a disfrutar de la maravillosa noche que se había quedado, charlando mientras oíamos el sonido de las olas y disfrutábamos de la brisa.

Todos menos yo, se tomaron tres copas.

Y no lo hice porque no me apeteciera, sino porque el dolor de cabeza había vuelto, no de esa manera martilleante de la última vez, pero sí un poco molesto.

No les dije nada a ninguno para no preocuparlos, bastante tenía con estarlo yo, porque empecé a pensar que tantos días la cabeza dándome guerra no era normal, cuando yo era una persona a la que no solía pasarle eso nunca.

Ni siquiera solía dolerme la cabeza cuando tenía resaca.

Y si encima a esos dolores les sumábamos que en al menos tres ocasiones había notado como se me nublaba la vista como si me mareara, pero sin llegar a hacerlo, mi preocupación fue en aumento.

Decidí que en cuanto llegara a Madrid iría a hacerme un chequeo, pero hasta que llegara ese momento, seguiría sin decirles nada a ninguno, pasaría esos días como fuera y sin quejarme, tenía analgésicos de sobra y si no me llegaban, en el barco había médico, si se diera el caso de que necesitara más iría a pedírselos.

Antes de la media noche todos estábamos cansados de las caminatas que nos habíamos dado por Marsella, así que dimos la velada por finalizada.

Marta y Álvaro se despidieron y agarrados el uno al otro se marcharon a descansar.

Nada más cerrar la puerta se hizo un silenció enorme.

Me quedé unos segundos de pie mirando la puerta por la que se habían ido y cuando me giré y miré a Nico, supe que algo no iba bien.

No hizo falta que hablara, su cuerpo lo hacía por él.

Ya no estaba relajado como lo había estado hasta que se habían ido nuestros amigos, ni tampoco sonriente como había estado todo el día.

Estaba tenso, mucho, y serio, demasiado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No contestó al instante.

Dio varios pasos por la habitación mientras se pasaba la mano por el pelo y eso empezó a preocuparme.

—Necesito decirte algo.

Mi estomago se encogió y por instinto me llevé las manos a él y las crucé, agarrándome mi propio cuerpo.

—Vale —susurré

Negó levemente y dudó un par de segundos como si no supiera como empezar a hablar o como si estuviera escogiendo las palabras adecuadas.

—Pero…

Tragó saliva antes de continuar y verlo hacer eso hizo que mis nervios se crisparan todavía más.

—Déjame terminar antes de decir nada, por favor.

Ahí supe que lo que venía no iba a ser bueno, sino todo lo contrario, algo muy malo había pasado o algo que no me iba a gustar ni un pelo tenía que decirme.

—Te escucho.

El silencio que vino después fue peor que cualquier palabra, de esos que parece que te arrastran a un abismo para tirarte sin pensar en él.

—Yo… —empezó, pero se detuvo.

—Joder…

Mi corazón empezó a latir con fuerza porque desde que lo conocía nunca le había visto en ese estado de nerviosismo, nunca.

Nico era todo contención, en los juicios, y mira que los habíamos tenido difíciles, nunca perdía los papeles, nunca se alteraba o se ponía nervioso. Siempre contenía sus emociones, era la calma personificada y, joder, verlo en ese estado me tenía totalmente descolocada, porque eso quería decir que era muy gordo lo que tenía que contarme.

—Nico… —le rogué con la mirada que siguiera hablando.

—Estoy aquí por ti.

Parpadeé porque no entendí a qué venía ahora eso.

—Ya bueno, eso es bastante evidente.

—No —negó —, no en ese sentido.

Algo dentro de mí algo se rompió un poco.

—¿Entonces?

Cerró los ojos un momento como si necesitara reunir fuerzas para continuar.

—Mis padres…

Con decir eso me bastó para saber que si sus padres estaban involucrados era peor de lo que pensaba.

—Sabían que ibas a estar aquí.

—¿Qué?

—Me hicieron, o me obligaron más bien a investigar donde ibas a ir de vacaciones —apretó le mandíbula —. Querían que me acercara a ti.

Sentí el golpe, directo, sin rodeos, y fuerte.

—¿Para qué? —le pregunté a media voz.

La verdad es que no quería saberlo porque ya intuía que me rompería del todo, pero la necesidad de saber me ganó la partida, por eso le pregunté.

—Para seducirte.

Dijo, soltándolo de golpe.

Mis pulmones por un momento se quedaron sin aire y tuve que coger una gran bocanada para poder volver a hablar.

—¿Perdón?

—Querían que me acostara contigo, que te enamorara. Que…—su voz se rompió un poco —te desestabilizara.

—¿Con qué fin?

—Para que cuando volviéramos a los juzgados en septiembre estuvieras perdida, dolida, desestabilizada y no me ganaras más. Para volver a ser el imbatido. Si tú no volvías a ganarme, yo volvería a ser el mejor.

Di un paso atrás.

—No…

—Sí.

—No —repetí —, no me jodas Nico.

—Ojalá no fuera verdad.

Me llevé una mano a la cabeza y retrocedí otro paso, me estaba rompiendo más y más con cada palabra que decía.

—Esto no puede estar pasando —dije, más para mí, que para él.

—Elena, escúchame.

—¿Todo esto? —nos señalé a los dos —¿Todo esto era parte de un plan?

—No.

—¿Seguro? Porque es lo que me ha parecido entender.

—Sí.

—¿Y cómo mierda se supone qué tengo que creerte?

Silencio.

Otra vez.

Uno de esos que duelen, que rompen, que golpean.

—Porque no lo hice.

Lo miré y fruncí el ceño, ya no solo estaba dolida, sino también cabreada. Porque me sentía engañada y no solo eso, también usada.

—Podías haberlo hecho.

—Pero no quise.

—Pero viniste.

Eso…eso sí qué le dolió, lo vi claramente en sus ojos.

—Sí —admitió —, vine.

—Claro que viniste.

—Pero en cuanto te vi…

—No —le corté —, no intentes arreglarlo o justificarte.

Me di la vuelta, no podía ni mirarlo, porque en ese momento supe cuál era esa sensación que la gente dice de cuando te rompen el corazón.

—Tenías razón en venir —añadí con amargura —. El plan era perfecto. Vacaciones, ahí bajaría la guardia. Un barco, sin posibilidad de escapar o evitarte. El alcohol y si era mucho haría su parte y todo sería más fácil.

—Elena…

—¿Cuánto tiempo pensabas mantenerlo? —Me giré de golpe.

—¿Hasta qué te cansaras? ¿Hasta que volviéramos a Madrid? ¿Hasta que vieras que ya estaba lo suficiente enamorada, para que romperme fuera más fácil?

—Nunca.

—¿Nunca? —pregunté, soltado una risa amarga.

—Nunca iba a hacerlo.

Lo dijo con una firmeza que me hizo dudar, y eso fue peor que no creerlo.

—No sé si creerte.

—Créeme en esto —dijo, dando un paso hacía mí.

—En cuanto te vi, se acabó.

—Muy conveniente.

—Muy real.

Nuestras miradas chocaron, y nos miramos fijamente sin apartar la mirada ni un solo segundo.

—No puedo creer que hayas venido aquí por eso.

—Yo tampoco —susurró —y me odio por ello.

Al decir eso, algo cambió. Porque no había ni una pizca de arrogancia en su voz, ni tampoco chulería, solo había culpa.

—Tenía dudas desde el principio —continuó.

—No quería hacerlo, sabía que estaba mal, pero…—rio sin humor — llevo toda la vida haciendo lo que esperan de mí, lo que ellos planificaron para mí. Me criaron para ser el mejor, para que el apellido Valcárcel brillara sin importar a quien tuviera que pasar por encima.

—Y entonces llegué yo y jodí todos los planes ganándote.

Asintió.

—Y cuando hay una piedra en el camino, ¿qué se hace? Intentar quitarla de en medio de la manera que sea.

Volvió a asentir.

—¿Así es cómo llevas toda la vida haciendo las cosas?

Tercer asentimiento.

—Pero esta vez no pude.

—¿Por qué?

No dudó, ni siquiera una décima de segundo, contestó con rapidez.

—Por ti.

Fue una respuesta demasiado directa, demasiado clara.

—Eso no lo arregla.

—Lo sé —dijo con pesar.

—Pero es la verdad —añadió.

Mi corazón seguía yendo demasiado rápido, y mi garganta estaba tan seca que parecía que había comido un kilo de tierra.

—No me perdones si no quieres, pero no me dejes sin decirte esto.

Dio dos pasos más hacia mí.

—Lo que está pasando entre nosotros no es mentira.

Mis ojos no se habían apartado de los suyos, y en ellos pude ver que no mentía y eso me estaba rompiendo más que si todo hubiera sido una puta mentira.

El aire se quedó suspendido entre nosotros.

—No ha sido aquí, no ha sido en este barco, lleva años pasando.

Mi corazón se saltó dos latidos al oírlo.

—Solo que —sonrió con tristeza —, no me había permitido sentirlo, era imposible que me enamorara de mi mayor o mi única rival, pero pasó.

Negué levemente, porque, joder, nunca pensé que me diría que estaba enamorado de mí, justo después de confesarme que había ido detrás de mí para destruirme.

—Nico…

—Te quiero.

Me lo dijo así, sin adornos, sin defensa, directo, pero con miedo y amargura en la voz.

—Y sé qué no tengo derecho a pedírtelo, pero no me apartes por algo que no te hice.

El silencio fue brutal, pesado, doloroso.

Y entonces hizo algo que me dejó totalmente helada y clavada en el sitio.

Se arrodilló delante de mí, y alzó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Perdóname.

—Nico, levántate —le pedí con la respiración entrecortada.

—No —negó —, hasta que no me escuches de verdad.

—Ya te he escuchado.

—No —insistió —, escúchame.

Me quedé mirando sus ojos y lo vi todo. Fue como si allí estuviera todo lo que estaba sintiendo en ese momento y hubiera abierto una ventana de par en par para que yo lo viera. Había miedo, culpa, dolor, pero, sobre todo, había verdad.

—No soy ese hombre, no quiero serlo, no contigo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas sin poder evitarlo porque dentro de mí, estaba sintiendo su dolor al hablar.

—No me dejes por algo que ni siquiera llegué a hacer, por favor.

Ese ruego me acabó de romper del todo.

Y entonces di un paso y otro, los justos que me quedaban para estar frente a él.

—Eres idiota.

Parpadeó para que las lágrimas que estaba aguantando no salieran de sus ojos.

—Lo sé —susurró.

—Un completo idiota.

—También.

Negué.

—Pero eres mi idiota.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa y abrió la boca para hablar, pero tuvo que hacer varios intentos para conseguirlo.

—¿Eso es un sí?

No le respondí con palabras. Me arrodillé frente a él y le besé.

Y volqué en ese beso todo lo que llevaba dentro: el miedo, la rabia, el dolor, pero también el alivio, todo lo que sentía, todo lo que me había roto, todo lo que quería que desapareciera.

—Te odio un poco —le dije cuando nos separamos.

—Me lo merezco.

—Pero te quiero más.

Volvimos a besarnos esa vez ya sin miedos, sin mentiras, sin planes, solo con el amor que ambos sentíamos el uno por el otro.

—Yo también tengo algo que confesar.

—¿El qué? —me preguntó con miedo.

—Llevó enamorada de ti desde la primera vez que te gané.

La sonrisa que apareció en su cara me calentó el corazón. No me dijo nada, solo me cogió en brazos y me tumbó en la cama para hacerme el amor.

Capítulo 28



Nico

Desperté antes que ella.

Otra vez. Como llevaba haciendo desde que aceptó mudarse a mi habitación para compartir juntos, no solo los días sino también las noches.

Pero esta vez no fue por querer alargar el momento, fue porque sabía que se acababa.

Estábamos a un día de llegar a Barcelona, las dos semanas se habían pasado más deprisa de lo que todos hubiéramos querido, pero el tiempo es de las pocas cosas que no se puede detener, solo disfrutar, aprovechar y no dejar pasar sin vivirlo al máximo.

Elena dormía a mi lado, apoyada en mi hombro como le gustaba hacerlo, y a mí que lo hiciera. Estaba tranquila, en paz, como si nada pudiera romper aquello. Como si el mundo no existiera esperándonos fuera.

Bajé la mirada hacía ella.

Tenía el pelo desordenado, los labios entreabiertos, era preciosa, no solo en ese momento, no, siempre lo era, y no solo por fuera, sino también por dentro.

La conocía desde hace años en su faceta de «Loba» en cómo se movía en los juzgados como si esa fuera su casa, en la que se sentía cómoda.

Pero durante el crucero me había permitido conocer esa otra parte que yo imaginaba en mi cabeza que era buena, pero lo que había descubierto conociéndola era mucho mejor, era maravillosa, no podía describirla de otra manera.

Esa Elena que me había mostrado sin esconder nada, sin filtros, abriéndose totalmente a mí, era: divertida, empática, con carácter, aunque eso ya lo sabía, cariñosa y no solo conmigo, sino con nuestros amigos, pasional y en la cama una autentica loba cuando tocaba y una cachorrita dócil cuando el momento lo precisaba.

Sí tuviera que definirla en una sola palabra tenía claro cuál sería.

Perfecta.

Volví a mírala y sentí algo en el pecho, algo que no era miedo, era peor. Era la certeza de que no quería perder eso.

Cerré los ojos un segundo, y los recuerdos empezaron a llegar.

Todos.

El primer día, el impacto de verla, la sorpresa en su cara. Esa mezcla de tensión y atracción que siempre había estado ahí, pero que nunca había explotado así.

La piscina, su cara al verme delante de ella, mirándola embobado, su sarcasmo.

—Mis ojos están aquí, ¿sabes?

Sonreí solo al recordarlo.

Otra imagen llegó de pronto, en la tienda, Álvaro haciendo el ridículo con aquellos tangas imposibles, Marta riéndose sin control. Y Elena mirándome como si ya entonces hubiera algo más.

Recordé todas las ciudades que habíamos visitado, unas más especiales que otras, una más bonitas, otras no tanto, pero de todas nos llevábamos recuerdos inolvidables.

Roma, Palermo, Túnez, Malta, Ibiza… y unas cuantas más.

Pero sin duda había una para mí que era especial porque allí empezamos a demostrar y a dejar salir sin miedo lo que sentíamos.

Marsella, sus calles, la pulsera, ese era uno de los más importantes para mí.

Instintivamente me miré la muñeca y miré la de Elena que descansaba en mi cintura. Allí estaban las dos pulseras, intactas, eran sencillas, pero para nosotros una promesa de futuro.

El hilo rojo, el negro: lo que sientes, lo que no dices.

Apreté ligeramente la mano, porque ya no quedaba nada por callar, o eso creía.

Recordé las conversaciones, las de verdad, las que no se ven. Las que tuvimos de madrugada mientras estábamos tumbados con nuestros cuerpos entrelazados en la cama después de haber hecho el amor o haber tenido sexo más salvaje.

Hablamos de su infancia, de cómo había llegado hasta donde estaba, de lo mucho que le había costado todo, de los trabajos mal pagados y con horarios imposibles que había hecho para conseguir el dinero para pagarse la carrera y poder vivir mientras se mataba a estudiar.

—*Nadie me regaló nada, nadie* —me dijo.

Y no fue como lo dijo, sino la forma en la que lo dijo, con orgullo, pero también con cicatrices.

Levanté la mirada al techo y pensé en mí.

Yo lo había tenido todo y, aun así, nunca había sido libre.

También hablamos de mí, de mi amistad con Álvaro, mi hermano, porque así lo sentía, esa se remontaba a nuestros primeros años de vida, cuando nos conocimos en la guardería y desde entonces esa amistad aún seguía inquebrantable, única, siempre el uno para el otro.

De mis padres, de lo que esperaban, de lo que exigían, de lo que ordenaban.

—*No sé quién soy sin todo eso* —le dije.

—*Pues tendrás que descubrirlo* —me contestó, así, como si fuera lo más fácil del mundo.

Aparté los recuerdos de mis padres de un plumazo, los que vinieron fueron mucho mejores.

Álvaro y Marta.

Negué con una sonrisa, porque eso sí qué no lo vi venir. Los piques entre los dos, las pullas constantes que nos hicieron reír a carcajadas. Las miradas entre ellos, que decían muchas cosas, la complicidad que tenían pocas veces vista en una pareja.

—*Creo que es la mujer de mi vida.*

Me había dicho Álvaro una noche y lo creí, claro que lo hice, porque solo hacía falta estar con ellos cinco minutos para darse cuenta de que eran destino.

Ellos habían hablado de seguir fuera de barco, en Madrid y no había duda de que lo harían.

Nosotros no lo habíamos hecho, Elena y yo no habíamos hecho planes, y no por falta de ganas, sino porque los dos sabíamos que lo difícil empezaba después.

En Madrid, ahí iba a estar la realidad, mis padres, los juzgados, las miradas, los comentarios malintencionados, la lucha, todo.

A mi mente vino sin poder evitarlo lo peor de todo el viaje: los mensajes y las llamadas constantes y diarias de mis padres. Todo ello lleno de exigencias, de órdenes y amenazas sutiles y no tan sutiles.

Las mismas preguntas una y otra vez.

¿Ya los has hecho? ¿Has avanzado? ¿No me estarás fallando? ¿Ya la tienes dónde queríamos?

Apreté la mandíbula.

No, no les había respondido, al menos como ellos querían.

Pero todas esas exigencias se iban a terminar y todas las amenazas también porque ya lo tenía claro, muy claro. Los dos lo teníamos. Habíamos hablado largo y tendido en como lo íbamos a hacer, en como íbamos a dar a conocer lo nuestro, porque no íbamos a escondernos, los dos merecíamos vivir lo nuestro libremente.

La cena anual del bufete.

Ese sería el día en el que me enfrentaría a mis padres, y antes de que empezara, les diría que estaba con Elena a muerte y que ella iba a cenar conmigo, sentada a mi lado, como debía ser.

Y si después de esa cena no querían aceptarlo, pues que no lo hicieran, me daba igual, porque por una vez había elegido vivir mi vida como yo quería no como ellos querían que fuera.

Elena se removió ligeramente sobre mí y entreabrió los ojos para mirarme, y al verme despierto, ahí estaba esa primera sonrisa del día para mí.

Esa sonrisa que quería ver el resto de mi vida.

—¿En qué piensas? —murmuró, aún medió dormida.

Subí la mano y le acaricié la mejilla y el pelo.

—En que no quiero que esto se acabe.

—No se acaba —dijo sin dudar, sin miedo, con convicción.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Se incorporó un poco y me besó con suavidad en los labios mientras me acariciaba la cabeza.

—Esto no es un final, Nico.

Negué levemente.

—No.

—Es una continuación de lo que hemos empezado aquí.

—Me gusta como suena eso —dije sonriendo.

—Pues acostúmbrate.

Volvió a acercarse y me besó, suave como si con ese beso sellara lo que acabara de decir.

Le devolví el beso, lento al principio, exigente después, tanto que hizo que, como siempre que la intensidad entre nosotros subía, acabáramos amándonos sin prisas entre las sábanas.

Ese día no hicimos nada especial, ese día ya no había excursiones, todo era navegación sin parar hasta que llegáramos al puerto de Barcelona al día siguiente.

Y aun así fue perfecto.

Hubo risas, comentarios, momentos para el olvido con la gente desnuda paseándose sin pudor por todos los rincones del barco, otros momentos para guardar en la memoria para toda la vida.

Al final del día acabamos los cuatro sentados en la cubierta del barco, viendo el atardecer con una cerveza en la mano y disfrutando de la brisa y el olor inconfundible del mar.

—No quiero bajarme de este barco —dijo Marta.

—Yo tampoco, pero que los demás sí lo hagan, estoy de ver tetas, pitos y culos hasta la coronilla, creo que cuando me miro al espejo los veo reflejados en mis retinas —añadió Elena, haciéndonos reír.

—Mañana podemos escondernos —propuso Álvaro.

—Durante cinco minutos —respondí.

—Diez —corrigió Elena.

Nos volvimos a echar a reír.

—Ha sido increíble —añadió Marta, con la mirada perdida en el mar.

—Sí, ha sido mágico —dijo Elena, mirándome.

—Especial —contesté devolviéndole la mirada.

Nuestras manos se entrelazaron y por un momento todo se volvió más sencillo, porque supimos que juntos podríamos enfrentar cualquier cosa y a cualquiera, incluidos mis padres.

Capítulo 29



Elena

El barco atracó en Barcelona a última hora de la mañana, y por primera vez en días nadie dijo nada.

Estábamos los cuatro en cubierta, en silencio, mirando como todo terminaba. Todos con la mirada perdida mirando como el mar quedaba atrás y delante de nosotros, estaba la tierra firme.

Esa en la que nada más pisarla, el sueño terminaría y volveríamos a la vida real, cada uno a lo suyo.

Marta volvería a sus noticias, a meterse en todos los charcos que pudiera y nosotros tres a seguir entrando y saliendo del juzgado, mientras defendíamos a clientes que dependían de nuestro buen hacer.

—No quiero bajar —murmuró Marta.

—Ni yo —añadí.

Sentí como la mano de Nico me rodeaba la cintura para pegarme a su pecho.

—Entonces no bajemos —dijo contra mi pelo.

—Hagámonos polizones —añadió Álvaro.

Todos lo miramos y nos echamos a reír.

Pero esa risa ya tenía un sabor distinto, un sabor a despedida.

El desembarque fue raro, demasiada gente y vestida, además, eso fue todavía más raro, porque nuestros ojos ya se habían acostumbrado a verlos a todos en pelota picada a todas horas.

También había ruido, excesivo, todo el mundo hablando a la vez, todos riendo, algunos con risas exageradas y molestas.

Fue como si el mundo real hubiera decidido volver de golpe.

Salimos los cuatro del puerto cargados con las maletas, esquivando a la gente hasta que llegamos a una zona en la que estaba más despejada.

—Bueno pues, tren a Madrid y fin de la magia —dijo Marta.

—O no —contestó Álvaro.

Nos giramos las dos para mirarlo y fruncimos el ceño porque no entendimos que quería decir.

—Podéis venir con nosotros —aclaró.

—¿Cómo? —pregunté.

—En coche, lo tenemos en el parking del hotel en el que nos alojamos aquí, vamos directos a Madrid —añadió Nico.

Marta me miró, interrogándome con la mirada.

—¿Qué dices?

No lo pensé, ni siquiera dudé.

—Qué sí.

—Pues ya está —dijo Álvaro, siendo el primero en empezar a andar para que lo siguiéramos.

Y así, sin más, alargamos un poco más el tiempo todos juntos.

El hotel en que se habían alojado estaba apenas a diez minutos del puerto, justo al lado del que nos habíamos alojado nosotras.

Llegamos allí y fuimos los tres directamente al parquin, mientras Nico, pasaba un momento por la recepción para decirles que se llevaba el coche y seguramente para abonar el coste de todos los días que se lo habían guardado allí.

El viaje en coche fue perfecto, risas, música, charla recordando los mejores momentos del viaje, miradas robadas, otras que prometían muchas cosas y silencios cargados de otras.

Y de vez en cuando durante las horas que duró el viaje, ese leve martilleo en la cabeza que no me había abandonado ningún día durante todas las vacaciones.

Unos días más fuerte, otros apenas perceptible, pero siempre presente.

Al igual que los mareos, de esos hubo menos y la visión borrosa que se me ponía a veces, pero que con varios parpadeos había conseguido que desapareciera.

Había conseguido ocultárselo a todos, pero seguía igual de preocupada que días atrás por eso ya tenía decidido que a lo largo de la semana siguiente pediría hora para ir al médico.

Estábamos a lunes y esa semana era la que nos quedaba a todos de vacaciones, el siguiente lunes ya sería septiembre y el ritmo y la rutina volvería a nuestras vidas.

Además de que el sábado de esta semana era la cena anual del bufete de Nico y ese día sería un punto de partida en nuestra nueva vida ya que sería el día en el que se enfrentaría a sus padres.

Ahí les diría que estábamos juntos y después, yo aparecería en la cena para acompañarlo y dar un golpe de efecto y que todo el mundo lo supiera.

Decir que no estaba nerviosa o preocupada pensando en lo que podría pasar ese día sería mentir.

Conociendo a sus padres, no nos lo iban a poner fácil, eso lo teníamos claro, pero habíamos decidido luchar por lo nuestro y no íbamos a dejar que nadie nos lo arruinara.

Madrid nos recibió al atardecer.

—Hogar —dijo Marta.

—Por fin —respondí.

Pero algo al volver a Madrid ya no era igual o quizás éramos nosotras las que no éramos las mismas que cuando salimos de allí dos semanas atrás.

Las dos nos bajamos en la puerta de nuestro apartamento hasta donde nos habían llevado. Marta y Álvaro, se apartaron a un lado para despedirse al igual que hicimos nosotros.

—Esta noche voy a echarte de menos, me he acostumbrado a dormir abrazada a ti.

—Yo también cuando me despierte y no estés encima de mí y no vea tu preciosa sonrisa la despertarte, se me va a hacer cuesta arriba empezar el día.

—Aún nos queda toda la semana de vacaciones, podemos dormir juntos algún día.

—¿Hoy? —me preguntó, haciéndome reír.

—Mañana, hoy tengo buena tarea, con lavadoras que poner y colocar todo lo de las maletas.

—Mañana te llamo y si quieres, hacemos planes para por la tarde.

—Sí, quiero.

—Espero que esas palabras me las digas igual de segura algún día en otro sitio.

Su contestación me dejó helada, porque me la dijo totalmente en serio y, joder, era una completa propuesta, no para ese momento claro está.

Pero sí para que supiera que lo nuestro no sería pasajero ni un capricho o un calentón producido por los días de vacaciones, sino que quería un futuro conmigo, uno en el que llegaría hasta el final.

—Pues yo espero que tú también las digas el mismo día.

Ale, ahí la llevas, dije para mí, si él tiraba la piedra yo no iba a hacer menos que recogerla y volverla a lanzar.

No dijo más, solo asintió y me acercó a él para besarme a modo de despedida antes de que subiera a mi casa.

—Descansa, tienes cara de agotamiento.

Y realmente era así como me sentía, agotada y con dolor de cabeza otra vez.

—Que descanses tú también, mañana hablamos.

—Elena…

No lo dejé terminar porque ya sabía lo que me iba a decir y me adelanté para contestarle lo mismo.

—Yo también, mucho —dije, llevándome la mano al corazón.

Nos despedimos con un beso más y Marta y yo subimos a casa después de verlos marchar en el coche.

—Dios…nuestra casa —dijo Marta, nada más entrar.

—Nuestra cama.

—Nuestra ducha.

—Nuestro caos y sin ver culos a todas horas.

La dos nos miramos y nos echamos a reír a carcajadas.

—Ha sido increíble.

—Ha sido una pasada, nunca imaginé que las dos volveríamos con pareja para casa y tú, con el «Príncipe», nada menos.

—Todavía no me lo creo.

—Pues ya es hora de que lo hagas, para a enfrentarse a todo por ti.

—Da miedo.

—Lo sé, pero sois fuertes.

Asentí, porque tenía razón, los dos separados éramos fuertes, pero juntos lo éramos aún más.

—¿Y Álvaro?

—Álvaro es mucho Álvaro, pero me encanta, me ha dicho que lo quiere todo conmigo.

—Está enamorado de ti hasta las trancas, sois ideales juntos.

—Sí que lo somos —dijo, dándome la razón.

Hablamos un poco más de los chicos y después cada una nos fuimos a nuestra habitación a deshacer el equipaje.

Esa noche pedimos una pizza para cenar y mientras nos la comíamos hicimos una videollamada con mis padres para decirles que ya estábamos en casa sanas y salvas y para ponerlos al tanto de las últimas novedades.

Durante el viaje los habíamos llamado varias veces y adelantado algo de los chicos.

Pero al estar ellos con nosotras, tampoco les habíamos contado todo y aprovechamos la cena para hacerlo.

Se alegraron mucho por las dos.

Nos hicieron prometer que en cuanto los cuatro pudiéramos y nuestros trabajos nos lo permitieran, fuéramos a verlos para presentarles a sus dos yernos, como ellos los llamaron.

Esa noche las dos nos fuimos a la cama con una sonrisa en la cara.

Al día siguiente empezaría una nueva vida para nosotras, una que no nos podíamos haber imaginado cuando embarcamos en ese crucero.

El resto de la semana se nos pasó volando.

Tres días de esa semana acabé durmiendo en casa de Nico, ni siquiera me lo pensé o dudé cuando me lo propuso.

También durante esa semana hicimos otras muchas cosas, tanto los cuatro juntos como los dos solos. Fuimos al cine, de compras, a comer y cenar fuera y a pasear a las horas que menos calor hacía por nuestra ciudad.

Como he dicho, la semana se nos pasó volando y por fin llegó el tan esperado sábado, un día importante para nosotros.

La cena.

Aún quedaban un par de horas para empezar a arreglarme y estaba en la habitación preparando el vestido que me iba a poner, cuando entró Marta comiéndose un helado a ver que tal lo llevaba.

Ella, aun siendo la pareja de Álvaro no iría a la cena, no porque él no quisiera que lo acompañara, sino porque él tampoco iría, ya que ese fin de semana que era el último de sus vacaciones se había marchado a Sevilla, a casa de su hermana a conocer a su sobrina recién nacida.

Sí qué le propuso a Marta que le acompañara, pero ella se negó y le dijo que en la siguiente ocasión lo haría, pero que en esta le parecía que tenía que ir el solo y hablar a su familia de ella y no presentarse así de sopetón.

Álvaro entendió su postura y estuvo de acuerdo.

—¿Ya tienes todo preparado?

—Sí, solo me falta elegir los pendientes y ya estaría todo.

—¿Estás nerviosa? Va a ser una noche tensa, yo en tu lugar estaría de los putos nervios.

—Nerviosa no es la palabra, preocupada sí.

—¿Preocupada?

Iba a contestarle, pero no pude.

De repente, el mundo giró, me llevé las manos a la cabeza, sentí tal dolor que hasta el aire empezó a faltarme y la visión se volvió tan borrosa que era incapaz de ver ni a Marta y la tenía justo delante.

—¡Elena! Joder, ¿qué te pasa? Di algo, me estás asustando. ¡Elena!

Quise hablar, quise decirle que me encontraba fatal, pero no pude, el suelo desapareció y todo se volvió negro, una completa oscuridad me envolvió.

Capítulo 30



Elena

—¡Elena! ¡Elena! ¡Despierta por favor!

La voz de Marta.

Era ella, lo sabía, pero la oía lejana, como si estuviera a mucha distancia, también distinguí sus sollozos. No quería que estuviera así por mí, se la oía tan preocupada que me encogió el corazón.

Intenté con todas mis fuerzas abrir los ojos para decirle que estaba bien, que se quedara tranquila, pero cuando lo conseguí, lo vi todo borroso.

—¿Qué…?

—Te has desmayado —dijo con la voz rota —. Joder, me has dado un susto de muerte.

Parpadeé intentado que la visión volviera, sin conseguirlo.

—Estoy bien —dije para tranquilizarla.

—No estás bien ni de coña y no solo es de hoy, llevas días mal. Sí crees que no sé qué has estado todas las vacaciones con dolor de cabeza te equivocas, te conozco Elena.

Mierda, sí que se había dado cuenta, y yo que había intentado ocultarlo lo máximo posible, pensé lamentándome.

Se levantó de golpe.

—He llamado a una ambulancia, y no se te ocurra decir que no vas al hospital porque no te lo voy a permitir.

Asentí, no solo porque se quedará tranquila, sino porque realmente sabía que necesitaba ir, no me encontraba nada bien.

—Voy a llamar a Nico.

—No.

La agarré de la muñeca para detenerla.

—No lo llames —le rogué.

—Elena…

—No, primero quiero saber, qué pasa. Además, en este momento está en casa de sus padres, soltándoles la bomba y estará de los nervios. No quiero que se ponga peor.

—Pero…

—Por favor.

Me miró, se quedó dudando unos segundos, pero finalmente comprendió mi postura y respetó mis deseos.

—Vale…

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Ahí supe que mantendría la boca cerrada, pasara lo que pasara porque desde niñas, las promesas que nos hacíamos eran totalmente inquebrantables.

—Ni a Álvaro tampoco.

Puso los ojos en blanco y resoplo.

Porque supo que había descubierto su jugada, me había prometido no decírselo a Nico, pero no a su chico y si lo hacía, este llamaría corriendo al otro para contárselo.

—Dilo —exigí.

—Prometo no decírselo a nadie hasta que tu no quieras, ¿contenta?

Asentí.

Marta salió corriendo de la habitación para abrir la puerta a los sanitarios de la ambulancia.

Ella misma se encargó de contarles lo que había pasado y a mí me hicieron algunas preguntas.

Cuando dije todo lo que me había pasado los últimos días, se miraron entre ellos y esa mirada lejos de tranquilizarme me puso más nerviosa, ya que no me gustó ni un pelo sus gestos.

No dudaron en llevarme al hospital.

Allí nada más llegar el médico que me asignaron cuando supo todo por mi boca, la de Marta y el médico de la ambulancia, pidió que me hicieran unas cuantas pruebas.

Ni siquiera me dejaron en un box de urgencias, me ingresaron, directamente, y me llevaron a una habitación.

Marta estaba sentada a mi lado, bastante preocupada, y no era la única, al ver la cara del médico y todo lo que había pedido que me hicieran, yo no solo estaba preocupada estaba cagada de miedo.

—Elena, esto no pinta bien, ¿de verdad no quieres que llame a Nico?

Miré el móvil por decima vez desde que estaba tumbada en la cama del hospital para ver la hora y mirar otra vez, sabiendo que nada había cambiado, si Nico me había llamado o mandado algún mensaje después de hablar con sus padres.

Nada, no había nada.

Volví a mirar la hora, diez minutos para que empezara la cena, ya no podía demorarlo más tenía que decirle que no iría.

—Voy a decirle que no voy a la cena.

—¿Y la razón?

—Hoy no, bastante tendrá con aguantar a sus padres como para darle más preocupaciones. Además, quiero saber los resultados de las pruebas primero.

—Es verdad que tendrá un panorama cojonudo allí con sus padres. Si se marcha y no está en esa cena tan importante las cosas con ellos se pondrán mucho peor.

—Por eso prefiero no contarle nada, si se lo digo le dará igual la cena, y es verdad que son unos cabrones, pero no dejan de ser sus padres, si hay una mínima posibilidad de que la cosas estén bien entre ellos, no quiero que se estropee por esto.

—¿Qué le vas a decir?

—Que no puedo ir, que me ha surgido algo importante.

—Voy a salir por un café mientras le escribes, ¿te traigo algo?

—Una botella de agua por favor.

Marta salió y volví a coger el móvil.

Cogí aire y lo solté de golpe.

Abrí el chat para escribirle, pero justo en ese momento me entró uno suyo.

Nico: *Estoy en la puerta esperándote, ¿vas a tardar mucho?*

Joder, que difícil iba a ser esto, pero tenía que hacerlo. No podía decirle la verdad, no ahora.

Elena: *No voy a poder ir.*

Vi que lo había leído, pero no me contestó, directamente me llamó.

No lo cogí, no pude, si lo hacía me habría notado en la voz que algo no iba bien.

Segunda llamada.

Tercera, cuarta y hasta cinco veces llamó. Y todas ellas le colgué, con todo el dolor de mi corazón, pero lo hice.

Me quedé mirando el teléfono unos momentos en mi mano y respiré tranquila, ya no insistió más. Me llevé una mano a la cabeza, pues me estaba matando el dolor en estos momentos y no había llegado a tocarme cuando entró un mensaje.

Era un mensaje de Nico.

Lo abrí con miedo y su voz llenó la habitación.

Ya con la primera palabra supe que estaba enfadado, bueno enfadado era decirlo suavemente, estaba cabreadísimo.

—¿En serio Elena? ¿Esto es lo que haces? ¿Desaparecer?

Tragué saliva porque ya no era solo su tono de voz enfadado, sino la manera en la que alzaba la voz.

—Pensaba que eras distinta, pensaba que todo esto había sido de verdad. Pero no, supongo que tenía que habérmelo esperado.

—Es una puta venganza, ¿no? Dejarme tirado justo el día que me enfrento a mis padres. ¿Ese era tu plan para joderme?

Las lágrimas empezaron a caer de mis ojos sin poderlo remediar. Joder, ¿cómo podía pensar una cosa así?

—Has sabido aprovechar bien todo lo que te conté, pero claro, de la «Loba» no se podía esperar otra cosa, tenía que ganar.

—¿Sabes qué? Mis padres me han dicho esta tarde que soy gilipollas por confiar en ti, que en cualquier momento me la ibas a jugar y no se han equivocado en nada de lo que han dicho de ti.

—Ellos han sabido ver como eres realmente, una zorra sin corazón, que me ha hecho enfrentarme a ellos, para hacerme quedar como un tonto, por una mujer que no merece la pena.

Las lágrimas seguían saliendo sin control, pero ya no eran solo sollozos, sino un llanto desgarrador.

—Pero mira, mejor así, cuanto antes salgas de mi vida, mejor. No creas que voy a sufrir por ello. No quiero volver a verte, ni quiero que me vuelvas a dirigir la palabra.

Cada palabra era como una puñalada, peor que la anterior.

—Me has fallado, me has mentido, me has manipulado, no eres quién yo creía.

—Y yo que pensaba que los malos eran mis padres, por querer quitarte de mi camino, pero con esto solo has demostrado que tenían razón, eres mucho peor que ellos.

—Ellos, al fin y al cabo, lo hacen porque me quieren, tú, solo por venganza.

Fin del mensaje.

Así acababa, aunque seguramente se había quedado con ganas de decir muchas cosas más, pero al parecer no merecía la pena.

Marta entró en la habitación y me encontró en la cama destrozada, llorando a moco tendido y se asustó, poco más y se le cae el café y el agua que traía en la mano.

Corrió hasta llegar a mi lado y después de dejar las cosas a toda prisa en la mesita que estaba junto a la cama, me abrazó fuerte contra ella.

—Elena, cielo, ¿qué pasa? ¿Es la cabeza? ¿Te duele más?

Negué con la cabeza por que no podía ni hablar y solo con señalar el móvil me entendió.

Lo cogió sabiendo que si se lo había señalado era para que viera lo que había en él.

Cuando dio a reproducir el audio y lo oí por segunda vez, mi llanto aumento haciendo que la cabeza casi me explotara del dolor.

—Elena, tienes que explicarle…

—No.

—Pero…

—No lo voy a llamar. ¿Crees que después de oír eso, merece que lo llame? Joder, ni siquiera ha pensado que quizás no podía ir porque pasaba algo. No me ha dado ni el beneficio de la duda, ha pensado lo peor de mí.

—En eso no te puedo quitar la razón, se ha portado como un gilipollas —dijo Marta enfadada.

—Estaba claro, que esto estaba destinado al fracaso desde el principio.

—Sus padres no nos iban a dejar estar juntos y seguro que cuando han hablado le han calentado la cabeza tanto, que a la mínima duda lo ha jodido todo.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Nada?

Asentí y ella me comprendió perfectamente.

Que podría hacer, ¿ir a rogarle que volviera conmigo? ¿Llamarlo para decirle que estaba en el hospital? ¿Para qué? Nico ya había sentenciado lo nuestro sin hacer ni una sola pregunta o esperar a ver qué era lo que había pasado.

Pues qué así fuera.

Dolía, mucho, era como si acabaran de arrancarme el corazón de cuajo. Él podría haberse sentido engañado y todas las demás cosas que me había dicho, pero yo sentía algo que era mucho peor.

Decepción.

—No quiero saber nada más de Nico, él lo ha decidido así y así será.

—Lo siento, lo siento tanto Elena. Joder, se os veía tan bien juntos.

—Una cortina de humo que se ha ido tan rápida como el viento —dije, zanjando la conversación.

Llorando y abrazada a Marta me quedé dormida, después de que ella misma llamara a una enfermera para que me pusiera un calmante.

Sin saber que mi vida cambiaría ese día por completo y no solo por haber perdido a Nico.

Capítulo 31



Nico

Me desperté con su recuerdo.

Como llevaba haciendo desde que volvimos del crucero las noches que ella no había dormido conmigo, que fueron apenas tres, porque el resto después de pasar el día juntos disfrutando de los pocos días que nos quedaban de vacaciones, no me costó mucho convencerla para que se viniera a mí ático.

Recordé su cuerpo pegado al mío, su respiración en mi cuello, su forma de buscarme incluso dormida y la primera sonrisa que me dedicaba al despertar.

Abrí los ojos despacio y sonreí, porque podía sentirlo todo otra vez.

Las noches, dormir abrazados, sin prisas, sin máscaras.

Las madrugadas en las que no hacíamos nada, solo hablar, conocernos, pero de verdad, siendo solo Elena y Nico.

Sonreí más al recordar la forma que tenía de fruncir el ceño cuando algo no le gustaba, o como se le iluminaban los ojos cuando se reía. Como decía mi nombre, como si en su boca lo saboreara.

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo.

—Hoy cambia todo —dije en alto.

Porque lo sabía, ese día no era uno más, era el día.

Era el día en el que dejaba de ser quien había sido toda mi vida, o eso pretendía.

Dos horas antes de la cena del bufete estaba frente a la puerta de la casa de mis padres, la misma de siempre, la que siempre había cruzado obedeciendo, cumpliendo sus mandatos y órdenes, la misma en la que me había dejado manipular una y otra vez.

Hasta hoy.

Abrí con mis propias llaves sin llamar y fui directamente al salón al oír a mis padres hablar entre ellos.

—Ya era hora —dijo mi padre, mirándome desde la butaca en la que estaba sentado con un whisky en la mano.

Mi madre estaba sentada en otra, impecable, como siempre y también con otra copa en la mano, pero de vino.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó, con una media sonrisa.

La miré y por primera vez en toda mi vida no bajé la mirada.

—No he hecho lo que queríais.

Se hizo el silencio.

Mi padre se levantó y dejó el vaso con fuerza haciendo un ruido sordo en la mesa de centro que tenía delante.

—¿Cómo dices?

—Que no lo he hecho.

—No he seguido vuestro plan —añadí.

Su mirada se endureció y vi como el enfado empezaba a reflejarse en sus ojos.

—¿Ni siquiera lo intestaste?

—Sí —dije porque era la verdad.

—Pero no pude.

—¿No pudiste? —repitió incrédulo.

—No quise.

Ahí ya no pudo aguantarse más y explotó.

—¡Eres un inútil!

Mi madre no decía nada, solo observaba y registraba mentalmente la conversación.

—¿Sabes lo qué has hecho? —continuó mi padre —¿Sabes la oportunidad qué has perdido?

—No es una oportunidad.

—¡Claro que lo es! —Golpeó la mesa —Era para quitarte de encima a tu mayor rival.

Negué con la cabeza varias veces.

—No es mi enemiga.

Mi padre se hecho a reír de forma exagerada.

—Es la «Loba».

—Es Elena.

Cogí aire antes de decir lo siguiente.

—Estoy enamorado de ella.

Mis palabras se quedaron suspendidas en el aire, mientras mi padre me miraba como si fuera tonto y entonces mi madre habló por primera vez.

—Que previsible —dije con burla.

—¿Perdón?

—Una mujer lista, ambiciosa y tú, como un idiota cayendo en sus redes como un principiante.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Al contrario —intervino mi padre —, lo sabemos muy bien.

—Te ha manipulado.

Apreté la mandíbula porque ya sabía qué dirían eso y no se acercaba a la realidad ni por asomo. ¿Cómo cojones podían comparar a Elena con ellos? Ella no era así, no, los manipuladores eran ellos.

—No.

—Le contaste el plan, ¿verdad?

No respondí, pero por la sonrisa que puso mi madre, no hizo falta, lo supo, supo que sí que lo había hecho.

—Eres peor de lo pensaba.
—No.

Mi padre volvió a explotar por segunda vez muy alterado.

—¡Un buen abogado nunca revela sus cartas! Nunca dice sus movimientos. Nunca muestra sus debilidades.

—Y tú, se lo has dado todo, se lo has servido en bandeja, joder.

Cada palabra fue un golpe, fuerte, directo.

Tragué saliva.

—Porque confié en ella.

—Porque eres débil —me acusó mi madre.

—Porque te ha engañado como a un niño y tú te has dejado —siguió.

—Porque ha jugado contigo.

Y con esas palabras algo dentro de mí vaciló, se abrió una grieta, fue pequeña, pero suficiente y ahí se quedó.

—No.

—Sí, es lo que hace la gente como ella.

Negué, pero ya no con la misma seguridad.

—No la conocéis.

—La conocemos mejor que tú —respondió mi padre —, y te aseguro que te vas a arrepentir.

Se impuso un silencio, uno muy pesado, asfixiante, irrespirable que me hizo dar un paso atrás.

—No —mi voz salió más firme de lo que me sentía.

—Me da igual lo que digáis, voy a hacer mi vida, por una vez voy a ser yo el que elija qué hacer.

—Sin nosotros —dijo mi padre.

—Si ese es el precio, entonces, sí.

Mi madre negó despacio.

—Volverás con el rabo entre las piernas cuando te destroce, porque lo hará.

—No lo hará.

—Lo hará —dijeron los dos a la vez.

No quise seguir discutiendo, estaba claro que no iban a entrar en razón y que nunca verían con buenos ojos a Elena, ni mi relación con ella.

—Nos vemos en la cena y ella va a estar allí conmigo.

Vi en sus caras como eso les dolió, pero me dio igual. Más me dolía a mí que no me entendieran, respetaran o se alegraran de que hubiera encontrado a una mujer que me hacía feliz y con la que quería compartir mi vida.

—Entonces, veremos tu caída en directo —sentenció mi padre.

No dije nada más, me giré y salí de allí dando un portazo.

El resto del tiempo hasta que llegó la hora de ir a la cena me lo pasé dando vueltas con el coche por la ciudad, pensando en toda la conversación. Repasándola palabra por palabra.

Y dolió, joder como dolió.

El hotel estaba lleno, luces, gente, ruido, todo preparado, todo perfecto como tenía que ser.

Como todo lo que hacían los Valcárcel. Todo lo vi desde fuera, pero no quise entrar, no sin ella.

Miré el reloj, faltaban apenas quince minutos.

—Vendrá —murmuré.

Claro que vendría, me lo había prometido.

Saqué el móvil y le mandé un mensaje, quería saber lo que tardaría en llegar y si se estaba demorando por el tráfico que había a esas horas.

Nico: *Estoy en la puerta esperándote, ¿vas a tardar mucho?*

Tardó un par de minutos en contestarme.

Elena: *No voy a poder ir.*

Fruncí el ceño y un escalofrió me recorrió en cuerpo entero y no fue por frio, ya que hacía una noche bastante calurosa, no, fue por lo que sentí al ver su respuesta.

—¿Qué cojones? —me pregunté alzando la voz.

Busqué con rapidez su contacto y la llamé, nada. Insistí una segunda vez, mismo resultado.

—Vamos Elena, joder…

Lo hice tres veces más, pero me di cuenta de que no es que no le llegaran las llamadas, sino que todas las veces me había colgado, dejándome claro que no quería hablar conmigo.

Y ahí, las voces de mis padres volvieron como un resorte a mi cabeza para golpearme fuerte y darme una gran hostia de realidad.

Te ha engañado, te ha manipulado, se lo has servido en bandeja, es una mujer ambiciosa, eres débil, volverás con el rabo entre las piernas cuando te destroce…

Apreté el móvil con fuerza, me dolía el pecho y hasta la respiración estaba empezando a faltarme.

—No…

Pero negarlo no me sirvió de nada.

La duda que habían sembrado mis padres ya estaba dentro y crecía cada segundo que pasaba, cada certeza que me daba al colgarme, con el mensaje diciéndome que no vendría, faltando a su palabra…

La cabeza me iba mil, hasta que llegó un momento que colapsó y no pude más y ahí fue cuando reconocí con claridad que mis padres tenían razón y que Elena, me la había jugado.

Había aprovechado que le había contado el plan para usarlo en mi contra haciendo conmigo, precisamente lo que yo tenía pensado hacer.

Esa había sido su manera de vengarse, por haber querido jugársela.

No lo pensé, actué por impulsó, sin pensar en nada, totalmente cegado por el dolor que estaba sintiendo por su engaño.

Por lo tonto que me sentía, al haberle entregado mi corazón a una mujer que no me quería, solo lo había aparentado para vengarse de mí.

Abrí el chat de nuevo y le mandé un audio. Le recriminé todo.

Le dije que pensaba que era distinta, que creía que todo había sido de verdad, pero que al parecer me había equivocado totalmente con ella.

La acusé de haberme mentido, de haberme manipulado y mentido. Le dije, o le chillé más bien, que era una zorra sin corazón, y que mis padres habían tenido razón desde el principio.

Le dije que tenía claro que todo había sido una venganza por su parte, venganza que había preparado muy bien, aprovechándose de todo lo que le había contado.

Acabé diciéndole, que no quería saber nada de ella, que no quería ni hablarle, ni volver verla nunca más.

Le dije tantas cosas por el estado de enfado que tenía, que si tuviera que volver a repetirlas no sería capaz de hacerlo poque no recordaba ni la mitad.

Cuando envié el mensaje, me quedé mirando la pantalla, esperando, sabiendo que ya no había vuelta atrás, que la había apartado de mi vida para siempre.

Pero sin tener ni idea de que acababa de cometer el mayor error de mi vida.

Capítulo 32



Elena

Habían pasado nueves meses.

Nueve.

Nueve largos meses en el infierno, pero no del que todos hablan cuando abandonas este mundo.

Seguramente en el que yo había estado era mucho peor, o al menos así lo sentí yo y todos los que habían estado a mi lado todo ese tiempo, sin condición, sin soltarme la mano, sin dejarme caer, ayudándome a mantenerme en pie, pasando todo el dolor.

Todos estuvieron ahí para mí, sin excepción.

Bueno, todos no, sí que faltó alguien, quizá al que yo más hubiera necesitado. Nico.

Él fue quien me faltó en el peor momento de mi vida, él lo decidió así y yo tuve que conformarme.

Bien es cierto que, el primer día, no le dije lo que pasaba.

Quizás ese fue mi error, pero después cuando se lo quise decir, él ni siquiera quiso saberlo y eso seguía doliendo como el primer día.

Pero no me quedó más remedio que aceptarlo y respetar su decisión de no querer nada más de mí.

Cogí aire y abrí esa puerta que llevaba tantos meses sin cruzar.

Los juzgados.

No sentí miedo, no me sentí fuera de lugar, me sentí en casa. Allí nada había cambiado, seguía el mismo olor, el mismo murmullo, los mismos pasillos, las mismas caras conocidas.

Todo seguía igual, nada había cambiado, la única que lo había hecho era yo, ya no era la misma Elena.

Era una nueva, una que había vuelto a nacer, una que volvía con fuerza a recuperar ese lugar que la vida me había obligado a dejar en pausa unos meses.

Respiré hondo y entré en la sala que habían asignado para el juicio que se celebraba ese día en el que defendía a una mujer a la que habían acusado de robo con violencia, nada más lejos de la realidad, la habían acusado confundiéndola con otra persona.

—Vamos «Loba», entra y demuéstrales que sigues viva —me dije, animándome a mí misma antes de sentarme en mi sitio.

El juicio duró apenas media hora y cuando el juez, después de presentar todas las pruebas que llevaba preparadas, de escuchar a los dos testigos que yo misma había pedido y de oír mi alegato final dijo: «no culpable», sonreí para mis adentros y el nudo que tenía en la garganta desapareció al instante.

No había perdido mi toque, ni mí esencia, ni mi forma de defender a mis clientes, no, eso no había cambiado.

Elena había cambiado, pero la «Loba» seguía siendo la misma.

Salí de la sala y entré en los baños.

Me apoyé en la puerta al cerrarla y cerré los ojos soltando a la vez el aire que estaba conteniendo.

A mi cabeza vinieron sin pedir permiso todos los recuerdos de los meses que había estado ausente.

El día que me dijeron lo que tenía solo unas horas después de que una ambulancia me llevara al hospital, cuando Marta les llamó después de desplomarme en la habitación delante de ella.

Ese día algo murió, una parte de mí.

Lo recordé todo como si estuviera otra vez en aquella habitación que olía a desinfectante y a malas noticias.

El médico, su cara sería cuando entró, el largo silencio que hubo antes de que hablara, el momento en el que me dijo el diagnostico.

—Tienes un tumor cerebral…

Así, sin adornos, sin anestesia, sin prepararme siquiera para la hostia a mano abierta que el destino había escrito en la historia de mi vida.

En el momento que lo dijo solo recuerdo que dejé de escuchar, dejé de sentir.

Solo recuerdo el pitido en los oídos, el frio, el vacío, el miedo. Un miedo tan grande que me paralizó.

De ese trance no salí sola, fueron los sollozos de Marta, que no se había separado de mí desde que ingresé los que me sacaron de ese estado.

No lloré, al menos no en ese momento, ya había llorado bastante durante toda la noche, porque al peor golpe que me daba la vida había que sumarle otro igual de doloroso, la perdida de Nico y sus duras palabras.

No quiero volver a verte.

Ese mismo día, con pocas horas de diferencia, todo junto, como si la vida hubiera decidido romperme de golpe, sin avisar.

Ya no salí del hospital, no me dejaron, era urgente actuar a la mayor brevedad posible dijeron, y yo no dije nada, solo me dejé llevar como lo hace un barco a la deriva movido por el oleaje.

Marta fue la que se encargó de llamar a mis padres, que no tardaron ni dos horas en aparecer en la habitación.

Ninguno de los dos lloró ni se hundió, se presentaron allí con una firme decisión tomada, luchar y ayudarme a mí a hacerlo.

Horas después del duro golpe decidí por mí misma y no por insistencia de nadie llamar a Nico.

Quería que lo supiera, quería que estuviera allí conmigo, necesitaba que estuviera, decidí obviar las palabras tan duras que me dijo en ese mensaje y que seguramente no las sentía, sino que las había dicho por el calentón del momento.

Ni una sola vez me cogió el teléfono de la diez veces que lo llamé; la número once no llegó porque me bloqueó y ahí ya me quedó claro que no había nada que hacer, lo había perdido.

Marta llamó a Álvaro ese mismo día y horas después entró por la puerta de la habitación nervioso y muy preocupado.

Mi amiga nada más verlo se tiró a sus brazos llorando sin consuelo y él, la sostuvo como si fuera su mundo. Me hicieron sonreír al ver que ellos, sí que habían tenido suerte y el destino sí que estaba de su parte.

Entre Marta y yo lo pusimos al tanto de todo lo que había pasado con Nico.

Se cabreó, despotricó, soltó juramentos por la boca e incluso me rogó que lo dejara ira a buscar a su amigo, para contarle lo que estaba pasando.

Pero se lo prohibí y no solo eso, le hice prometerme que no le diría nada de lo que me estaba pasando.

Él, había tomado su decisión sin dejar que me explicara, aunque fueran unas horas más tarde y eso todos, teníamos que respetarlo.

A Álvaro le costó entender mi postura, pero finalmente lo hizo, y ni ese día ni ninguno de los que había estado fuera de circulación habló de mí con Nico, aunque sabíamos por su boca que aun sabiendo que había desaparecido y no había vuelto a los juzgados, él nunca le preguntó por mí.

La operación fue una semana después de ingresar.

Recuerdo el miedo a no despertar, o a hacerlo y no ser la misma. El frío que sentí al entrar en el quirófano, el peor que había sentido en mi vida.

Pero lo peor de todo fueron las expresiones de dolor, desesperación y miedo que tenían mis padres, Marta y Álvaro, cuando nos despedimos antes de cruzar esas puertas para operarme.

Mi último pensamiento antes de que la anestesia hiciera su función y me quedara dormida, fue para Nico.

Pensé en su voz, en su risa, en sus manos, en sus besos, en todo lo que habíamos sido.

Y en lo que ya no éramos ni seriamos.

Al abrir los ojos, respiré aliviada, al volver a ver las caras de todos, pero, sobre todo, la del médico, que no parecía estar tan serio como antes de entrar en el quirófano.

Ahí me explicó lo que se habían encontrado al abrir.

Meningioma (tumor cerebral benigno), dijo que tenía. Eso de benigno nos hizo soltar a todos el aire que estábamos conteniendo.

Aunque después de decirnos el diagnóstico preciso nos habló del tratamiento que tendría que seguir los meses siguientes, advirtiéndonos que no sería fácil, pero necesario para mi total recuperación y para evitar futuras complicaciones y también que el tumor se pudiera reproducir.

Cuando salí del hospital una semana después, me fui a casa, pero no a la mía, sino a la de mis padres, a ese pueblo pequeño, dónde todo es más lento y todo el mundo vive más tranquilo, dónde se respiraba más paz, esa tan necesaria en esos momentos para mí.

Allí intenté ser fuerte.

Por mis padres, por Marta, por Álvaro, por mí.

Pero no siempre lo conseguía.

Porque luego venían los días de hospital. Esos que estaban llenos de pruebas, de tratamientos, de la recuperación, de los días en los que no podía ni levantarme de la cama, de las noches sin dormir.

Del dolor, y no solo el mío, sino del que venía reflejado en los ojos de los míos a diario, mientras me veían tan delgada, demacrada, débil, agotada.

Mi teléfono sonó sacándome de golpe de ese estado en el que me había quedado anclada en los recuerdos de los peores meses de mi vida.

Miré la pantalla y la sonrisa me salió sola.

Marta.

Mi amiga, mi hermana, mi ancla, la que estuvo al pie del cañón agarrándome fuerte para no dejarme caer. La que se hizo más kilómetros en esos meses, que cualquiera en años para estar a mi lado.

De lunes a viernes ella siguió en Madrid trabajando, aunque no faltaron los cientos de mensajes, llamadas y videollamadas a todas horas, pero cuando llegaba el fin de semana, se plantaba allí, en Riaza, maleta en mano y con la fortaleza que a mí me faltaba.

Muchos de ellos ella sola, pero otros muchos con Álvaro a su lado, que también había estado todo el tiempo para mí, como el buen amigo que era.

Descolgué la llamada aun sonriendo.

—Dime loca.

—¿Estás bien?

Siempre esa pregunta, la primera antes de decir nada más.

—Sí.

No era del todo verdad, pero suficiente.

Y no porque me encontrara mal físicamente, porque no era así, bueno, quizás un poco débil todavía, pero lo llevaba bien.

No, por lo que no estaba bien era porque tenía mucho miedo de encontrarme con él, por los pasillos de los juzgados.

Sabía que era inevitable, pero no por ello menos doloroso.

Mucho más sabiendo, cosa de la que me había advertido Álvaro, para que no me sorprendiera al verlo, que tenía pareja.

Una abogada venida de Galicia, según todos, brillante, que había empezado a trabajar en su bufete unos meses antes y a la que sus padres, se la habían metido por los ojos, porque según ellos, era la mujer ideal para él, hasta que acabó cediendo y saliendo con ella.

—Y el primer juicio después de todo…

—Lo he ganado.

—Como no podía ser de otra manera, la «Loba» ha vuelto.

—Eso parece.

—Elena…

—¿Qué?

—Se va a querer morir cuando sepa la verdad.

Se me encogió el estómago al oírla, porque no estaba yo tan segura de que eso fuera verdad. A Nico, no le había costado nada sacarme de su vida y seguir adelante, al contrario que me pasaba a mí, porque en mi corazón seguía anclado sin posibilidad de salir nunca.

Así que, no creía que a él le importara ya nada de lo que me había pasado.

—No lo creo, mi vida a sufrido un parón, pero ha seguido para todos.

—Elena…

—Marta, déjalo ya, ¿vale? Este tema ya lo tenemos más que hablado.

—Vale, nos vemos en casa y pediremos una buena cena para celebrar que la «Loba» ha vuelto más fuerte que nunca.

—Estupendo, en casa nos vemos.

Nos despedimos con un beso por parte de cada una y me guardé el móvil.

Capítulo 33



Elena

Salí del baño y anduve por el pasillo hasta la salida. Y, como se suele decir: la primera en los dientes.

De frente a mí, no solo tenía a Nico, sino también a sus padres y a una mujer preciosa agarrada a su brazo.

Aun no me habían visto ninguno de los cuatro, pero el choque sería inevitable, ya que ellos caminaban en mi dirección y yo no tenía la posibilidad de ir para otro sitio que no fuera hacía delante.

Bueno, en realidad sí qué había otra posibilidad, darme la vuelta y correr a esconderme en el baño.

Pero ni de coña iba a hacer una cosa así.

Yo, no tenía por qué huir, ni bajar la cabeza, ni avergonzarme por nada, ni tan siquiera justificar mi presencia allí, como tampoco dar ninguna explicación a nadie que no se mereciera de mi larga ausencia en esos pasillos.

Aunque algunos de los abogados que rondaban esos pasillos ya sabían más o menos lo que me había pasado, porque esa misma mañana, antes de entrar por la puerta de los juzgados, dos abogadas de un bufete con el que solíamos colaborar me habían preguntado que me había pasado.

No tenía por qué ocultar lo que me había ocurrido, así que, sin entrar en detalles les conté el porqué de mi ausencia.

Las dos se alegraron mucho de que ya estuviera más o menos recuperada y me dieron la bienvenida, diciéndome que sin la presencia de la «Loba», esos juzgados no habían sido lo mismo.

Así que estaba segura de que la voz de lo que me había pasado y de mi vuelta correría por esos pasillos como la pólvora y en pocos días todo el mundo lo sabría, incluido Nico.

Di dos pasos más y entonces pude fijarme bien en ellos.

Gonzalo y Carmen Valcárcel iban hablando entre ellos de manera cordial, y pensé para mis adentros que para ser un matrimonio de años no había la más mínima complicidad y mirada de cariño entre ellos, como por ejemplo la había entre mis padres, cuando interactuaban entre ellos.

Mi siguiente mirada fue para la mujer que iba del brazo de Nicolás.

Alta, elegante, sin un pelo fuera de su sitio, con una ropa que dejaba claro que estaba escogida a conciencia para estar a la altura de las personas con las que estaba, en una palabra, perfecta, demasiado quizás.

Iba agarrada al brazo de Nico y los dos reían de forma cómplice, natural, como si todo fuera fácil entre ellos.

Sentí una punzada fuerte en el pecho, por la nostalgia, por la perdida, por la ausencia de él en mi vida.

Por ese amor que yo seguía sintiendo, pese a todo, y que él, al parecer había olvidado hacía mucho, o quizás no olvidó nada porque nunca lo sintió, me dijo algo en mi interior que me golpeó todavía más fuerte.

No me detuve, no bajé la mirada, no me escondí, no tenía por qué hacerlo, yo no tenía nada que esconder ni nada de lo que avergonzarme.

Seguí caminando hacia ellos, hasta que nos encontrábamos apenas a un metro.

Su padre fue el primero que me vio y no pudo mantenerse callado, no esperaba menos del gran Gonzalo Valcárcel, si no metía alguna de sus pullas no sería él.

—Vaya, vaya… Mira quien ha vuelto.

Sonrío, pero no había nada de amable en esa sonrisa.

—La «Loba».

Me recorrió de arriba abajo con la mirada, una llena de desprecio, que sinceramente me dio totalmente igual, a ese hombre no le debía nada y sus miradas y sus palabras me las pasaba por lo que viene siendo el mismo culo.

—Aunque ahora más bien pareces una cachorrita —añadió con malicia.

El porqué de decirme eso, podía tener una explicación al menos lógica a sus ojos, ya que había perdido tanto peso en esos meses que parecía un cadáver andante.

Eso sin contar que aún tenía unas ojeras profundas que se marcaban mucho más de lo normal porque tenía las mejillas hundidas por mi extremada delgadez, y se notaba mucho más porque llevaba el pelo muy corto, ya que, con el tratamiento, se me había caído gran parte de él y decidí cortármelo.

Pero no reaccioné a sus palabras, no cambié el gesto, no le di el gusto.

—La verdad es que hemos estado muy tranquilos sin ti todos estos meses.

Vi como apretaba la mandíbula al ver que yo seguía sin reaccionar, haciendo como que la cosa no iba conmigo, y sonreí para mis adentros porque eso le estaba jodiendo más que si le hubiese replicado.

—¿Dónde te has metido? ¿En alguna cloaca? ¿O en algún agujero de mierda? —insistió, buscándome la lengua.

Ahí sí lo miré, directamente, sin bajar la cabeza, sin dudar, contestándole sin que me temblara la voz.

—En el Infierno.

Se hizo el silencio, uno pesado, denso y por primera vez sentí la mirada de Nico clavarse en mí, ya que, aunque ese momento había mirado a todas partes menos a mí, ignorándome por completo.

Pero esa mirada no fue como antes.

En esa no había calor, no había deseo ni cariño. Había algo oscuro, dolor, ira y desprecio.

Y eso me destrozó más que cualquier palabra que hubiera dicho, porque me revolvió por dentro. Porque me recordó todo, todo lo que fuimos, todo lo que vivimos, todo lo que nunca volvería.

—Desde luego —intervino su madre —, las formas siguen siendo igual de encantadoras.

La miré, lista para responder, lista para no callarme, ya no pensaba hacerlo más, pero no pude porque alguien nos interrumpió.

—Elena.

Me giré hacía la voz, era un colega con el que tenía muy buena relación y que como al resto hacía meses que no veía.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó, pero no por cotilleo sino con interés real por saber.

—Sí, mucho mejor, gracias.

Se acercó un poco más y me apretó el hombro en señal de apoyo.

—Me alegro muchísimo, de verdad.

Asentí volviéndole a dar las gracias.

—Sé lo duro que es, mi hermana pasó por algo parecido, y no solo ella lo pasó mal, toda la familia sufrimos muchísimo.

Tragué saliva.

—Sí, así es, ha sido muy duro, horrible en realidad.

—Las horas eternas en el hospital, el tratamiento, los efectos secundarios —negó con la cabeza —. Es una mierda.

—Lo es.

—Pero lo importante es que estás aquí —sonrió con sinceridad —y que has vuelto.

—Sí.

—Se te ha echado de menos, esto no ha sido lo mismo sin ti.

Esa frase me llegó más de lo que esperaba haciendo que me emocionara y tuviera que parpadear varías veces, para que las lágrimas que se me acumularon en los ojos no salieran.

—Gracias, yo también lo he echado de menos.

Nos despedimos, quedando en tomarnos un café otro día cuando los dos tuviéramos más tiempo.

Y cuando me giré para mirar al frente para marcharme me sorprendí, porque allí seguían los cuatro mirándome, yo había pensado que al darles la espalda se habrían marchado, pero me equivoqué.

Pero algo había cambiado en esos pocos minutos, sus miradas hacia mí ya no eran iguales.

En ellas ahora había preguntas, muchas, demasiadas, sobre todo en los ojos de Nicolás, donde también había una confusión muy grande.

La primera en hablar fue ella, su novia.

De la que desconocía su nombre y ni falta que me hacía saberlo la verdad.

—¿Has vuelto a los juzgados para dar pena?

La miré con calma, una que no sentía, pero sí que era capaz de aparentar, en los últimos meses me había hecho experta en hacerlo.

—No —dije dando un paso hacía ella.

—He vuelto para retomar mi vida, y para seguir siendo lo que siempre he sido.

Hice una pausa.

—Abogada —añadí.

Solté eso, como un golpe y sin decir más, avancé y les esquivé para marcharme y dejarlos atrás, pero de verdad, no solo ahí en los juzgados, sino también en mi vida.

Pero entonces…

—¿Qué te ha pasado?

Su voz, esa que llevaba meses sin oír y que la última vez que lo hice me rompió, me hizo detenerme, sin querer, sin poder evitarlo.

Cerré los ojos un segundo y me giré.

—Esa pregunta llega nueve meses tarde.

Su mirada estaba fija en mí, y ya no era la misma que momentos antes, en ella había algo que no supe identificar.

—¿Qué te ha pasado? —repitió.

—¿No lo sabes?

—No

—Tampoco creo te importe a estas alturas o quizás tampoco lo hubiera hecho entonces —dije, soltando una risa amarga.

Volvió a mirarme, esta vez fijándose bien en mí, en todo mi cuerpo, en los cambios que este había sufrido y cuando sus ojos volvieron a los míos, vi que empezaba a entender o al menos sospechaba lo que había pasado.

—No puede ser… —susurró.

—Claro que puede ser.

—No…tú no te presentaste a la cena.

Ahí, ahí justo fue cuando algo dentro de mí, se rompió de todo.

—No te dije que no iría.

Me miró con intensidad, no me contestó, tampoco esperaba que lo hiciera.

—Te dije que no podía ir, y había una buena razón.

—Una razón qué tú no quisiste escuchar, una que no me diste la oportunidad de explicar.

Su respiración se cortó, lo vi, lo sentí igual que vi cómo se tensaba al comprender mis palabras, pero ya era tarde, demasiado tarde.

—Me dejaste con la palabra en boca y decidiste por los dos.

—Decidiste que Elena y Nico, desaparecieran ese día. Ahora solo quedan la «Loba» y el «Príncipe», como siempre debió ser.

—Elena…

—Ya no soy Elena para ti.

Me giré y di dos pasos más para marcharme, pero antes giré la cabeza.

—Y podéis quedaros tranquilos, tu imbatibilidad de estos nueve meses seguirá intacta, ya que no volveremos a enfrentarnos en ningún juicio.

—Al final no te hizo falta el plan para conseguir que me apartara de tu camino, el destino se puso de tu parte.

—¿Por qué? —preguntó.

—Tú, tomaste tu decisión y yo, he tomado la mía.

No dije más, miré al frente y con la cabeza bien alta y pasos firmes caminé hacía la salida, dejando a los cuatro allí sin opción de decirme nada más.

Capítulo 34



Nicolás

Me desperté con el mismo pensamiento de siempre.

Ella, siempre ella.

Antes incluso de abrir los ojos, antes de ser consciente del día, del juicio de la gente, de lo que me esperaba, ese pensamiento siempre era para ella.

Elena.

A mi mente vino sin permiso como cada mañana, su risa, su mirada, su manera de tocarme. Y durante unos pocos segundos todo era perfecto porque volvía a ese barco, donde todo empezó.

Volvía a su piel, a sus labios, a sus manos buscándome como si yo también fuera su refugio.

Sacudí la cabeza y como siempre todo lo bueno desapareció y llegó el golpe, la realidad. Abrí los ojos y lo primero que sentí fue rabia, esa rabia que llevaba meses arrastrando.

—No fue —dije en alto para recordármelo bien.

—No quiso ir.

Cerré los ojos con fuerza, y la rabia fue en aumento porque pese a todo, dentro de mí había algo más, eso que seguía sintiendo por ella y que después de tanto tiempo no había conseguido que desapareciera, y eso era lo que más me frustraba, seguir queriendo a una mujer que me engaño, que me manipuló a su antojo y que nunca me quiso.

Habían pasado nueve meses y muchas cosas habían cambiado, demasiadas, pero lo que no había cambiado lo más mínimo eran mis sentimientos por ella, esos seguían intactos, latentes, dolientes.

Nueve meses sin saber nada de ella, desde ese día, desde el día que me partió el corazón.

Durante esos meses no había vuelto a saber nada de Elena, fue como si se la hubiera tragado la tierra, todo ese tiempo sin oír su voz, sin sentir su piel, sin ver su sonrisa.

Mi orgullo herido no me había dejado preguntar dónde estaba o por qué se había marchado.

Y hubiera sido fácil saberlo porque estaba seguro de que Álvaro lo sabía, ya que el seguía con su relación con Marta, y ella era imposible que no lo supiera y por extensión, él. Pero aun así no pregunté porque saber dolía.

Me levanté de la cama con cansancio, pero no físico, sino emocional lamentándome como cada mañana.

—Sal de mi cabeza ya, joder —dije frustrado

Salí de la ducha y me apoyé con las manos en el lavabo e intenté concentrarme en lo que me esperaba ese día.

El juicio, de los importantes, de los que llenaban la sala, de los que salían en la prensa, de los que ya no tenían ninguna emoción para mí, porque en ninguno me enfrentaba a ella.

En el juicio estarían ellos, mis padres, por supuesto que estarían, era uno de los juicios más importantes y mediáticos en los que había participado, y ellos tenían que estar allí para salir en la foto a mi lado.

Y también estaría ella.

Virginia, mi novia.

Perfecta, impecable, brillante, la abogada ideal y una copia exacta de mi madre, eso me parecía a mí, quizá por eso, mis padres la adoran.

Me la habían metido tanto por los ojos, hasta el aburrimiento, y al final acabé cayendo y cedí, otra vez a sus deseos. Ya hacía dos meses que había empezado a salir con ella.

No voy a ser hipócrita y decir que estaba mal con ella, porque no era así.

Era guapa, inteligente y ambiciosa, y con ella todo era fácil, demasiado, solo tenía algo malo.

Que no era Elena y nunca lo sería, y eso, era lo único que importaba, aunque no quisiera admitirlo.

El juicio fue perfecto, como siempre.

Frio, preciso, impecable, así fui durante todas las preguntas que les hice a los testigos, con todas las pruebas que presentamos y con el alegato final.

Ese en el que al estar de espaldas al público mirando solo al juez siempre me hacía recordar aquello que tanta gracia me hizo de Elena, cuando me dijo que en esos momentos siempre se quedaba mirándome el trasero.

Pues al parecer eso nunca más volverá a pasar porque ella ya no está, me dijo mi mente mientras salía de la sala acompañado de mis padres y de Virginia.

—Sabía que no fallarías —dijo mi padre, con esa media sonrisa de superioridad que parecía tener tatuada en la cara.

—Brillante, Nicolás —añadió mi madre.

Virginia se acercó a mí y se agarró a mi brazo después de darme un corto beso en los labios.

—Has estado increíble cariño.

—Gracias —les contesté a los tres.

Pero pese a haber ganado no sentí nada, solo vacío, el mismo que llevaba sintiendo nueve largos meses.

Empezamos a hablar de ir a comer juntos a casa de mis padres para celebrarlo, mientras caminábamos por los pasillos de los juzgados y fue entonces cuando lo noté.

Un cambio en el aire, un aroma familiar, algo que mi cuerpo reconoció antes incluso de que yo la viera.

Elena, pensé, y no solo eso, la sentí.

Levanté la mirada y sí, allí estaba ella delante de nosotros, mi corazón se detuvo literalmente, porque por fin después de tantos meses allí estaba de nuevo.

Pero cuando me fijé bien en ella, lo vi enseguida.

No era la misma y algo dentro de mí se tensó porque lo primero que vi no fueron sus ojos, a esos no me atreví a mirar así de primeras, vi todo lo demás. Su delgadez, que era demasiada, sus ojeras, imposibles de disimular, aunque se hubiera puesto un kilo de maquillaje. Su piel, muy pálida, y su cuerpo más frágil.

Era como si la vida le hubiera pasado por encima.

Mi padre fue el primero el hablar, como no podía ser de otra manera.

—Vaya, vaya… —empezó a decir.

Y siguió atacándola, incluso mi madre también lo hizo.

Pero no escuché, no quería, no podía, solo la miraba. Y cuanto más lo hacía más claro tenía que algo no iba bien, que algo había pasado.

Y la certeza llegó cuando un abogado del que no recordaba su nombre se paró a su lado y hablaron un par de minutos y las palabras: hospital, tratamiento y sufrimiento salieron a la luz.

Sentí un golpe en el estómago, muy fuerte.

—¿Qué te ha pasado?

Ni siquiera supe en qué momento de la conversación llegó mi pregunta porque salió sola de mis labios sin que pudiera siquiera controlarla, mis ansias de saber eran más grandes que el control de mí mismo.

Ella me miró directamente a los ojos y ver todo lo que dijeron sus ojos me atravesó como un rayo. Había muchas emociones en ellos, pero la más grande y la que primaba por encima de todas era el dolor, uno enorme.

—Esa pregunta llega nueve meses tarde.

Repetí mi pregunta, pero ella me pregunto qué si no lo sabía, le dije que no y me dijo que ya daba igual, que a estas alturas no creía que me importara saberlo y que quizás antes tampoco me importó.

Joder, cómo no me iba a importar, quise gritarle… ¡¡Si para mí, eras mi mundo entero!! Pero no lo hice.

Volví a mirarla, volví a repasar su cuerpo y la conversación del abogado de unos minutos antes y la verdad me golpearon tan fuerte, que quise morirme.

Había estado enferma y yo no lo sabía, y encima no parecía que hubiera sido algo leve.

—No puede ser —susurré.

—Claro que puede ser.

—No…tú no te presentaste a la cena.

Ahí vi que al decirle eso algo se rompía dentro de ella.

—No te dije que no iría.

Se tomo unos segundos y cogió aire antes de seguir.

—Te dije que no podía ir, y había una buena razón.

—Una razón que tú no quisiste escuchar, una que no me diste la oportunidad de explicar.

Mi respiración se paró y todo el aire que tenía en los pulmones ahogándome, porque no era capaz de dejarlo salir al oírla decir eso.

—Me dejaste con la palabra en la boca y decidiste por los dos.

—Decidiste que Elena y Nico, desaparecieran ese día. Ahora solo quedan la «Loba» y el «Príncipe», como siempre debió ser.

—Elena…—dije dando un paso hacía ella, pero retrocedió.

—Ya no soy Elena para ti.

Eso sí que dolió, más que cualquier cosa.

Se giró para marcharse, pero en el último momento nos miró a todos, a los cuatro y nos dijo que nos quedáramos tranquilos, que no hizo falta que el plan funcionara, que la vida la había quitado de mi camino y que así seguiría siendo porque nunca más nos enfrentaríamos en un juicio.

No, joder, no me hagas esto, necesito que nos enfrentemos, necesito que ahí dentro seamos otra vez la «Loba» y el «Príncipe».

—¿Por qué?

—Tú, tomaste tu decisión y yo, he tomado la mía —dijo, antes de girarse del todo y marcharse hacía la salida.

Y ahí lo supe. La había cagado, pero no un poco, no, la había cagado hasta el fondo. No se había marchado de mi vida, yo mismo la eché.

Capítulo 35



Nicolás

Me quedé mirando como se marchaba sin poder reaccionar, pero cuando la puerta de los juzgados se cerró y ya no la vi, cuando solo quedó si ausencia otra vez no pude soportarlo.

Sin girarme le dije a los demás.

—Perdonad, tengo algo que hacer.

Y salí de los juzgados a toda prisa esquivando a todos lo que me cruzaba sin contestar a las felicitaciones que me daban, o las palmadas en el hombro que me rozaban.

Nada me importaba en ese momento, nada, solo ella, solo alcanzarla.

Sali a la calle y miré en todas direcciones hasta que la vi.

—Elena…—susurré su nombre con dolor.

Ya estaba en la acera de enfrente caminando con los hombros hundidos como si encima llevara todo el peso del mundo.

Cruce corriendo como alguien que llega tarde, poque en verdad llegaba tarde, muy tarde y saber eso me estaba matando cada segundo que pasaba un poco más.

No pensé solo actué.

La agarré del brazo para frenarla.

—Elena.

Se detuvo, lenta, como si no quisiera hacerlo, pero no le quedara más remedio porque mi agarre le impedía seguir.

Primero miró mi mano en su brazo y después me miró a los ojos y ahí mi corazón se saltó un látigo, la tristeza que había en sus ojos era imposible de disimular.

—Dímelo, por favor —le rogué.

Siguió mirándome en silencio sin hablar, pensando, dudando.

—Necesito saberlo —añadí, volviendo a rogar.

Volvió a mirarme y vi como ya no dudaba, vi cómo se rendía.

—No fui a la cena porque estaba en el hospital, Marta llamó a una ambulancia cuando me desplomé en casa mientras preparaba el vestido que iba a ponerme.

El mundo se detuvo a nuestro alrededor o al menos el mío.

—¿Qué?

—Unas horas después de que me mandaras a la mierda.

Cada palabra era un golpe más fuerte que el anterior.

—Me dijeron después de hacerme muchas pruebas que tenía un tumor cerebral.

No, no, no, no.

Mi mente repetía una y otra vez esa palabra porque no podía ser cierto, no podía creerlo.

—Dios mío, Elena…

—Una semana después me operaron y tuve que irme con mis padres porque sola no podía estar.

—Después llegó la quimio, el tratamiento, las largas horas en el hospital, los efectos secundarios que me tenían en cama durante días.

No pude tragar ni saliva, ni mucho menos hablar.

Solo me quedé mirándola, viendo como pese a todo esa fuerza que siempre había tenido dentro era la que la había ayudado a seguir adelante.

—Nueve meses, ese es el tiempo que ha durado mí estancia en el infierno en el que he estado metida.

Nueve meses, joder, nueve meses en los que mientras ella estaba pasando el peor momento de su vida yo había seguido adelante, sin ella, sin mirar atrás, sin querer saber, odiándola e incluso rehaciendo mi vida con otra mujer.

En la vida me había sentido tan miserable como en estos momentos.

—No…lo…sabía —dije titubeando.

—Lo sé.

—¿Ya estás bien? —me atreví a preguntar.

—Lo estaré, supongo —me contestó y supe que no se refería a su estado físico, sino a su estado emocional ese que se veía que estaba muy tocado.

Me miró una vez más y a pesar de todo me sonrió.

Pero esa no era la sonrisa que yo tenía grabada en mi memoria, esa no llegaba a sus ojos, era una sonrisa triste, una sonrisa de despedida.

—Adiós Valcárcel —dijo, antes de soltarse de mi agarre y marcharse caminado.

Y ese adiós fue el golpe mortal que me faltaba para que el mundo se me cayera encima.

Porque ahí supe que ya no era para ella, ni Nico, ni Nicolás, ni siquiera el «Príncipe».

—¿Y qué esperabas idiota? —me pregunté en voz alta.

No quisiste saber, la echaste de tu vida sin más, seguiste adelante y se lo has demostrado hace unos minutos cuando te ha visto con Virginia colgada de tu brazo.

Es normal que piense, que para ti no fue nadie, que fue un calentón pasajero o que de verdad sí quisiste seguir con tu plan, aunque se lo contaras.

Es lógico que piense que nunca la has querido, por eso no te molestaste ni en cogerle el teléfono todas las veces que te llamó, seguramente para contarte lo que estaba pasando, me contestó mi mente.

Mis ojos se llenaron de lágrimas que salieron sin control mientras mi respiración se aceleraba cada vez más y mi corazón bombeaba a toda velocidad por la angustia que estaba sintiendo.

No sé cómo llegué a casa de Álvaro, solo recuerdo que llamé a la puerta por inercia y que cuando abrió y me vio la cara, lo supo.

—La has visto.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dije con voz rota.

Álvaro no grito, no se enfadó, no me recriminó, solo me miró y se encogió de hombros.

—Porque no quisiste saber.

Negó con la cabeza.

—Te dijo que no podía ir, no que no quisiera y tú te cegaste, no escuchaste, te cerraste en banda.

—Joder…

—Ella me pidió que no te dijera nada, cuando le bloqueaste el teléfono dio por hecho que te importaba una mierda lo que le pasara.

—Y elegí respetar su decisión, tú eres mi hermano, pero ella, es mi amiga.

No supe que decir, porque tenía razón en todo.

—La he cagado…

Mi voz se quebró.

—La he cagado, pero muchísimo.

Y allí mismo, en casa de Álvaro, y abrazado a él, exploté y saqué de dentro todo lo que llevaba guardando durante nueve meses.

Cuando llegué a casa de mis padres seguían allí con la comida en la mesa, esperándome, para comer estaba yo, vamos.

—Por fin —dijo mi madre —, pensábamos que te habías perdido.

La miré y algo en su tono y la mirada que cruzo con Virginia me hizo parar.

Se habían hablado con la mirada y no me gusto ni un pelo lo que vi, demasiada complicidad y algo que no supe identificar.

—Con lo bien que ha ido todo —añadió —. Aunque algunas cosas nunca cambian.

—¿A qué te refieres?

—A que hay personas que nunca cambian por mucho que se esfuercen, y siempre terminan donde les corresponde.

—En las cloacas —dijo mi padre, riéndose.

—O en los hospitales —añadió Virginia sin pensar.

Mi madre, la miró rápido recriminándole que había metido la pata, pero fue tarde, las había visto.

La sangre empezó a hervirme como nunca jamás en la vida lo había hecho.

—¿Qué has dicho? —le pregunté, apretando los dientes y los puños.

Mi voz les puso en alerta a los tres porque salió demasiado ronca, demasiado peligrosa y amenazante.

—No es el momento de…—empezó a decir mi padre, pero lo corté.

—¡¿Lo sabíais?!

El silencio fue absoluto, y en ese silencio y con el cruce de miradas que se dieron los tres, lo entendí todo.

—Lo sabíais…—dije negando con la cabeza.

Di un paso atrás y luego otro más.

—¡Y no me dijisteis nada!

Mi madre suspiró.

Mi padre carraspeo.

Virginia me retiró la mirada.

—No era relevante —dijo mi madre.

La fulminé con la mirada, a los tres en realidad, y ahí ya no pude más y exploté.

—¡¿No era relevante?!

Mi voz retumbó en toda la casa y los tres me miraron con los ojos abiertos como platos.

—¡¿Qué la mujer a la que llevo años amando estuviera enferma no era relevante?!

—¿Eso me estás diciendo?

—Te engañó —dijo mi padre.

Lo miré con una rabia que nunca había sentido en la vida, porque me di cuenta de que le importaba una mierda mis sentimientos, mi dolor, mi felicidad y todo lo demás.

Solo se importaba así mismo, su puto estatus y quedar por encima de quien fuera.

—¡No!

—El engañado he sido yo.

—Por vosotros —añadí.

Miré a Virginia, que no decía nada y que miraba a mi madre buscando algo en su mirada.

—Tú no estás aquí por casualidad, ni porque eres buena abogada, ¿no?

La rapidez con la que me retiró la mirada la delató.

—No hace falta que contestes, tu mirada te ha delatado —dije con una risa amarga

—¿Qué te han prometido por seducirme y tenerme distraído para que no pensara en ella?

—No…

—No intestes negarlo.

—Era necesario —dijo mi madre alzando la cabeza, creyéndose la dueña del mundo.

Mi carcajada salió tan alta casi como los gritos anteriores que había dado.

—¿Era necesario? ¿En serio? ¿Pero tú te estás oyendo?

—Soy tu madre y te conozco mejor que nadie.

—No vino a la cena y en un principio pensé que con eso era suficiente para que la odiaras.

La miré y negué con la cabeza.

—Pero enseguida me di cuenta de que esa desgraciada seguía en tus pensamientos.

—Solo era cuestión de tiempo que, si no se moría, volviera y te enredara de nuevo. Si cuando volviera ya estabas con otra mujer, una echa a tu altura, no tendría ninguna posibilidad.

—¡No tienes ni puta idea de cómo soy, no me conoces en absoluto!

—Si lo hicieras sabrías que por muchas mujeres que me hubiera llevado a la cama o por muchas que me pasarais por delante.

Hice una pausa para coger aire y dar más énfasis a mis siguientes palabras.

—Nunca, y escúchame bien, nunca, dejaría de amar a Elena.

—Deja de decir tonterías, esa mujer no es para ti —dijo mi padre enfadado.

—Lo es, es la mujer de mi vida.

—Pues ya te puedes ir olvidando, porque no volverá contigo, la abandonaste sin miramientos en su peor momento —dijo Virginia con malicia.

—Si me sigue queriendo solo la mitad de lo que yo la quiero a ella, me perdonará.

—Y me voy a dejar la piel y la vida si hace falta para que me perdone. Así tenga que recorrerme todo Madrid de rodillas o vender mi alma al Diablo.

—No te atrevas Nicolás —me advirtió mi padre.

—¿Quieres saber por dónde me voy a pasar desde hoy tus advertencias, tus amenazas y tus órdenes?

—¡¿Quieres saberlo?!

—Por el forro de los cojones, por ahí me voy a pasar todo lo que tenga que ver con vosotros.

—¡Nicolás! —chilló mi madre.

—¡Ni Nicolás, ni nada!

—Hasta aquí hemos llegado, podéis iros a la mierda los tres. No quiero saber nada de vosotros, sois despreciables.

No dije nada más, todo estaba dicho. Me di la vuelta y me fui dando un portazo.

Esa noche no pegué ojo, vi pasar todas a horas del reloj, todas.

Y mientras lo hacía, Elena, no salió de mi mente ni un solo momento. Repasé una y otra vez todo lo que había pasado ese día. Su imagen en bucle pasó por mi cabeza todo el tiempo.

Casi al amanecer con su imagen en mi mente me di cuenta de algo que me hizo sonreír y llevarme la mano a la mía, esa que nunca me había quitado.

La pulsera, seguía llevándola, eso quería decir que me seguía queriendo.

Capítulo 36



Elena

Habían pasado dos meses.

Dos meses desde que volví a los juzgados, dos desde que volví a verlo.

Durante ese tiempo intenté no volver a caer. Al principio fue fácil, o eso creí. Todo fue trabajo, rutinas, juicios, cenas llenas de risas con Marta en casa, a las que también solía unirse, Álvaro.

En ese tiempo intenté mantener la cabeza ocupada, no pensar, no sentir, solo dejar que pasara el tiempo y que él saliera poco a poco de mi cabeza.

Pero pasado un mes desde nuestro encuentro en los juzgados, el día de mi vuelta, las cosas empezaron a cambiar.

Nico no me lo estaba poniendo nada fácil.

El último mes aparecía siempre, por todos lados, en los pasillos, a la salida de los juzgados, en la puerta del bufete.

Esperándome.

Salí del juzgado después de ganar otro juicio, otro más a la larga lista que llevaba a mis espaldas. Ni uno solo había perdido desde que volví, pero no enfrentarme a él, tengo que reconocer que lo echaba de menos y hacía que los juicios fueran buenos y ganarlos, satisfactorio, pero menos emocionantes.

Empujé la puerta de salida y resoplé, ahí estaba otra vez esperándome, como casi cada día.

—Elena, por favor…

—Déjame hablar contigo, solo cinco minutos.

Siempre lo mismo, siempre el mismo ruego, siempre la misma petición y por mi parte la misma respuesta, una negativa, pasos acelerados y dejarlo atrás.

Siempre que se me acercaba veía en él lo mismo en su mirada, esa que conocía demasiado bien.

Esa que decía lo que yo no le dejaba decir en voz alta.

Estaba llena de preocupación, culpa, y algo más que seguía ahí intacto, amor. Ese mismo amor que tantas veces vi reflejado en sus ojos durante el crucero.

Pero, aun así, y aun viendo todo eso, algo en mi interior no me dejaba o no quería ceder, no después de todo lo que había pasado. No después de los meses en el peor momento de mi vida en los que sentí su ausencia y su abandono.

No quería sufrir más, así qué, había levantado a mi alrededor unos muros altos, fuertes y difíciles de derribar, pero al parecer él estaba dispuesto a estar ahí golpeando a diario para derribarlos.

—No, Nicolás.

—No quiero hablar, no insistas.

Me di la vuelta dejándolo allí con esa mirada de tristeza que ponía ante mi negativa, esa que cada día que la veía hacía mella en mí y derribaba una piedra de ese muro, aunque fuera pequeña.

Me marché sabiendo que al día siguiente volvería a insistir, porque ya no era el mismo, no el mismo que era el día de nuestro reencuentro.

Había cambiado.

Lo sabía por cada gesto, por cada palabra contenida, por cada silencio, por cada mirada que cruzábamos, por todo lo que había cambiado en su vida y lo sabía porque él mismo me lo había dicho.

No había ni cruzado la calle cuando sentí como alguien pasaba rápido a mi lado, se ponía delante cortándome el paso y cuando levanté la mirada fruncí el ceño porque ahí estaba otra vez él.

Al parecer ese día su insistencia iba a llegar un poco más allá.

—He dejado el bufete, lo dejé el mismo día que volviste.

Eso me impactó mucho, siendo sincera, así que por primera vez desde que había querido hablar le dejé hacerlo.

—¿Qué?

—Corté todo contacto con mis padres.

—Y con Virginia —añadió.

En ese momento sentí algo removerse dentro de mí, porque eso era algo que jamás pensé que pasaría.

—Estoy montando mi propio despacho con Álvaro.

Mira mi amigo, que calladito se lo tenía, pensé en ese momento. En ninguna de las ocasiones que había venido a casa había dicho nada, ni tampoco Marta.

Aunque, claro, eso tampoco me extraño porque les había pedido por activa y por pasiva que no me hablaran de Nico, ni de nada que estuviera relacionado con él.

Levanté la cabeza y lo miré, de verdad, por primera vez en semanas lo vi.

No había arrogancia, no había soberbia, solo había decisión firme y verdad en sus palabras.

Pero, aun así y aun viendo todo eso, no pude ceder, porque no era suficiente, aun no, necesitaba sanar un poco más. Necesitaba dejar el dolor atrás para poder volver a quererlo sin dudas, sin heridas abiertas, sin rencor.

—Me alegro por ti, espero que os vaya muy bien.

Solo le dije eso y como había hecho los demás días apreté el paso y lo dejé atrás, mirándome con tristeza.

Esa noche en casa fui yo la que sacó el tema cuando Álvaro, se nos unió a la cena. Le pregunté qué había pasado para que las cosas estuvieran así y aunque le costó contármelo porque pensaba que eso le correspondía hacerlo a su amigo, al final acabo cediendo.

Me contó como Nico, se derrumbó en su casa, como después fue a casa de sus padres y tuvo una bronca monumental con ellos, cuando se enteró de que ellos y Virginia, sabían que yo estaba enferma desde el principio.

Como se enfrentó a ellos y les recrimino que no se lo dijeran. Como ellos se lo habían ocultado a conciencia para que no corriera a mi lado.

Me contó también el porqué de sus duras palabras hacía mí, el día de la cena.

Que el motivo no fue otro que estaba con la cabeza muy caliente por todo lo que le habían dicho sus padres, manipulándolo una vez más y poniéndolo en mi contra y diciéndole que se la iba a jugar y que yo no iría a la cena a modo de venganza.

Y por casualidades de la vida, eso pasó, no fui, pero no por los motivos que él pensaba, pero que yo no apareciera y después de lo que le habían dicho sus padres, creyó que ellos tenían razón.

Me contó también que la aparición de Virginia no había sido casual, sino otra treta por parte de sus padres para intentar que me olvidara.

Vamos que, durante dos horas, Álvaro, habló sin parar contándome todo lo que había pasado en la vida de Nico, y que yo no había querido saber hasta ahora sin dejarse nada en el tintero.

Cuando terminó de hablar, un largo silenció nos envolvió a los tres, silencio que duró hasta que fue Marta la que se atrevió a romperlo haciéndome la gran pregunta.

—¿Vas a perdonarlo?

—Marta…

—La ha cagado y mucho, él lo sabe, lo sabemos todos, pero…

— ¿Crees qué no se merece una segunda oportunidad? —me dijo Álvaro, con esperanza en la voz.

—Estoy muy dolida, me falló, no estuvo cuando más lo necesité.

—Pero, aun así, lo sigues amando, aun dolida, aun llena de rabia y dolor, no has podido dejar de quererlo.

No pude rebatir las palabras de Marta, porque todas y cada una de ellas eran totalmente ciertas.

Seguía dolida, sí.

Estaba llena de rabia, también

Pero no solo por la actitud de Nico, sino por todo, por la enfermedad, por haberse dejado manipular, por no haberme escuchado y por ese «no quiero volver a verte» que seguía teniendo clavado en el alma como un cuchillo lanzado a traición.

—Nadie te pide que te lances a sus brazos y que hagas como si nada hubiera pasado, ni siquiera Nico quiere eso. Solo queremos que vayas dejando el dolor poco a poco atrás.

—No pienses solo en lo malo que ha pasado entre vosotros, piensa también en lo bueno. Recuerda todo y cuando veas como estás mejor, con él o sin él, entonces toma una decisión.

Pues con él, quise decirle a Marta, pero no pude, las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—Nico sabe que lo tiene muy difícil, aun así, no piensa rendirse, te ama —dijo Álvaro.

Y lo sabía, joder, claro que lo sabía, lo veía cada día en sus ojos.

—No puedes negar que es insistente —dijo Marta, soltando una risilla.

Insistente, rozando lo pesado más bien, pensé.

Pero, aun así, su insistencia me calentaba el corazón más de lo que me molestaba o irritaba.

—Me voy a la cama, estoy cansada.

Me puse en pie y me acerqué a los dos para darles un beso en la mejilla.

—Elena, piénsalo, la vida te ha dado una segunda oportunidad para vivir, que mejor manera de hacerlo que con el hombre de tu vida a tu lado y amándote más que a nada.

Asentí a las palabras de Álvaro y me fui a la cama.

Esa noche apenas pegué ojo.

Me dediqué durante horas a seguir el consejo de mi amigo y a repasar todo lo bueno y lo malo que había pasado junto a Nico.

Malo era el abandono por su parte cuando más lo necesitaba, dejándome de lado con sus duras palabras, aunque la culpa no fuera en realidad toda suya.

Algo de culpa tenía yo también.

O toda en realidad.

Porque si cuando estaba desplomada en el suelo de mi habitación y Marta insistió en llamarlo para decirle lo que pasaba la hubiera dejado hacerlo, seguramente no habría pasado todo lo que vino después.

También pensé en lo bueno que habíamos vivido y eso desde luego que ganaba por goleada a lo malo.

Me levanté con la decisión tomada.

Lo perdonaría.

Con la enfermedad que había pasado, la vida me había enseñado que no se puede dejar de vivir los momentos buenos que te vienen.

Porque en cualquier momento tu reloj vital se puede parar y te puedes arrepentir de no haber vivido lo que realmente querías, por miedo.

Capítulo 37



Elena

Ese día no tenía no tenía ningún juicio, pero después de pasarme por el despacho recordé que tenía que presentar unos documentos en el juzgado sin falta ese día, así que me cogí un taxi y me fui allí a media mañana.

Dejé los documentos en el despacho del juez correspondiente y salí de allí recorriendo los pasillos hasta la salida.

Unos metros antes de llegar a la puerta de salida de los juzgados los vi.

Allí de pie estaban los padres de Nico y por cómo me miraron, supe que me estaban esperando. Se avecinaba gresca, pensé antes de coger aire y soltarlo de golpe.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo él.

No respondí, intenté seguir, pero se me cruzaron los dos delante impidiéndome el paso.

—Has vuelto. ¿Para qué? ¿Para desestabilizar a mi hijo?

Apreté la mandíbula y me mordí la lengua.

No estábamos en el mejor sitio para decirles las cuatro verdades que se merecían y que llevaba dentro clavadas como una esquina, que pinchaba cada vez más.

—¿Para apartarlo de nosotros?

—¿O para terminar lo que empezaste? —preguntó ella, mirándome con odio.

Respiré hondo y cerré los ojos un momento antes de contestar.

—No tengo nada que hablar con ustedes.

—Claro que no —intervino él —, porque no tienes nada que decir.

Me miró con desprecio y alzando la cabeza desafiante antes de seguir.

—Eres una abogada mediocre.

Con esas palabras algo dentro de mí, despertó.

—Solo has tenido suerte nada más, pero la suerte se acabará y entonces todos verán, lo que realmente eres.

Sonreí.

De manera lenta, peligrosa, saboreando en mi interior lo que no pensaba callarme más.

Levanté la mirada y vi que justo detrás de ellos estaban Álvaro y Nico con la mirada en llamas al ver como los Valcárcel me habían acorralado allí casi a las puertas del juzgado donde pretendían humillarme delante de todo el mundo.

Vi que los dos estaban más que dispuestos a intervenir, pero con una sola mirada que los dos entendieron a la perfección les pedí que me dejaran luchar esta batalla a mí sola.

Asintieron y se quedaron cruzados de brazos esperando expectantes a ver qué era lo que iba a pasar.

—¿Suerte?

Di un paso hacia ellos envalentonada.

—¿De verdad?

Mis ojos se clavaron como dagas en los de Gonzalo y el frunció el ceño.

—Qué curioso.

No dijo nada, solo me miró en silencio, bien, dije, cállate.

—Porque usted no parecía pensar eso cuando se pasó meses buscándome.

Su expresión cambio ligeramente, pero lo hizo y la de ella también.

—¿Perdón?

—¿O ya no recuerda a aquella estudiante brillante a la que buscó hasta debajo de las piedras?

Di otro paso hacía ellos.

—¿La primera de su promoción?

—¿La qué batió todos los récords de notas?

Siguió el silencio por su parte.

—¿La que usted intentó fichar para su despacho?

Carmen negó con la cabeza y Gonzalo se tensó.

—Eso es mentira.

—¿Sí? —le pregunté sonriendo.

—¿También es mentira qué fue varias veces a la facultad a preguntar por mí? ¿O que pidió mi expediente para saber quién era y como me llamaba?

—Gonzalo, sabes que no miente, lo hiciste.

Esa voz a mis espaldas me hizo girarme para mirarlo y sonreír.

Ricardo.

Se acercó hasta nosotros, tranquilo, seguro, imponiendo sin pretenderlo como hacía siempre.

—Nos conocemos desde hace muchos años, Gonzalo, y sabes perfectamente que dice la verdad.

Todos notamos incluso Álvaro y Nico que estaban detrás, como Gonzalo apretaba los puños con fuerza y se tensaba mucho más de lo que estaba.

—De hecho —continuó —, tuve suerte.

Lo mire y sonrió mientras me pasaba un brazo por los hombros pegándome a él con cariño, ese que nos teníamos los dos después de tantos años, trabajando juntos codo con codo y compartiendo el día a día, en su despacho como la pequeña familia que éramos.

—Porque de todas las opciones que tenía que no eran pocas, me eligió a mí.

—Porque en mi despacho llevamos algo más que expedientes, cosa que en tu despacho no pasa.

El ambiente se volvió denso, mucho, y la tensión podía cortarse con un cuchillo y, aun así, Ricardo, no se calló.

—Estuvo allí, vio tu bufete y en cuanto puso un pie dentro supo que no era su sitio, porque allí no hay compañerismo, ni respeto ni nada que valga la pena.

Al decir eso vi la sorpresa en los ojos de Nico y me preguntó con la mirada si era cierto, si era verdad que había estado allí, si los había visto trabajar y no quise quedarme porque no me gusto lo que vi.

Asentí con la cabeza y él me miró con orgullo y admiración por haber tomado tan joven una decisión tan acertada.

Sonrió y no pudo contenerse más, rodeó a sus padres y se puso a mi lado dando a entender que al igual que yo elegí hacía ya muchos años cual era mi sitio, él también había elegido el suyo.

A mi lado.

Conmigo.

—Elena…—susurró.

No le contesté, pero algo dentro de mí cedió.

Con ese gesto, con la mirada y la sonrisa que me había dedicado segundos antes hizo que las últimas piedras que quedaban de ese muro que yo misma habían levantado entre nosotros, se derrumbaran de golpe.

—El tuyo tenía algo que no tenía ninguno más y me hizo sentir…
—En casa —dijimos Ricardo y yo a la vez.

Nos sonreímos y ya no hizo falta decir nada más.

Todo estaba dicho.

—Te vas a arrepentir de esto —dijo Gonzalo a Nico, señalándome a mí.

—Me arrepiento de muchas cosas de las que he hecho en mi vida.

—Pero si algo tengo claro y no solo yo, sino también mi corazón es que de quererla no me arrepentiré en la vida.

Mi corazón se saltó dos latidos al oírlo decir eso allí delante de todo el mundo.

Porque no solo estábamos nosotros, muchos compañeros unos más cerca, otros más lejos estaban con las miradas fijas en nosotros, pendientes de todo lo que estaba pasando.

Gonzalo y Carmen, tras las palabras de su hijo, nos miraron a todos con despreció y sin decir ni una palabra más, pasaron por nuestro lado y se marcharon a toda prisa.

—Elena, por favor…—otra vez ahí estaba su ruego para que habláramos.

—Hoy no puedo, pero pronto, ¿vale? —Nico asintió sonriendo y nos despedimos con una mirada que dijo más que cualquier palabra.

Ese día llegué a casa mucho más ligera, como si me hubiera quitado un gran peso de encima y en realidad así había sido.

Decirle la verdad a Gonzalo de quien era había sido liberador a la vez que muy placentero, y contar con la ayuda de Ricardo para hacerlo todavía lo fue mucho más.

El gran Gonzalo Valcárcel se quedó con la cara partida al igual que lo hizo su mujer, cuando supo que la mujer, la única que había sido capaz de ganar a su hijo y por extensión a ellos, era la mujer que no quiso formar parte de su bufete.

Vi en su mirada la rabia que le recorrió todo el cuerpo al saber que no había querido pertenecer a su bufete y que incluso viendo las maravillosas instalaciones que tenían, porque en eso no podía mentir, las tenían, pero con todo y con eso los descarté sin despeinarme siquiera.

Le jodió y mucho que la «Loba» no hubiera elegido estar en el bufete más prestigioso de la ciudad, no solo porque fuera la mejor de mi promoción y de muchas más en años.

No, no solo fue por eso, fue porque si yo hubiera estado con ellos, su hijo no hubiera perdido ningún caso, ni yo tampoco y él tendría el doble de prestigio con dos abogados imbatibles.

Pero el destino quiso que Nico y yo fuéramos rivales de piel no compañeros.

Capítulo 38



Nicolás

Había pasado una semana.

Siete días desde que la vi enfrentarse a mis padres.

Siete días desde que volvió a ser la «Loba» en toda su esencia delante de todos, dejando sin despeinarse, sin alzar la voz ni tan siquiera sin inmutarse a mis padres en ridículo.

Y, joder, nunca la había visto más increíble, más fuerte, más valiente.

Más ella.

La sensación de orgullo y admiración que había sentido hacía ella en ese momento no se podía describir con palabras, porque había hecho en pocos minutos lo que yo no había tenido huevos de hacer en toda mi vida.

Les había dicho en pocas palabras que cada uno es libre de elegir su camino, aunque no pareciera a simple vista el mejor.

Aquel día entendí muchas cosas.

Entendí porque Ricardo la miraba como la miraba, como si fuera familia y es que así se sentían, eso todos los presentes pudimos verlo, yo el primero.

La miraba como si fuera alguien a quien proteger, pero también admirar y no era para menos, porque no se llega donde ella había llegado por suerte como dijo mi padre, sino trabajando duro, muy duro.

También entendí por qué todo el que la conocía, todos lo que pertenecían a su círculo la querían.

Porque era imposible no hacerlo.

Pero también entendí algo más, algo que ya sabía, pero que ese día se me clavó dentro.

Que nadie, nadie en este mundo, la iba a amar como la amaba yo.

Ni de lejos, ni de manera parecida, nunca habría nadie por mucho que lo intentara o insistiera, que la quisiera como yo lo hacía en ese momento, como llevaba años haciéndolo y como lo haría el resto de mi vida.

Esa semana decidí darle su espacio, ese que me había pedido con las última que me dijo.

—Hoy no puedo, pero pronto, ¿vale?

Con esa sola frase entendí que debía dejarla que pusiera todos sus pensamientos y sentimientos en orden.

Así qué, no la busqué, no la esperé a la salida de sus juicios, ni en la calle cuando sabía que salía de los juzgados. Tampoco la llamé o le escribí, nada, no hice nada. Por primera vez desde que volvimos a encontrarnos la dejé respirar, le di espacio, ese que no le había dado, ese que necesitaba.

Pero eso no significaba que me hubiera rendido, ni de coña vamos. Que no la iba a dejar escapar lo sabía hasta el Papa de Roma.

Porque si algo tenía claro es que no pensaba perderla.

No otra vez, bueno, o siendo sincero, recuperarla, eso era lo que pensaba hacer.

Así qué, ese mismo día cuando todos salimos de los juzgados después del enfrentamiento con mis padres, decidí que iba a luchar a mi manera. Y para eso necesitaba ayuda, toda la posible, para preparar lo que yo llamé mi reconquista a la «Loba» a mi Elena.

Desde ese mismo día me dediqué a preparar todo, a hablar con todas las personas que sabía que podrían ayudarme.

Algunas estuvieron dispuestas desde el minuto uno, a otras me costó más convencerlas, pero no solo era buen abogado por ser hijo de quien era, sino porque me lo había currado mucho, así que preparé un discurso para convencerlos como si de un alegato final en una sala se tratara y lo conseguí.

Abrí los ojos esa mañana y sentí un nerviosismo en el estómago como nunca en la vida había sentido, ni siquiera el día de mi primer juicio.

Pero claro, ese día estaba seguro de que el juicio al que fui lo iba a ganar porque lo llevaba bien preparado y la parte contraría no tenía que hacer nada a mi lado, las pruebas eran contundentes y no tuvieron la más mínima oportunidad.

Pero lo que iba a hacer ese día me tenía desquiciado porque no las tenía todas conmigo, de que saliera bien.

¿Tenía posibilidades?

Sí, las tenía.

Pero en este caso no solo se trataba de lo mucho que me lo había preparado, ni de la ayuda que todos me habían prestado, ni de lo a gusto que me sentiría haciendo lo que iba a hacer en mi elemento, en una de las salas del juzgado.

No es este caso ganar o perder, solo podía decidirlo ella.

Elena.

Pasé por la ducha para intentar destensar los músculos que tenía agarrotados por los nervios.

¿Funciono?

Ni lo más mínimo, así que con esa carga en el cuerpo y un solo café que me supo más amargo que nunca, salí de casa con bastante tiempo para llegar a los juzgados, que era donde pensaba llevar a cabo mi plan.

Entré en la sala para echar un vistazo y ver que todo estaba en orden, solo lo hice unos segundos, ya que después saldría y no volvería a entrar hasta que ella llegara.

Pasé la mirada por la sala y sonreí, allí estaban todos.

Álvaro, Marta, Ricardo… Varios compañeros que nos apreciaban a los dos, sobre todo a ella, el gancho que era el hombre que supuestamente ella venía a defender también estaba sentado en su sitio.

Incluso la jueza ya estaba en posición.

Era una de las duras del juzgado, pero también de las más justas y empáticas, por eso recurrí a ella.

Cuando le conté mi plan, primero se echó a reír negando con la cabeza, pero segundos después, en los que ni siquiera se lo pensó mucho, aceptó encantada, diciéndome, que estaría encantada de ver al «Príncipe» arrodillarse por primera vez en la historia y ante la «Loba» nada menos.

Eso sí, fue la única que me puso una condición.

—Valcárcel, más te vale no hacerme perder el tiempo, y a ella mucho menos, si vienes a decir que la quieres, la sentencia será para toda la vida.

Con esa palabra y un movimiento de mano me echó de su despacho, no sin antes decirme que la avisara del día y la hora en la que sería el mayor espectáculo que se montaría en un juzgado.

Una vez comprobado entré en la sala en la que esperan los acusados a que los lleven al estrado para ser interrogados.

Los quince minutos que estuve allí esperando se me hicieron eternos y cuando al fin vinieron a buscarme para ir ante la jueza y sentarme en la silla que me correspondía tuve que coger varias bocanadas de aire para calmarme.

Cuando Elena me vio entrar en la sala sus ojos se abrieron como platos.

La miré por un segundó y hasta me olvidé de cómo se respiraba, estaba preciosa como siempre. Pero en su cara no lucia esa sonrisa que era habitual en ella, en ella solo había confusión y sorpresa.

Miraba a todas partes y a todos los que estaban allí sin entender nada.

Busqué sus ojos y con mi mirada le rogué que, por favor, me dejara hacer y que no se marchara, ella no sonrío, no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza y se sentó en el lugar que le correspondía.

—Que se siente el acusado en su sitio por favor —pidió la jueza.

Caminé hasta la silla a su lado en el estrado y me senté como me correspondía.

Álvaro se levantó de su asiento que estaba entre el público y se acercó hasta nosotros.

—Señoría, procederé con el interrogatorio.

—Adelante.

Me miró, pero no como amigo, sino como abogado. Como buen abogado que era, porque si Elena y yo lo éramos, él no se quedaba atrás, lo que pasa es que estando en el despacho de mis padres, nunca lo habían dejado brillar, pero ahora que íbamos por libre estaba seguro de que iba a hacerlo y mucho.

—Díganos, señor Valcárcel…

Hizo una pausa, miró al público y volvió a mirarme a mí.

—¿Dé qué se arrepiente?

Tragué saliva y la miré, a ella, siempre a ella.

—De no haber estado cuando debía.

Paré, cogí aire, lo solté.

—De haberla dejado sola.

Mi voz se quebró.

—De no escucharla.

Mientras hablaba no aparté la mirada de ella en ningún momento, porque al fin y al cabo esta confesión era para ella, aunque todos estuvieran allí.

—De creer a otros antes que a ella.

—De ser un completo idiota.

En la sala se escucharon algunas risas, pero mi gesto serio no cambió, porque no era un juego, no para mí.

—¿Reconoce haber sido manipulado?

—Sí.

—¿Reconoce haber hecho daño a la señorita Cruz?

—Más del que puedo perdonarme.

—¿La quiere?

Esa pregunta no necesité pensarla, las demás tampoco, pero esa mucho menos.

—La quiero desde hace años.

—Mucho antes de que ella lo supiera o yo mismo lo reconociera —añadí.

La miré para que viera la verdad en mis ojos y noté que estaba totalmente concentrada mirándome, pero tan entera como quería aparentar.

—Y pasé lo que pasé la voy a querer toda la vida.

Con esa última frase por mi parte se hizo el silencio en la sala, uno pesado, emocional, pero real.

La jueza se giró hacía ella.

—Señorita Cruz, ¿desea formular alguna pregunta?

Elena negó y su voz salió como si le costara hablar, salió en forma de susurro.

—No.

Cogió aire y lo soltó despacio.

—Creo que está todo bastante claro, señoría.

La jueza asintió, se puso en pie, cogió el mazo que balanceó unos segundos entre sus manos y golpeó con fuerza.

—Este tribunal considera al acusado culpable.

Silencio sepulcral en la sala, a la espera de que siguiera hablando.

—Culpable de no estar cuando debía, culpable de dejarse manipular, culpable de perder a la mujer que ama.

Tragué saliva mientras la miraba solo a ella, a Elena, porque la «Loba» allí dentro no estaba, por primera vez dentro de una sala, no estaba. Allí solo estaba Elena.

Mi Elena.

—Y culpable de ser un idiota —terminó diciendo la jueza.

—Por todo esto y al ser culpable de todos los cargos de los que se le acusa.

La jueza me miró primero a mí, después al público y por último a ella.

—El acusado queda condenado a querer a la señorita Cruz el resto de su vida.

La sala seguía en silencio, nadie se movió, apenas respiraban conteniendo el aire como para que se levantaran.

Me levanté, bajé del estrado y con pasos lentos y sin apartar la mirada de ella, fui hasta quedarme justo delante de ella.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y los míos también.

—Elena…

Pero no me dejó terminar.

Se lanzó a mis brazos con fuerza, como si llevara conteniéndose demasiado tiempo, que sería el mismo seguramente que llevaba haciéndolo yo, casi un año.

Un puto año de mierda, en el que los dos habíamos estado separados, por mi culpa, por la suya, por mis padres, por la enfermedad…

Por qué la vida así lo había querido.

Pero ahora esa vida o el destino o a saber por qué o quién, quería que volviéramos a estar juntos y a eso nos íbamos a aferrar los dos, a que no volviera a cambiar.

La abracé como si la vida me fuera en ello y en realidad así era.

Elena buscó mi boca con desesperación al igual que hice yo buscando la suya.

Y allí, delante de todos y rodeados de aplausos y vítores que nos hicieron sonreír antes de que sus labios encontraran los míos.

Y en ese momento todo desapareció.

El dolor, la culpa, el pasado, todo. Solo quedamos nosotros, Elena y Nico.

Epílogo



Doce años después…

Elena

Madre mía, como pasa el tiempo...

Doce años han pasado desde aquel día en el que el loco de mí marido se sentó en el banco de los acusados para confesar todo lo que llevaba dentro y para conseguir mi perdón de una manera de lo más original.

Todavía me hace sonreír cuando recuerdo como la jueza lo sentenció a quererme para toda la vida.

Y puedo decir sin lugar a equivocarme que Nico, mi Nico, lo estaba cumpliendo y lo cumpliría toda la vida, porque así me lo llevaba demostrando día a día, los últimos doce años.

—No quiero ni pensar en la que habrán montado y qué es lo que nos tienen preparado.

—Venga Nico, si son unos buenos chicos, será algo original, teniéndonos a nosotros de ejemplo no puede ser de otra manera —dijo Álvaro.

Y todos nos miramos primero con cara de horror para segundos después echarnos a reír.

Porque nuestros hijos originales eran un rato, pero no de buenos chicos, eso ya sería cuando dormían, porque despiertos a todas horas estaban inventando una travesura nueva y liándola muy gorda a todas horas.

Mientras esperábamos a que esa panda de liantes saliese, os pondré un poco en situación para que sepáis quiénes son ellos, y como hemos llegado a este punto en el que estamos los cuatro sentados en las sillas del jardín de nuestra casa esperando a que salgan.

Solo dos meses después de que Nico y yo volviéramos, no pudimos resistir estar ninguna noche separados y nos fuimos a vivir juntos a su ático, al igual que Marta también cogió sus cosas y se marchó con Álvaro al suyo.

Diez meses después de convivir, nos casamos por el juzgado, como no podía ser de otra manera, ya que para nosotros era como nuestra segunda casa.

Pero no lo hicimos nosotros solos, ya que al salir de la sala en la que nos casamos entramos en la de al lado para asistir a la boda de Marta y Álvaro.

De viaje de novios, ¿sabéis dónde fuimos?

Podéis reíros, sí, porque terminamos los cuatro otra vez en un crucero nudista para celebrar nuestra unión y, sobre todo, recordar viejos tiempos.

Del viaje de novios vine embarazada de nuestra hija mayor, Claudia, que vaya carácter que nos había sacado la niña, esa iba para jueza, como decía Marta, a lo que los demás estábamos de acuerdo.

Un años después nació nuestro segundo hijo, Ricardo.

Nombre que llevaba en honor por mi gran amigo y jefe, pero al que todos de momento le llamábamos, Richi. Y otro año después nació nuestra pequeña, Gemma.

Sí, tuvimos tres hijos seguidos como el pasodoble y cuando nació la última, que era una guerrera, sobre todo por las noches como ella sola, le dije a Nico que no bailaba más

Cosa con la que estuvo totalmente de acuerdo y no era para menos, porque el pobre llegaba al juzgado con unas ojeras a diario, que parecía un oso panda, por no pegar ojo en toda la noche.

Así qué ahora teníamos tres hijos de diez, nueve y ocho años.

Marta y Álvaro nos habían igualado en hijos, aunque mi amiga solo tuvo dos partos ya que aquí el señor abogado la primera vez le hizo dos de golpe.

Ellos tenían dos gemelos de nueve años a los que les habían llamado Diego y Alejandro, y vaya dos piezas de museo que eran. Traían a mi amigo de cabeza con sus bromas y sus gracias. El karma le decía su mujer que era, por ser él tan graciosillo siempre.

Y nuestra pequeña o no tan pequeña familia la cerraba la benjamina de la familia y un calco de Marta, su hija Elisa de siete años.

Esa era toda nuestra prole, esa que cuando íbamos a casa de mis padres a Riaza les volvían locos, pero con los que mis padres estaban encantados. Tanto lo estaban que en unos meses mi padre tenía pensado cerrar el bar, jubilarse y venirse a vivir cerca de nosotros para vernos a todos más a menudo.

Con los padres de Nicolás, como podéis suponer no tenemos relación y no porque nosotros no hubiéramos querido. Por qué hicimos un esfuerzo cuando nació Claudia y fuimos a verlos para que la conocieran.

Al fin y al cabo, era su nieta.

¿Qué paso?

Pues que nos dieron con la puerta en las narices y ni en la casa nos dejaron entrar. Así que ese día le hicimos la cruz y hasta la fecha.

Al principio y con una sola niña seguimos viviendo en el ático, pero cuando me quedé embarazada del segundo, decidimos que era mejor buscar una casa con jardín.

Y en ella estamos ahora mismo.

Una casa o chalet, como queráis llamarlo, bastante grande, con jardín y piscina, pero lo mejor de vivir aquí sin duda era que de vecinos teníamos a Marta y a Álvaro.

Estos doce años sin lugar a dudas han sido los mejores de mi vida.

Tengo unos hijos a los que adoro, aunque me desquicien. Unos amigos que son los mejores del mundo y un trabajo en el que sigo disfrutando como el primer día, aunque ya no vaya a tantos juicios como antes.

Sí disfruto mucho en la sala siempre.

Pero cuando más lo hago es cuando me toca enfrentarme en algún juicio a mi marido.

Aunque allí dentro no somos Elena y Nico.

Allí en la sala y frente al estrado somos la «Loba», como me siguen llamando y el «Emperador».

Os ha sorprendido el cambio de apodo, ¿verdad?

Pues eso se lo tenemos que agradecer a Álvaro, porque fue idea suya. Un día, al salir de la sala, le dijo a mi marido que no podía seguir siendo el «Príncipe» ya que llevaba ese apodo porque a su padre siempre le llamaron el «Rey» y que a él llamarlo así le hacía parecer su sucesor y estar siempre debajo de Gonzalo.

Así qué, se le ocurrió ese día decir que él era mejor que el «Rey» en todos los sentidos, cosa que era verdad y allí mismo delante de todos le llamó por primera vez el «Emperador» y con ese apodo se quedó.

Como os he dicho antes, en algunas ocasiones nos enfrentábamos en la sala. Unas veces ganaba Nico, otras yo, y al llegar a casa apuntábamos en la pizarra que teníamos en la habitación una equis al lado del nombre del vencedor.

En la actualidad estábamos en empate y los dos estábamos deseando enfrentarnos para saber quién pasaría al otro.

—Elena, ya están listos — me dijo Nico, que estaba sentado a mi lado conteniendo la risa.

Levanté la mirada y tuve que aguantarme la risa para no caerme allí mismo.

La madre que los parió, la que tenían montada los seis.

Habían puesto mesas y sillas simulando una sala de los juzgados y allí estaban todos en sus puestos preparados para empezar.

De jueza estaba Claudia, como era de esperar. De abogados, uno por cada parte los gemelos Diego y Alejandro. De fiscal, mi hijo Richi, y de testigos: Elisa y Gemma.

Y de acusado y sentado en la silla y todo, habían puesto a Macario.

¿Quién es?

Pues nuestro loro, ese es Macario.

El juicio comenzó y los cuatro sentados en las sillas tuvimos hasta que coger pañuelos para limpiarnos las lágrimas de la risa por las cosas tan graciosas que decían, las preguntas tan absurdas que le hacían al pobre Macario y solo repetía y repetía las palabras que se sabía.

—No me negareis que llevan la abogacía en la sangre —dijo Marta, agarrándose la tripa y todo para no caerse de la silla.

—Así es, serán nuestros sucesores —contestó Nico.

—Serán mejores que nosotros —añadí.

—Lo serán —sentenció Álvaro.

Terminaron el juicio declarando culpable al pobre Macario de haberse comido una bolsa entera de galletas, que se habían comido entre todos, los muy jetas, y se pusieron a jugar a otra cosa.

Mientras los veo correr sentada en las piernas de Nico, me es imposible no sonreír.

Inconscientemente me llevó la mano a la pulsera que sigue en mi muñeca y la acaricio como tantas veces he hecho en estos últimos doce años.

—Nunca te la quitaste —me dice Nico, al ver lo que hago.

—Ni siquiera cuando te fallé.

—Dijimos que si alguno de los dos se la quitaba era porque habríamos dejado de sentir.

—Y yo nunca dejé de amarte, ni siquiera un segundo, aunque estuviera dolida.

—Yo tampoco me la quité nunca.

—Fue mi sentencia amarte para toda la vida, pero eso fue un puro trámite porque mi corazón lo tuvo claro siempre.

—Somos rivales bajo la piel dónde reside nuestro amor.

—Lo somos.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora
